The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

898.2
V728h

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/hachazoscuentosh00unse

HACHAZOS..!

CUENTOS HUMANOS

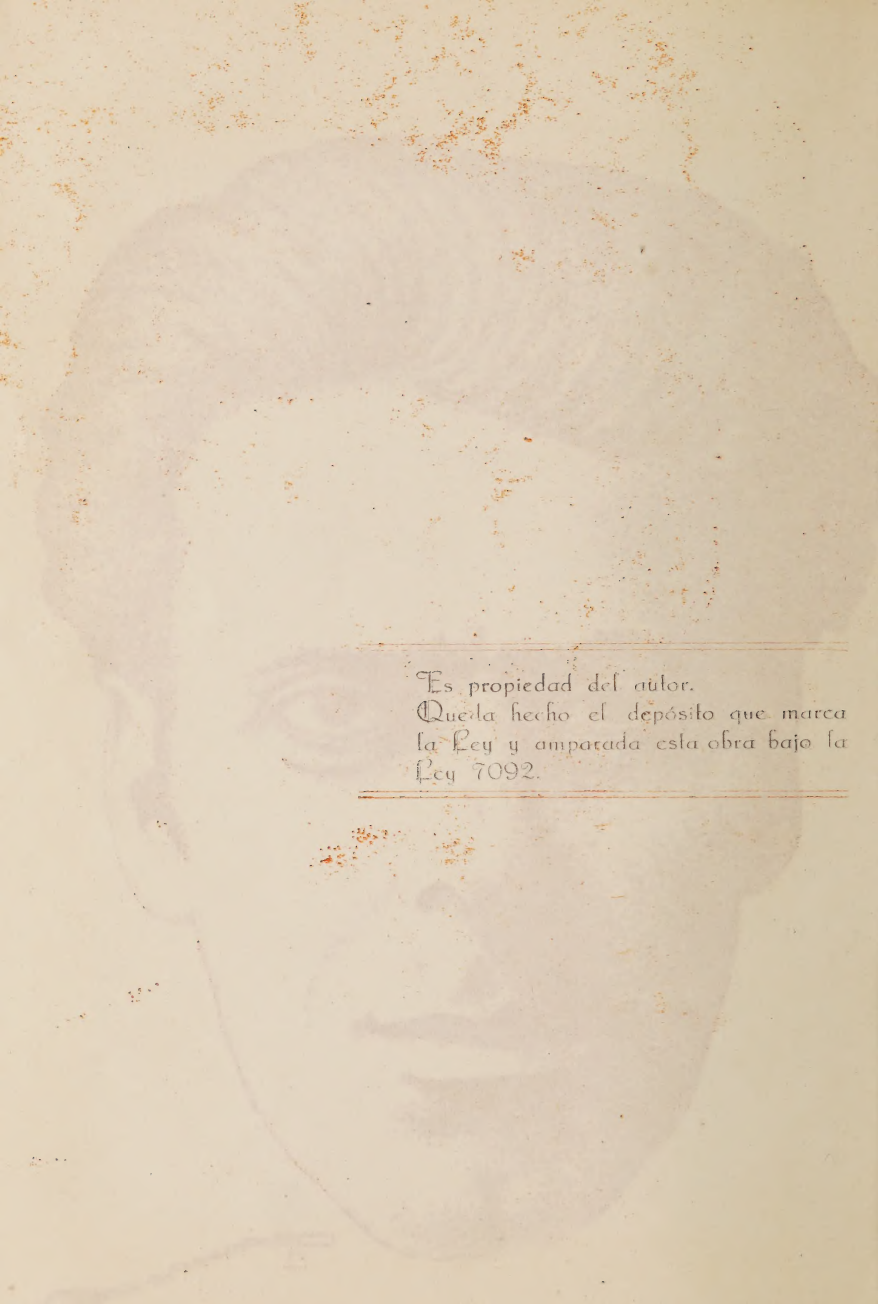
ORIGINALES DE

Carlos Delle Ville

ILUSTRACIÓN DE

ISAAC R. GONZALEZ

1929



Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la Ley y amparada esta obra bajo la Ley 7092.

Al querido amigo

Juan Bedecarats

Como testimonio sincero de cariñoso afecto fraternal.

Carlos Delle Ville

3897728

CONFIDENCIA...

Lector Amigo:

Quiero tener contigo una confidencia antes que comiences la lectura de mis cuentos, que he rotulado en conjunto con el título *Hachazos.!*

Hachazos? Porqué? Porqué algunos de ellos, son un tanto violentos, rudos y ásperos...

Fueron escritos al correr de la pluma y cumpliendo la diaria tarea periodística en distintas épocas

Algunos encierran aquella amarga filosofía del vivir diario, y otros el alma doliente de personajes humildes que luchan por la conquista del mendrugo cotidiano...

Yo que he corrido a travéz de los pueblos y ciudades que he ganado mi pan y el de los míos en buena ley, en una lucha continua y brava, he sentido muchas veces el desgarron de la injusticia en carnes propias, de allí que mis cuentos encierran una protesta en contra de una

ingratitud o de una mala acción.

Mi temperamento fogoso ha trasladado al papel las emociones bajo el beso cálido de la primera impresión. De allí que mis cuentos no tengan quizá la pulcritud que el molde exige, ni me he preocupado imitar a nadies porque yó, quiero ser *yo*, tal como soy... con mis defectos y mis virtudes, con mis francas rudezas que talvez choquen en el ambiente lleno de farsas y de mentiras, de oropeles y farolerías...

Mis cuentos son humanos, por cuanto mis personajes son reales y al trasladar sus pasiones al papel no los he querido disfrazar con un rebuscamiento literario, porque entonces, hubieran perdido la belleza de su espontaneidad y de su realismo a veces un poco crudo...

Si los hubiera retocado, los hubiera destruido, y yo soy enemigo de los remiendos ..

No entro en el análisis de mis cuentos, por cuanto creo que ningún padre está en condiciones de juzgar los defectos de sus hijos... eso lo harán los críticos que tengan tiempo y serenidad para juzgar la obra en la

quietud del escritorio, yo soy, como el albañil que acaba de construir la casa, por fuera es bonita, por dentro parece que todo está muy bien, pero... las goteras, recien las vé el inquilino cuando habita en ella... al entregarte mi obra lector amigo, hazte de cuenta que tu eres el inquilino, si las goteras aparecen no dejes de insinuarlas... la vanidad no me enceguece, yo como mis cuentos son humano, y se bien que la humanidad está llena de defectos, y como escritor, y como hombre no creo ser una excepción en ese sentido...

Carlos Delle Ville

❀

Junio 30 de 1929.

FLOR DE RECUERDO

EL dolor había nutrido su alma de amargura y de estoicismo. Habìa bebido en esa fuente donde se modelan las almas grandes desde su niñez.

A los diez y seis años se encontró frente a la vida sin más bagaje que su voluntad férrea. Pudo perderse, pudo absorberlo el abismo de la vida fácil, pudo ser un bandido o un criminal, pero fué un hombre decente, y parte de ese triunfo se lo debía a *ella*. Ella fortaleció su espíritu en la lucha y en las horas amargas, fuè el poderoso acicate que más tarde lo convirtió en triunfador.

El amor siempre ha sido en la vida de los grandes luchadores el soberano talismán del éxito, el fluìdo magnético de la voluntad, la fuerza misteriosa que eleva a la cumbre o empuja al abismo. Para Rogelio Menéndez, hombre forjado en el yunque del dolor y de la miseria, los arrullos de aquél primer amor puro y casto, fueron el índice que le marcaron el norte de la vida. Por élla hubiese conquistado el mundo, pero élla a través de sus bondades tenía un defecto enorme, quería que el conquistase un buen pesar primero, antes de que formaran el nido. Se lo prometió Rogelio, y sin otras armas que su voluntad y sus brazos, partió rumbo a las selvas chaqueñas a la conquista del oro.

Pasaron cinco años, las cartas de ella habían ido esca-

seando y ya hacia varios meses que Rogelio no obtenìa respuesta a las suyas. Lo había olvidado? El no podía creerlo y para sorprender la verdad había pensado aparecer de repente.

¡Que dulce emoción en el alma iba sintiendo a medida que se acercaba a la casa de la bien amada! Ni un solo instante se habia borrado la imágen de su corazón, que continuaba viviendo tal como la dejara. Por eso al encontrarse frente a *ella* no le pareció *ella*, era otra, se la habían cambiado. El viejo mago que se llama Tiempo, había transformado la muchachita rubia que vivía en su imaginación en una rozagante moza de amplias caderas y modales hombrunos...

El encuentro había sido de dos desconocidos, porque en Rogelio mismo se había operado la metamorfosis y el muchachote pálido de otrora era un mocetón robusto de formas atléticas por el ejercicio de las rudas labores camperas, tostado por el sol del trópico.

Se despidieron fríamente por el desencanto, llorando ambos en su interior, por haber destrozado con el encuentro la dulce flor de recuerdo de aquel tierno idilio que perfumara sus adolescencias.

LA MUCHACHITA DE LOS OJOS TRISTES

TAL como lo relato, me lo contó mi amigo Arnoldo Valerio en tono confidencial una noche en que su alma había sufrido el rudo desgarrón del desencanto.

—Cuando conocí a Delia tenía ella diez y seis años. Todos los días a la misma hora y en la misma esquina, tomábamos el mismo tranvía, era infaltable y puntual, tenía la precisión de un cronómetro. Era una chica gracil y bella, de una belleza rara, tenía dos grandes ojos negros que irradiaban una infinita luz de ternura al fijarlos en otras pupilas. Vestía modestamente, con exquisita sencillez y suave coquetería. Trabajaba en los escritorios de una fuerte empresa comercial, y a fuerza de vernos a diario en el breve trayecto del tranvía nos hicimos amigos. Al principio fué una amistad muda y silenciosa, parecía que nuestros ojos se hubiesen puesto de común acuerdo para no romper el encanto de aquel idilio mudo con la vulgaridad de las palabras; pero hete que un día, uno de los tantos "tenorios" callejeros que había tomado asiento a su lado, comenzó a fastidiarla, mientras que yo desde la plataforma trasera estaba sintiendo que una nerviosidad indecible iba dominándome.

Me miró ella y al hacerlo se dió vuelta el inoportuno, quien al ver la mirada belicosa que le dirigí donde iban concentradas las furias de mis primeros celos, optó por retirarse prudentemente bajándose en la primera esquina. Desde aquel día, rompimos el silencio, y el verbo cálido y vibrante fluyó a nuestros labios cantando el eterno poema de amor y esperanza.

Cuando nos despedimos, tendiéndome su blanca mano, me envolvió en el fluído magnético de sus pupilas, que embriagó mi alma, de azul de ensueño y de luz, hasta el punto de hacerme olvidar la tragedia de mi vida, que volvía a renacer con aquella alborada de amor.

Delia era una de las tantas muchachitas, que las necesidades materiales de las suyos impulsan al escritorio, a la fábrica, o al taller, a marchitarse como pálidas flores de ensueño, para que los padres y los pequeños hermanitos no sientan los rudos desgarrones del hambre...

Sería tal vez otra más que inmolaría sus íntimos anhelos juveniles, para aportar un bocado más de pan en la humilde mesa...

Estas reflexiones las iba haciendo antes que iniciáramos nuestro romance y cuando se me ocurría pensar que víctima de sus propias necesidades, algún día podía caer en mano de los tantos lobos mundanos que rondarían en derredor suyo, temblaba... rugía... lloraba en mi interior como lloran los hombres, como lloran los poetas...

Después de cuatro meses de un idilio dulce y casto, faltó un día a la hora de costumbre, pensé muchas cosas, y con una vaga inquietud en el espíritu, esperé el día siguiente.... tampoco vino. Por la noche me planté en la esquina de la cuadra donde habitaba, y vana espera la mía!

No pude dormir aquella noche, una angustia torturante se apoderó de mi alma, tal es así, que al no verla aparecer a la mañana siguiente tampoco, no pude resistir la tentación de glosar mi angustia en un soneto, ahí va tal como lo burilé en aquél entonces, entre la algazara bochinchera de los canillitas voceando sus mercancías, ruídos de carros y toques de campanas de tranvías. Es un desahogo espontáneo y tris-

te, y que cada vez que pasaba por esa esquina recitaba en su recuerdo como una oración:

Ya van varios dias que intranquilo la espero,
Varios días que llego muy puntual a la hora...
Es en vano que miro, en vano desespero,
Por aplacar mi alma que torturada llora!

Muy triste, solitaria... está la esquina ahora,
Porque no viene aquella que tanto yo venero...
La dulce muchachita, doliente, soñadora
La de los ojos tristes del mirar del cordero!

¿Que tendrá que no viene, inquieto me pregunto,
Y por más que lo pienso no resuelvo el asunto
Que me ha llenado el alma de una gran aflicción...

Algo grave le pasa... o tal vez ya la echaron
Del taller, donde tantas al final terminaron
De caer al abismo de la vil corrupciòn...!

Pasaron algunos días más, y por fin nos encontramos; le pregunté que le sucediò, bajó la cabeza y no me respondió, encerrándose en un mutismo del que no pude sacarla, no quizo darme ninguna explicación, ninguna frase que hiciera un poco de luz en mi atribulado espíritu, excitándome aún más con aquélla actitud inexplicable.

Pasaron quince días más devanándome los sesos en la búsqueda del motivo de aquella actitud desconcertante, y una tarde descorrió el velo con que había cubierto su alma, debo decir que yo la espiaba furtivamente y aquel último encuentro inesperado derrumbó todo el castillo de mi ilusión, fué una conversación de pocas frases que me hirieron mortalmente.

Había salido de la oficina y para refrescar un poco mi cabeza calenturienta, donde parecía arder una hoguera inmensa, eché a caminar unas cuadras a pié, de pronto se cruzó Delia delante mis ojos que se abrieron desmensuradamente al verla transformada en ésa forma, ya no era *ella*, no era la

misma que viera regresar noches anteriores en el conventillo con su modesto vestido de gabardina azul, los viejos zapatos de charol con los tacos torcidos.... Era otra Delia con traje de seda; zapatitos de raso y finísimas medias que hacian resaltar las divinas formas de sus pantorrillas. La miré hondamente... fijamente... con una mirada donde iba todo el dolor de mi alma que había herido en lo más sensible con aquel cambio brusco; comprendió el mudo y amargo reproche que le hicieron mis ojos, dobló la cabeza avergonzada y me dijo bajito:

«Que tu alma me perdone Arnoldo... ya no soy aquella, no puedo ser más tu novia, la necesidad me ha convertido... soy carne de oficina... olvídame... no me maldigas... compadéceme, adios...» Y se fué... Quedé como atontado mirándola como se alejaba, perdiéndose entre la muchedumbre.... Era otra más, otra pálida flor de ensueño y de miseria, que había ido a engrosar la inmensa caravana de las *vencidas*, de las tristes maripositas que queman sus alas en el foco de la gran ciudad devoratriz, de la gran urbe fastuosa, donde el *hambre* y la miseria cantan sus trágicos misereres de angustia.,.

EL HOMBRE QUE PERDIÓ LA CONCIENCIA

Eran las doce del día, cuando Roberto venía desalentado y con el alma desgarrada al modesto hogar del conventillo que habitaba.

Adela, su cariñosa y amante compañera al verlo entrar con la cabeza gacha lo envolvió en una mirada llena de ternuras y hondas melancolías, formulando sus tristes pupilas la pregunta que no osaran hacer sus labios y que su alma adivinara de antemano.

Roberto, como avergonzado de sí mismo, moduló la respuesta:

—¡Nada!

¡Cuánta amargura encerraba esa frase!

Era un poéma trágico y doloroso en dos sílabas...

¡Nada! Significaba la Derrota... la canción de la Miseria... la tragedia del Hambre....!

¡Horror! ¡Cuando esas cosas se enseñorean de un alma! Es un alma que agoniza al borde del Abismo... que se bambolea sin su apoyo en la cumbre del Vértigo... que musita extrañas y sugerentes palabras...

—Te lo decía Roberto...—dijo suavemente Adela.

Hubieras callado... hubieras hecho igual que todos...

Los pobres no podemos gritar las necesidades nos acobardan... A mí me sucedió lo mismo cuando era soltera y trabajaba en la fábrica... El oro es nuestro peor ene-

migo... Los malvados son los que están mejor... Ahora ya ves, estamos en una situación desesperante... hoy gasté las últimas monedas sin poder comprar pan...

—¡Maldición!—rugió Roberto mordiéndose las manos, y yo permanecer con los brazos cruzados... estos brazos potentes y musculosos, ansiosos de desgastar energías...

En todas partes me dicen lo mismo... se ha corrido la voz y los compañeros... esos son los que me indignan... después que los llevé al triunfo de las aspiraciones, conseguidas las mejoras debido a mi entereza de carácter... ahora permiten que se me eche del taller como a un perro...

Los amigos también me abandonan... ¿has visto? Huyen todos como de la peste... ¡Cràpulas!

—No desesperes, Roberto, y saca un ejemplo de Andrés.

—Imposible, Adela mía, yo no soy como él, no sé humillarme, no puedo tolerar ultrajes ni injusticias, mi carácter altivo, rudo, franco, no me permite fingir ni traicionar a nadie, Andrés tiene un alma de lacayo... es un payaso disfrazado de hombre... mientras que yo tengo dignidad, honradez y conciencia de mi mismo! No soy un hipócrita, digo lo que siento y jamás me arrepiento de lo que dije... no puedo silenciar ante un ultraje, porque el silencio es el símbolo de la cobardía...

El capataz me tenía "entre ojo", vino a provocarme sin razón, y le dije lo que debía decirle un hombre a otro hombre... creí que los compañeros tomarían una determinación, pero... me han desencantado, son un rebaño de ovejas...!

—Papá tengo hambre... quiero pan.,. musitó la vocesita de Ovidio...

—Cállate, nene, cállate; ahora va a comprarlo papá.

Y salió nuevamente, rumbo a la calle, llorando en su interior como las águilas cuando están heridas... como lloran los padres cuando no tienen para sus hijos.,.

Comenzó a caminar, sin rumbo fijo, ¿adónde iba? Ni él mismo lo sabía... había prometido ir a buscar pan... y marchaba al tun tun, intentando resolver en su imaginación el complejo problema. Cruzaba frente a la estación ferroviaria,

en el preciso momento en que la llegada de un tren volcaba cientos de personas, que marchaban presurosas a sus quehaceres. Se detuvo un momento contemplando esa avalancha humana, procedente de los pueblos suburbanos que iba dispersándose con una rapidez asombrosa, y mientras encendía el último cigarrillo para engañar el estómago siguió con su mirada a una señora anciana que le llamara la atención por el descotado atavío en que marchaba...

Iba a echar pestes contra las estupideces y vanidades humanas, cuando vió algo que le hizo palidecer y le llenó de una emoción intensa... la señora, al sacar el pañuelo de su bolso de mano, se le había caído un paquetito que le había hecho abrir desmesuradamente los ojos...

Miró por todas partes, tembloroso... se acercó con cautela y recogió el paquetito... eran billetes de banco...

Los apretó fuerte, muy fuerte entre sus dedos nervíosos y quedó paralizado sin atinar a tomar una determinación...

Quería huir y no podìa... un sudor frío comenzaba a inundar su frente... La dueña estaba allí, a cinco pasos de distancia... Le pareció que sus pies se habìan hecho de plomo... su conciencia de hombre honrado lo retenía.

Momento de terrible angustia para su alma... en la que se había entablado una lucha gigantesca... su "yo" honrado le gritaba: *¡devuélvelo!* y la necesidad, ruda, imperiosa, aplastante... le susurraba como una modulación fascinante:

—Hùye, tonto... llevas el bienestar de los tuyos... el pan de tu hijo...

Un vigilante venía caminando lentamente, y entonces pasó ante su imaginación calenturienta y afiebrada la visiòn de la cárcel... y se vió arrestado y llevado con cadenas ante una multitud que lo miraba con desprecio, y un enjambre de chiquillos callejeros que lo seguìa vociferando: *ladròn...! ladrón...!*

Pensó en Adela... en Ovidio... en el desamparo en que quedarían, se dió vuelta, la dueña del dinero lo miró por casualidad a través de sus lentes ahumados y quedó vencido por su conciencia, tendió su mano callosa hacia ella, y entregándole el dinero murmuró tembloroso...

—Tome, señora, se le ha caído esto...

Lo miró ella con desconfianza, de arriba abajo, tomó el dinero y sin darle las gracias siquiera, volvió a mirarlo con cierto desprecio, con la duda de que fuera un hombre honrado, y se alejo caminando de prisa...

Roberto idiotizado ante tanta ingratitud, sintió que la tierra no lo tragase... y reaccionando blasfemó en plena calle:— ¡*Ira de Dios*!

¿Pero entonces hay que ser canalla por fuerza para ser bien visto?

Las frases de Adela cruzaron como un lampo por su mente: *los malvados son los que están mejor...*

—Y bien, desde hoy seré igual que todos, un crápula, un canalla, un bandido, un ladrón... pero ni Adela ni Ovidio sufrirán màs necesidades... total... sea lo que sea... seré uno màs...

Y corriendo alcanzó la ingrata señora y de un manotón le arrebató la cartera, perdiéndose entre la muchedumbre que a los pocos minutos, alborotada comentaba la audacia del asalto...

LA FLAUTA PASTORIL

I

EL asunto sucedió en un pintoresco pueblo serrano de la Provincia de Buenos Aires; donde había un pastor que predominaba enormemente en el alma de su rebaño de ovejitas descarriadas.

Las ovejitas, pertenecían al género humano y estaban encantadas de las dulzuras melódicas y melífluas de la flauta pastoril, que poblaba el aire de acordes armoniosos, que hacían brincar a las ovejitas retozonas de mi cuento.

Era suficiente que el pastor hablara, para que todas se sintieran subyugadas y obligaran a sus congéneres, del sexo opuesto, a que las siguieran.

Procedían con tanta astucia, las ovejas de mi cuento, que más que ovejas, parecían mujeres enamoradas...

II

Cierta vez, el pastor se descuidó... y una pobre corderilla, blanca, suave y armoniosa, que recién comenzaba a contemplar con sus ojos maravillados el azul del cielo, se sintió enferma, de una enfermedad tan común que nadie hizo caso... pero de los atroces dolores, la corderilla, blanca, suave y armoniosa, rindió su homenaje a la vida, y volvió al abismo incomensurable de la nada, devolviéndole a la naturaleza otra flor en pago de su paso por esta.

Las ovejas viejas rezongaron, los carneros balaron

con un sordo ronquido, pero nadie se atrevió a topar al pastor con sus agudos cuernos, que resolvió momentaneamente dejar el rebaño suelto para ir a respirar el aire puro de otras montañas...

III

Como aplacar la majada, en la que había algún revoltoso?

Sencillo: el pastor tocó la campana de la oveja madrina del rebaño, y todas acudieron presurosas, entonces el pastor le habló así a su rebaño...

—Mis energías están un poco resentidas... y temporalmente voy a cambiar de aires, pero os dejo al cuidado de este pastorcito largo y flacón... las ovejas balaron... y nuevamente obligaron a sus congéneres a rendirle un homenaje, que estos cumplieron al pie de la letra, hasta el extremo que cuando el pastor dió el último adios a su rebaño, hubo algunas ovejas, que como si fueran mujeres lloraron desconsoladamente... mientras que sus carneros con suaves balidos trataban de aplacarlas... y le prometían el pronto regreso del pastor, que habría de volver con nuevas armonías en su flauta de cristal... eran carneros que obraban como vulgares hombres sin caràcter...

LA TRAGEDIA DE UN HOMBRE BUENO

LA blanca sala del hospital hallábase envuelta aquella noche en un vago silencio de muerte, los peregrinos del dolor que transitoria y forzosamente, ocupaban las dos hileras de camas blancas, habían cesado en sus lamentos angustiosos rendidos por el sueño y sus dolencias. Mi vecino de cama, un robusto muchacho de unos veintiocho a treinta años, estaba con las pupilas dilatadas, mirando fijamente la imagen de Cristo, que destacábase en medio de la pared del fondo, y en aquella sala angustiosa, donel trágico silencio de la noche, había apagado hasta el eco de los ayes de dolor, Tiberio del Castillo, me contó la doliente historia de su vida que había sido un contínuo palpitar de desventuras.

... .

Iniciamos la conversación a raiz de un ataque de delirio en que Tiberio empezó:

—Si, me parece que ésta noche es la última... Allá, en la pared del fondo, detràs de la imagen del redentor, veo surgir la parca con su manto blanco, su guadaña inexorable y su sonrisa trágica... me està rondando enamorada... sus concavidades oculares se han encendido con

dos brasas de fuego... ahí viene.,. no .. no... todavía no.,. déjame hasta mañana, puede ser que venga ella aún, quiero verla por última vez, y después no me importa...

—Càlmese, compañero, cálmese,—dije, alcanzándole una poción que había en un frasco sobre su mesita,— que dentro de pocos días ya estará completamente bueno, y saldrá de aquí a reconquistar el encanto de la vida.

Me miró, y ya más calmo, repuso.

—¿El encanto de la vida? Ah! que bien suenan esas palabras! Pero quien es el mortal que vive la vida con todos sus encantos? Yo no sé lo que es eso, siempre he sentido aletear sobre mi cabeza la negra mariposa de la desventura, por eso prefiero terminar de una vez.

—Calle, no diga Vd. eso, no es de hombres huir las luchas que el destino nos presenta, cuando uno cae vencido debe recomenzar con más bríos y más coraje, porque huir de la lucha por más aspera que sea, es de cobardes, y Vd. es joven y fuerte. ¿Quién es su amiga? No lo sé, pero lo presiento, por algunas frases que he sorprendido en su delirio, sobrepóngase a eso y adelante, la voluntad todo la puede. Sonrió amargamente, y tras de un largo suspiro repuso:

—Bonita teoría la suya, luchar siempre, caer vencido y volver a levantarse. Si es muy bonito, cuando hay una ilusión todavía en el alma, pero cuando la vida se convierte en un páramo, cuando un hombre como yo se encuentra en el mundo perdido como en un desierto, sin un afecto, sin un amigo, sin una alma caritativa que lo impulse a la lucha; para qué vivir? ¿Sabe quien soy yo?, soy un maldito, un "guacho", como dicen los criollos, criado en el árido ambiente de un asilo del Estado hasta la mayor edad, después, ansioso de libertad, quise salir a embriagarme con la luz del sol, quise conocer el mundo, y lo conocí demasiado para mi desgracia, amé a una mujer bella como una virgen, delicada como el nombre de la flor cuyo nombre llevaba: Azucena, y era tan hermosa como perversa, su cabellera blonda, sus ojos azules, y la blancura de su rostro me cautivaron: ¡que hondo hechizo

emanaba de toda ella! Y por tenerla contenta que no hubiera sido capaz de hacer?

Era pobre como yo, nos casamos y formamos un lindo nido de amor, en una pintoresca casita de Palermo, el mundo me parecía mìo, y con cuanto anhelo, con que premura regresaba a casa, para mirarme en el fondo de aquellos hermosos ojos que parecían un jirón de cielo! Ah! un día volví y encontré el nido vacío! Cuánto sufrí con ese golpe! ¡Cuanta amargura me produjo ese desastre moral! Me sentí huérfano y solitario nuevamente, y me alejè de esta ciudad maldita, anheloso de hacerlo para siempre. Pasaron algunos meses, me había radicado en Rosario y una tarde al salir del taller la encontré en la puerta, estaba esperándome. ¿Por qué no la maté? ¿Por qué mis manos no hicieron un collar de hierro en su blanco cuello?

Se acercó pidiéndome perdón y... como no había podido alejarla de mi corazón la perdoné. Y comencé la lucha con nuevos bríos y entusiasmos, a reconstruir el hogar deshecho, y sin que mediara nada me apercibí que Azucena estaba nuevamente inquieta, y temeroso que me aconteciera lo de siempre, indagué, espié, y... supe la horrible verdad. Azucena era la amante del capataz del taller Tuvimos una escena violenta, me enloquecí, y en el paroxismo de esa crisis la castigué por primera vez y me alejé sin rumbo, dispuesto a no volver a encontrarla en la senda de mi vida.

Pasaron dos años, en los que anduve errante por diversas ciudades, y por fin sin quererlo me encontre de nuevo en Buenos Aires. La imagen de Azucena seguía grabada en mi corazón con tanta intensidad como cuando la conociera. ¡Cuánto la quería! Una espléndida tarde de octubre la nostálgia de mi desventura de amor, guió mis pasos hacia el nido primitivo, testigo de mi primera ventura, quería contemplar la casita aunque fuera desde lejos... Todo estaba como entonces, y no sé que atracción misteriosa me atrajo a contemplar el rosal que yo mismo plantara, y al acercarme a la verja una voz demasiado co-

cida me dijo suavemente: ¡Tiberio! ¡Ah! corazón! Cuánto tiempo hace que te espero!

—Infame, maldita!—repuse exasperado—aún te atreves a mentir así?

—Si, Tiberio, entra, es la verdad, nunca dejé de amarte un sólo instante, he sido perversa pero no pude evitarlo, fueron impulsos que no podía contener, que yo misma no podía explicarme, sé bueno y perdòname una vez más.

Había tal acento implorativo en sus palabras, parecía tan real su arrepentimiento, ejercían tal influjo hechicero en mi ánimo sus ojos hermosos, que cerré los míos y reanudamos el dos veces trunco sueño de amor.

¿Pero que hay en el alma de esa mujer, a quién quiero con locura? Y ahora llega el último episodio, es decir al enterarme de la tercera afrenta, y no teniendo el valor de matarla, volví el arma contra mí para libertarme para siempre de su yugo. Ahora, cree Vd. que puedo tener valor para recomenzar?

Moví la cabeza con ademán negativo al no encontrar la frase oportuna que le sirviera de consuelo y ambos nos callamos en el grave silencio de la sala, donde parecía rondar la trágica silueta de la Parca con su manto blanco, sus pupilas encendidas y su risa sarcástica.

A la mañana siguiente Tiberio del Castillo, había empeorado, cuando apareció en el dintel de la sala, la sugestiva y arrogante silueta de Azucena, cuya sola presencia provocó la ira del suicida que con los ojos fuera de las órbitas gritó fuertemente: ¡fuera, fuera maldita! y al hacer un esfuerzo para darse vuelta del otro lado tuvo una nueva hemorragia que terminó con la vida juvenil de aquel desventurado loco de amor.

EL CONSENTIDO

PUEBLO chico... infierno grande... decía aquella mujercita casquivana. afecta a adornarle la frente al querido consorte... un muchachón que se tenía por diablo y era un perfecto imbécil... por cuanto aspiraba en su mediocridad espiritual e intelectual, a descollar en el ambiente... pero a descollar como? Para descollar se necesitaba tener un *algo* en el cerebro de su mísera humanidad, que el no tenía, ha no ser el bello adorno con que le había engalanado su romántica mujercita la frente. Ella era una mujercita del montón... sin gracia, sin belleza, y sin espiritualidad... pero el quería descollar... y en su nulidad personal, podría conseguirlo siendo la sombra de su protector...

Quién éra el protector?

Era otro que en su tiempo había sido como su protegido... pero tenía la cualidad especial de saber mentir.— Dominaba el arte de la mentira con tanta perfección que al fin el mismo estaba convencido de que sus mentiras parecían verdades... y a fuerza de villanías, de hipocrecías, había llegado a ser algo... un semi-*algo* en ciernes...

—Vea amigo, fulano le está "pateando" el nido.... cuando el lo manda a alguna parte, es para visitar a su señora...

—Canallas...! repuso furioso El Consentido, eso lo dicen para malquistarme con él... pero a mí, con la "piolita"...

lo que quieren es arrebatarme la "cancha" que yo tengo còn *él*...—y el pobre desgraciado que en el fondo sabía la verdad amarga como el aloe, se hacia el tonto para seguir medrando a la sombra de aquél que le ultrajaba la dignidad...

Dicen que la felicidad es un mito, y sin embargo cada cual es feliz a su manera...

EL ROMANCE DE GOLONDRINA

A don Julio Cruz Ghio

EL foco noctámbulo de la urbe turbulenta estaba como de costumbre vivamente animado, los mozos calaveras salían y entraban de los cafés, las *busconas* iban y venían como un enjambre de mariposas sueltas... dejando tras de sí un vaho enervante de perfume barato... provocando galanterías lúbricas en unos y frases picantes en otros. La feria callejera estaba en el más intenso de sus momentos. «El Royal» terminaba su última seccion y habia volcado en las calles circunvecinas, el millar de espectadores que fueran a buscar sensaciones eróticas en su sala...

Era la vergonzante hora del remate... en que se discutía en plena calle por unos centavos más o menos el precio de las caricias mecánicas...

Alfredo contemplaba las últimas *mariposas* sin suerte que venían rezagadas, cuando Ofelia pasó por su lado, lanzándole una mirada insinuante y traviesa... era una *mujercita* de unas formas divinamente preciosas, entre los diez y ocho y veinte años; derrochaba al andar un gracioso donaire que hacia resaltar sus gloriosos contornos de hembra tentadora...

Al *bohemio loco*, como lo llamaban cariñosamente

sus amigos, le brillaron los ojos de alegría y con entusiasmo prorrumpió: ¡*Bendita sea la madre que ha echado tanta gloria al mundo*...! Y se quedó embebido mirándola alejarse, sintiendo la sensación de extraña voluptuosidad que le había producido en su espíritu al pasar; porque era un ferviente adorador de las curvas femeninas... un místico de la belleza, un esclavo del Amor que era su Todo...

Un irresistible deseo lo impulsó tras ella, se acercó, y después de envolverla con sus grandes ojos soñadores en una intensa mirada inició el diálogo: – Adiós, Golondrina... ¿tan solita vás...?

—Si tú me acompañas, Ruiseñor...

—Hasta el fin del mundo si quieres...

—No quiero ir tan lejos... como tengo sed me conformo lo hagas hasta «El Pigall»...

—Si quieres puedo ofrecerte mis labios para que te embriagues rica...

—¿Tan dulces son? ¿Qué licor tienen?

—Nèctar... ambrosía... amor...

—Prefiero cerveza, repuso sonriendo.

—Entonces te propongo ir a la Munich o al Aue's...

—Encantada, pichón...

Y así platicando espiritualmente, como dos viejos amigos, tomaron rumbo al «Aue s», donde Ruiseñor entre sorbo y sorbo de cerveza, después de una hora de amena plática había conquistado el espíritu de Golondrina con el inmenso caudal de su chispeante buen humor.

Al salir a la calle èl inquirió:—?Dónde vamos?

—Donde tú quieras, Ruiseñor, me siento muy feliz en oirte hablar tan lindo... parece què tuvieras un violín màgico en los labios, y que tus frases fueran una música juguetona; nunca me han hablado así como tù, con esa gentil espiritualidad...

—Gracias, nena... se hace lo que se puede, aunque no lo que quisiera para dejarte del todo contenta...

—¿Y qué más quisieras hacer?

—Gastarme un dineral contigo...

—Te agradezco la intención, estoy hastiada de todo eso... y muy contenta del momento de felicidad que me brindas sin recurrir a esas vulgaridades... y para darte una prueba de esta alegría fugaz que siento, quiero brindarte mis caricias con toda mi alma, porque yo ¿sabes? aunque creas lo contrario, también tengo un corazón que late.... y no siempre he de ser un vil instrumento mecánico... alguna vez me gusta *mi hombre*...

—Llévame donde tú quieras, esta noche soy tuya, toda tuya, de corazón y sin interés.

—A mi palacio azúl te llevaré...

***

—¡Qué cuarto más bien cuidado! ¡Cuántos libros! ¡Cuántos papeles! ¡Cuántos retratos! ¿Quién es ese viejito de melena larga? ¿tú abuelito?

—Sì, ese es mi abuelito espiritual—repuso sonriendo Ruiseñor señalando el retrato de Guido y Spano. ¿Ves?... este se llama Rubén Darío, el otro Victor Hugo, aquel Almafuerte...

—¿Ese que dicen que era un poeta de hacha y fuego?

—El mismo.

—Entonces, ¿tú también eres poeta?

—Algunas veces...

—¡Con razón que sabes hablar tan lindo! ¿Y todos esos papeles son versos?

—Sí, Golondrina...

—A ver, a ver...—Y con una impaciencia llena de curiosidad, los ojos afiebrados por el asombro, comenzó a devorar con ellos los papeles qne yacían desparramados sobre la mesa...—¡Qué lindos que son!—exclamó de repente.—¿Los has hecho tú?

—Sí, golondrina, pero ya que te gusta tanto, voy a recitarte uno de los que más quiero,—y Ruiseñor con una rara emotividad, y la voz vibrante de amorosas modulaciones le recitó quedamente uno de sus màs ardientes poemas de amor y de esperanza, que provocó tal entu-

siasmo en el alma de Golondrina, que tomando la hermosa cabeza del poeta entre las manos, lo besó apasionadamente, con todo su ardor juvenil, con toda su alma, como nunca lo había hecho en su vida... Así los sorprendió el alba al penetrar sus primeros clarores a través de los cristales... Ella mirando el reloj suspiró hondamente... era la hora en que tendría que marcharse, y ebria de felicidad dándole otro beso, dijo:—Me voy, Ruiseñor... ¿ya debo haberte cansado verdad?... sin embargo, siento un algo tan desconocido en mí, que no me alejaría nunca de tu lado...

—Estaría por no creerlo,—repuso èl,—las mujeres como tú, eternas Golondrinas inquietas, no pueden quedar mucho tiempo, encerradas en el nido, si tù lo hicieras te morirías de hastío y de nostalgia...

—Es que mis alas están muy cansadas de volar...

—En fin, si quieres quedarte, esta habitación es tuya; si tienes voluntad para redimirte yo te daré una mano, y si eres buena, mi corazón... tendré para tí las ternuras de una madre por la hija perdida, y mis fuertes brazos sabrán ampararte y defenderte de los perros que osaran ladrar a tu paso...

—¡Gracias... gracias... corazòn de poeta! ¡Pero no puedo! Estoy demasiado al hondo, déjame que prosiga en el fango en que vegeto... no te acerques demasiado a mí, podrías enlodarte tú también... y tu eres el rayo luminoso de Sol que rasgó las obscuras tinieblas de mi alma... déjame que te adore como a un Dios... que te venere como al Cristo que fué el símbolo de la bondad... ¿Quieres que cada tanto venga a purificarme a tu lado?

—Te dije, Golondrina, que esta casa es tuya...

—Entonces hasta pronto, Ruiseñor...—y dándole otro beso, con el alma llena de extrañas luminosidades, se encaminó rumbo al suburbio donde habitaba...

***

¿Quién era Golondrina? ¿Por qué tan joven habìa

caído en ese abismo? ¿Por qué había eludido las preguntas que con suma delicadeza le hiciera Ruiseñor al respecto? Esto lo había intrigado. ¿Algún día sabría su historia? Una tarde Golondrina volvió al cuarto que el bohemio tenía en la calle Corrientes. Ruiseñor no estaba, y por hacer algo comenzó por arreglarle la habitación; luego le dejó una líneas escritas, en las que le prometía volver por la noche. Ruiseñor la esperó con impaciencia; él mismo no se explicaba el raro interés que le había despertado esa *flor de fango* que se le iba colando paulatinamente en el corazón y que estaba como envuelta en un halo de misteriosas tenebrosidades... ¿Qué vendaval recio había impulsado su vida en ese charco de podredumbres? Era la pregunta que cincuenta veces se había hecho sin poderse contestar, y esa noche, cuando ella vino, quizo desgarrar el misterio.

—¿Por qué, Ruiseñor?—dijo ella temblando de emoción,—ese empeño en saber una historia que tal vez te haga horrorizar? No seas así, háblame de tus versos, cuéntame tu quimeras, dime dulces mentiras que me embriaguen de felicidad, déja que me aduerma al arrullo de la música divina de tus frases que llenan mi alma de luz y me transportan en un mundo ideal...

—Cuéntame primero,—prosiguió empeñado Ruiseñor, —y luego te prometo hacerte olvidar tus congojas.

—Escúchame entonces: Yo vivo hace muchos años en un caserón de la calle La Madrid, frente a la ribera; hace algunos años que mi madre murió, mi padre es un canalla, por no decirte un degenerado... me he criado en ese ambiente de borrachos y rameras de la última estofa... oyendo desde pequeña todas las inmundicias de esa multitud abigarrada de hombres ordinarios, que de todos los rincones del orbe van a parar a la ribera, que es la playa de la resaca humana...

Mi padre es un infame que no quiso trabajar nunca, un zángano que está siempre borracho... a mi madre a fuerza de golpes la obligó a ésta vida infame que yo hago, hasta que una terrible enfermedad la llevó al hospital

y de allí a la tumba... es el fin que a mí también me espera... porque el malvado, una noche que estaba horriblemente ebrio, y mi pobre madre no le trajo dinero... después de golpearla brutalmente hasta dejarla desvanecida, me mirò con ojos lúbricos, mientras yo lloraba silenciosamente, acurrucada en un rincón de la pieza. Cuando vì que se acercaba tambaleando... pensè que me golpearìa y trémula y azorada esperé los golpes... pero no me pegó... me tomó entre los brazos... me arrojó al suelo y tapándome la boca para que no gritara, cometió conmigo el màs horroso de los pecados...

Desde entonces soy el instrumento suyo y de los clientes que él mismo me proporciona...

—Pero díme, Golondrina, ¿y tú sigues viviendo aún cerca de esa bestia humana? ¿de ese infame degenerado?

—Es mi padre, Ruiseñor... y temo que alguna vez que esté borracho, me mate...

—Es preferible mil veces la muerte... que ser consciente de semejante infamia... ¡Qué monstruosidad! Desde hoy te quedarás conmigo, si quieres; no volverás más a la calle y al dulce arrullo de las ternuras de mi corazón olvidarás tu pasado...

—No, Ruiseñor... temo por tí que no tienes derecho a sacrificar tu juventud por mi desgracia... ya te lo dije, no te acerques demasiado a mí, podrías mancharte con el lodo de mi vida... soy una perdida... una piltrafa humana... estoy demasiado hundida en el fango para que quieras levantarme hasta tu altura... déjame sola... déjame que te ame como Magdalena debió amar a Cristo! Y cuando la llama que encendiste en mi corazón me haya purificado un poco, entonces vendré a tu lado!

***

Transcurrieron algunos meses màs, Golondrina iba y venía al cuarto del bohemio que adoraba con veneración mística, el que se dejaba querer con la mansedumbre de un niño de aquella alma perdida y atribulada, que con-

fiaba salvar del cieno en que vegetaba... terrible tarea que su gran alma de poeta se había impuesto! Se había acostumbrado tanto a èlla que una vez que hacía tres días no aparecía, resolvió averiguar qué le había sucedido, y esa noche se encaminó rumbo a la ribera misteriosa y turbulenta... y lleno de emoción y de esperanza comenzò a recorrer los cafetines mugrientos, repletos de marineros borrachos que cantaban al compás de organillos estridentes que llenaban el aire de músicas chillonas y estrafalarias... Contemplaba Ruiseñor con asco ese rincón de la metrópoli porteña donde se agitaban riendo y cantando con sus muecas trágicas de vencidos, toda esa *Basura Humana* que la marejada del dolor y de la miseria moral y material iba arrojando en ese rincón de desperdicios... donde brillaban los príncipes de la atorrancia, las reinas de la desfachatez y los leprosos crónicos... En todas esas cosas iba pensando Ruiseñor, cuando pasaron por su lado un hombre de uno cuarenta años y una mujer que en la semioscuridad de la calle le habìa parecido Golondrina. Venían hablando por lo bajo, y Ruiseñor aplicando el oído recogió al vuelo estas frases:—"Allí lo tienes a ése... vamos muévete". señalaba el hombre a un inglés borracho...

—¡No!—respondió èlla con energía,—podrë ser la mujer más despravada porque me obligaste a serlo.,. pero no acepto semejantes tipos que causan repugnancia... y ese me da asco, no quiero!

—¿Que no? ¡Toma! - y le endigó un tremendo bofetón.

No lo repitió porque dos fuertes puños lo derribaron al suelo.

Era Ruiseñor que no había sabido contener sus iras... Ella lo miró y dos exclamaciones vibraron en el aire.

—¡Ruiseñor!

- ¡Golondrina! ¿Quién es *ese*?

- *El*, - respondió élla, agachando la cabeza. ¡*El*! Lo había dicho todo en esa sílaba.... *El*.... para Ruiseñor significaba la encarnación del canalla, del crápula, del degenerado ... *El*, era la representación de la miseria moral y de la desverguenza; de los pulpos viles que succio-

nan la sangre de las mujeres que caen en sus garras; lacra social que para vergüenza de la Civilización se agita en las entrañas de las grandes urbes, y que aquí para rubor de América se pasean a la luz del Sol en las calles céntricas....

Con la brevedad de un relámpago desfilaron por la imaginación del poeta esas imágenes horrorosas.... recordó la escena que le contara Golondrina.... y como un león herido rugió:

—¡Ah, con que es *El*! En breves instantes el *miserable hombre* se había levantado enfurecido, desenvainando un puñal para acometer a su agresor, pero Ruiseñor no le dejó accionar, pues con dos golpes formidables en el estómago lo derribó nuevamente desmayándolo ... Al ruído de la pelea salieron algunos bebedores de los cafetines circunvecinos acercándose al lugar, momento que aprovecharon Ruiseñor y Golondrina para perderse en las obscuras callejuelas de ese barrio de miseria, de dolor, de hambre, de tragedias silenciosas....

***

-Ruiseñor.... llévame al hospital.... estoy enferma.... gravemente enferma.... siento que la vida se me va.... que ha llegado mi hora.... una dulce sensación de abandono me invade el espíritu.... siento mi alma transfigurada y llena de luz ... los ángeles desde allá arriba parecen sonreirme... me dicen que Dios, que perdonó a Magdalena, que se redimió por el amor de Jesús, me perdonará a mí también, que fuí una pecadora involuntaria... y aunque mi cuerpo esté mancillado, mi alma es pura... el fuego santo y sublime que tú encendiste en ella, ha hecho de mi otra mujer... yo misma me desconozco, Ruiseñor... y toda esa tragedia del pasado me parece una horrible pesadilla cuyo despertar fué esta alborada de amor puro y casto... canta Ruiseñor... dime tus versos quedamente en el oído... déjame dormir para siempre al dulce son de la música divina de tus labios... Canta, Ruiseñor,

canta... quiero morir oyendo tu amada voz...

-Calla..« calla... Golondrina... ¿no vez que me desgarras el corazón? Estás delirando por la fiebre, calla... tus frases me hacen daño.

—No... no... Ruiseñor... amado mío... dulce poeta que amoroso llegaste a mi corazón con el cofre de tus ternuras... escucha... la muerte ronda a mi alrededor... me está esperando... me dice que me despida de tí... pon tus manos entre las mias, y acerca tu rostro a mis labios... escucha mis últimas frases: Cuando tengas una novia, Ruiseñor, quiérela... quiérela mucho... así, como yo te quise a tí, y alguna vez... háblale de mí... dile que tuvistes una *Golondrina* que te amó mucho, mucho... mucho... y que un día aciago... cuando iban a llegar al cúmulo de la felicidad, élla se fué... se voló... se voló para siempre a las estrellas... al imperio de la nada!... Adiós... adiós... muero feliz, dame el último be...

No pudo terminar la frase, porque Ruiseñor con los ojos inundados en lágrimas, bebió en aquél último beso el último hálito de vida...!

BAJO MI RESPONSABILIDAD

LA señorita de X, muchachita alegre y bullanguera, era traviesa y retozona como un jilguero, de repente se puso triste,.. y la invadió una vaga melancolía, que llamó de inmediato la atención de los suyos. Para nombrarla le pondremos un nombre cualquiera... Mariquita... Porque se puso triste de repente Mariquita?

Sus ojos lloraban amargas lágrimas en el silencio de su alcoba coquetona, y en el alma de la mamá cruzó como un lampo fugaz una sospecha terrible...

Mariquita en un mes había cambiado de modo de ser, moral y físicamente, por cuanto de alegre se volvió huraña, y de blanca y rozagante se puso pálida, mientras que sus líneas de impecable elegancia, se iban redondeando y tomando su cuerpo las formas de una mujer hecha,..

Que mayor felicidad para una mujer que devolver a la vida la que ésta le brindó?

Cuando la mujer es madre es como si la gloria le estampara un ósculo divino en la frente... porque la maternidad la eleva y dignifica, la ennoblece y engrandece, así sea el divino fruto una germinación del amor, con el elegido, por cuanto ante esa nueva flor se borran las diferencias sociales y desaparecen todas las barreras ..

Entonces porque lloraba angustiosamente Mariquita?

...y no tuvo màs remedio que confesar... la *especialista* no intentaría la operación si alguien de la familia no se responsabilizaba,.. pero como confesar el pecado? si hubiera sido cualquier hombre libre todavía se hubiera atrevido, pero el autor de la desgracia de *su vida* era nada menos que el señor *vicario*... y la especialista no transaba si no tenía una orden por escrito de éste o de la familia...

No había tiempo que perder, el escándalo social se aproximaba y aquèl sádico libertino, capáz de todas las maldades y de todas las felonías, tuvo que transar y escribir la orden villana... "Opere bajo mi responsabilidad"...

Después... la muchachita alegre se volvió más triste que nunca... y cuando está a solas en su cuarto, juega con una muñeca como cuando tenía diez años... haciéndose la ilusión que es el hijo que había germinado en su entraña fecunda y que hubo que ahogar... por el que "dirá" la gente.

El canalla no sintió nunca ningún remordimiento por ese crímen porque era uno de los muchos de la serie...

TRAGEDIA PERRUNA

O tenía un hermoso perro, era inteligente, bueno, triste y romántico... Parece mentira lo de romántico ¿verdad? Sin embargo era así.

Era tan romántico como una de esas chicas ingenuas que sueñan con el príncipe azul que nunca llega...

Un día mi perro se puso triste. Ladraba con un sentimentalismo aterrador, había en sus ladridos melancólicos un soplo de tragedia... y así como muchos cristianos tienen alma de perros, mi perro tenía alma de cristiano, de eso yo estaba convencido.

¿Por qué se puso triste mi perro? Escuchadme y lo sabreis...

En la casa vecina habitaba una blanca perrita, tan hermosa, tan coqueta, que parecía una mujér..! Y Apolo, que así había bautizado a mi perro, se enamoró de Diana como un vulgar hombre...

¿Como se inició el idilio canino?

Jamás llegué a saberlo... Lo cierto es que ambos se amaban locamente...

Por lo menos así llegué a deducírlo por las miradas tiernas que se dirigían... en su romántico lenguaje perruno... siempre estaban juntitos... no se separaban jamás... se hubiera creído que fuesen un matrimonio en plena luna de miel... por la noche Apolo ladraba y al rato con-

testábale cariñosamente Diana... pero la vida es tan amarga que hasta el alma de los perros sufre sus miserias y sus desventuras... y aquél dulce idilio que continuaba en la dulce beatitud del ensueño como un idilio vulgar, se tronchó con una nota trágica...

Un día me apercibí que Apolo estaba más intranquilo que de costumbre... caminaba con la cabeza gacha y la mirada torva... se asomaba en la puerta de calle, miraba con recelo y volvía a entrarse, estaba espiando algo... entonces lo llamé para interrogarló; vino mansito, lo acaricié... y hablamos como dos buenos amigos...

—¿Que te pasa, Apolo? Ha soplado acaso en tu alma alguna ráfaga de desengaño? Y Apolo movió la cola con una llgereza, que venía a significar que sí... y continué:—¡Pobre Apolo! Estás celoso, no hagas caso... las mujeres son así, unas perjuras, unas veletas... te dan un poco de ilusión, para luegó sumirte en un desengaño horrible... ¡Cuánto más se las quiere peor te tratan... despréciala, amigo mio, a esa ingrata... no te hagas mala sangre... Pero Apolo, mostrándome los dientes, gruñó, con rabia, con odio... en la misma forma que si estuviera dispuesto a cometer un disparate... como aquél que no está dispuesto a perdonar... Al poco rato sentí unos horrendos ladridos... me asomé a la puerta y ví un cuadro extraordinario, que fué la revelación para mí de la tragedia del perro.

Apolo, había sorprendido a Diana en un dulce coloquio canino con un Buldogg y no pudiendo contener su ímpetus, se había abalanzado sobre los que habían intentado manchar su honor de perro honrado, y clavándole los colmillos había dejado maltrecha a la perjura Diana, mientras el Buldogg como sucede casi siempre en la mayoría de estas tragedias pasionales, al intentar darse a la fuga había encontrado la muerte bajo las ruedas de un omnibus que pasaba velozmente...

Después vino cabisbajo hacía mí, con ladridos lastimeros, y yo lo acaricié, por que Apolo, siendo un perro había procedido como un hombre... Era perro de poeta...

CLASE DE FISIOLOGIA NATURAL

I

YO no sé, pero es una cosa rara lo despiertas que son las niñas de hoy... a los diez años, saben casi tanto como una mujer de treinta... y no me explico donde mi nena que tiene 11 años aprende ciertas cosas, y eso que mi esposa la cuída que no se roce con los muchachos, élla misma la acompaña al colegio de monjas, donde hay unas hermanas de caridad que parecen unos ángeles...

-Que ingenuo que es Vd. compañero... mire le voy a contar un cuento sintético, de una brevedad única:

No hace mucho tiempo, un amigo de mi pueblo me refirió un percance que le sucedió con sus chicas, a quienes creía que vivían en olor de santidad, de castidad e ingenuidad, por cuanto concurrían a un colegio de hermanas, donde todas las monjas eran viejitas, tan viejitas que hasta tenían un romántico bigotito... pero un día llegó una novicia... monjita de primer cuño, rubia, delgada, alta, que no llamó la atención de nadies, ni menos produjo sospechas, por cuanto todo el pueblo sabía que el pastor era un tipo coqueto, que gozaba de gran prestigio varonil entre ciertas católicas que se desvivían por complacerlo.

II

La monjita nueva que llamaremos Sor Teresa tanto

por ponerle un nombre, comenzó dictar sus clases entre sus alumnas, y una tarde en que una de sus discípulas no había aprendido la lección, la puso en penitencia detrás del pizarrón.

Se fueron todas, y Sor Teresa que estaba con cierta inquietud, comenzó a repasar los cuadernos, mirando con impaciencia y nerviosidad por la ventana, nerviosidad que pronto vió aplacada, por cuanto apareció el perfumado y coqueto pastor, balanceando su abdomen con ritmo armonioso como si fuera un paso de shimmy...

—Por fin mi dulce padrecito llegas!... hace tres días que te esperaba con ansiedad, porque no has venido?

—Los deberes religiosos hijita, no me dejan tiempo... es tan grande el rebaño, y hay que ser atento... y olvidados por completos se estrecharon en la dulce quietud del aula en un beso lúbrico, tormentoso... sibilante...

Mientras Cristo lloraba en la Cruz, la sombra de Mandinga se frotaba las manos...

III

Cuando terminó el beso... Sor Teresa fué a acompañar el pastorcito del abdomen de movimientos armoniosos, hasta la cancel, mientras la nena que estaba en penitencia detrás del pizarrón, con los ojos desmesuradamente abiertos por la clase de fisiología natural que había observado, salió huyendo por el portón como alma en pena...

Mandinga se frotaba las manos...

IV

Al día siguiente dejaron de concurrir tres chicas a la escuela, en cambio llegó e' padre de éstas, para rezarle unas cuantas Ave Marías a la Superiora, Ave Marias cuyo texto no sería quizá parecido al del catecismo...

EL ALMA DE GAVROCHE

I

El avíspero se estaba alborotando, las abejas humanas que se refugiaban en ese inmundo caserón una vez terminada la ruda jornada en las colmenas que existían en los alrededores del barrio, comenzaban a charlar en el patio, mientras esperaban que la buena y heróica compañera de penurias, preparase la bazofia que debía servirle de cena. El descontento era general. Los amos cada día se volvían más exigentes apretando el torniquete de su avaricia, para esprimir bien el jugo al ejército de obreros que se debatían en las garras de la miseria con el mísero jornal que les pagaban. Los artículos de primera necesidad iban adquiriendo día a día un valor fabuloso. El cosquilleo del hambre iba invadiendo los estómagos de todos los hogares humildes como el de Pablo Almeida, que junto a su buena compañera Raimunda, y los seis hijos que le había regalado la naturaleza habitaban en una pocilga de aquel conventillo de Barracas, donde en una promiscuidad inmunda habitaba ese ejército de desheredados con sus respectivas proles. Aquel corral humano parecía el crisol de las razas! Chinos, turcos, italianos, españoles, criollos y de veinte razas distintas y distintas religiones, parecían haberse congregado en esa playa trágica, al im-

pulso de la marejada de la miseria, que como una burla sangrienta parecía rezongar en sus oídos una palabra horrible y tempestuosa, doliente y trágica.

La voz más temible; más horrenda y más angustiosa que pueden pronunciar los labios humanos sin sentir un escalofrío que a veces traspasa a los huesos. ¡Hambre! Y esa voz ya había penetrado en el hogar de Pablo Aimeida, obrero de la fábrica de Don Plácido Meléndez, que se había enriquecido escandalosamente, envenenando al pueblo durante veinte años, en la fabricación de licores que sus activos corredores desparramaban en todos los ámbitos de la república.

II

¡Pulguita! Así lo habían bautizado sus compañeros de infortunio y de lucha. ¡Pulguita! Tan pequeño y menudo como era lo respetaban y temían. Era el más enérgico, de aquel enjambre de pilluelos, de hijos de los arrabales porteños, de pequeños luchadores, que, con la aristocracia de sus harapos, sus caras sucias, y sus voces bullangueras sabían ganarse el pan de cada día para ayudar a los suyos. Pulguita tenía trece años y sabía con demasiada amargura que si no terminaba la venta de los diarios, por la noche en su casa no se comería. Los dos pesos que él aportaba eran tan necesarios como el aire, por eso defendía heróicamente su puesto de combate, y no permitía a ningún "colega" que viniera a hacerle la competencia, y así lloviera torrencialmente o hubiera, un sol canicular, allá estaba él, firme en su "parada", como un aguerrido centinela al que le dieran una orden terminante.

III

Hacía un mes que duraba la huelga de la fábrica, motivada por la rebaja de salarios; aquél núcleo de obreros, exasperados, se había sublevado ante la injusticia, y, cruzándose de brazos, reclamaban más jornal para llevar un poco más de pan á sus hijos.

La miseria había hecho su entrada triunfal en todos

los hogares humildes, y don Plácido con orgullosa intransigencia había comunicado a todos los obreros, que los que no regresaran a sus puestos al día siguiente en las condiciones por el impuestas, quedarían cesantes y llenaría sus vacantes con obreros libres. Tal amenaza exasperó más el ánimo de los huelguistas, que entrevieron el inminente peligro de quedarse en la calle si no defendían sus puestos, y ya que no se entendían sus razones, llegarían a la violencia si era preciso.

IV

El choque había sido terrible entre los "obreros libres", la policía y los sindicados. Una vez más la sangre humilde se había derramado en holocausto del egoísmo y de la ambición. Los heridos eran muchos, había varios muertos, y entre éstos Pablo Almeida, padre de Pulguita, que con sus ojos de niño grande, lo había visto caer herido por el plomo reaccionario, arrancándole un grito desgarrador que lo hizo arrojar sobre el ensangrentado cuerpo paternal, del que recogió el último suspiro, entonces, —y antes que lo apartaran—con las pupilas tragicamente dilatadas, con la voz ronca de odio y de dolor cerró el puño amenazante, y mirando al impertínente edificío de la fábrica maldita qus en su silencio parecía sonreír irónicamente de aquel cuadro trágico: Pulguita frente al cadáver de su padre en actitud de reto dijo:—¡He de vengar a mi padre y a toda esta sangre proletaria que se derramó por culpa de un sediento de oro!

Dos agentes que venían recogiendo los heridos lo apartaron del cadàver y entonces llorando a làgrima viva fué a llevarle la noticia a la madrecita.

V

Después de pocos días de la dolorosa tragedia que había repercutido en muchos hogares humildes, la fábrica había reabierto sus puertas y la labor continuó su marcha cronométrica como si nada hubiese sucedido.

En el alma de los obreros ardía silenciosamente una

llamarada de odio, que se reflejaba en los rostros huraños y en las miradas torvas de la generalidad.

Pulguita también había sufrido una intensa metamórfosis moral con la tragedia que lo había herido en lo más íntimo.

Había desaparecido en él, el canillita parlachin y jovial, que todos conocían, y se había hecho cargo de la situación de los suyos, redoblando sus horas de trabajo, sin quejarse jamás, tenía la comprensión de su deber y luchaba silenciosamente. Era un pequeño héroe anónimo que libraba cotidianamente la batalla más ruda y tremenda, para ganar el sustento para su pobre madrecita y sus hermanos pequeños.

Sin embargo sentía en su alma una enorme sed de venganza que se cuidaba de exteriorizar. ¡Oh! con que placer le hubiese clavado un puñal en el corazón al causante de la muerte de su padre! Cuànto lo odiaba!! Pero tarde o temprano cumpliría el juramento hecho frente al cadáver de su padre, y que todos los días se repetía a sí mismo, hasta el punto de convertirse ese sentimiento de venganza en una obsesión que se habia grabado con letras de sangre en su cerebro.

Una noche otoñal, en que caía una garúa persistente y fría desde la mañana, volvía todo empapado, con la gorra pegada en las orejas, los dientes castañeándole, y los diarios sobrantes bajo el brazo, caminaba abstraído, pensando que tal vez no encontraría ni siquiera un poco de fuego en su casa, para secarse las ropas, iba a maldecir su desdicha, y al alzar los ojos para jurar al cielo una vez más su anhelo de venganza, tropezaron éllos con el edificio de la fábrica, imponente y silencioso, que parecía ostentar en su frente la misma soberbia insultante de su dueño. Una idea trágica, siniestra, terrible, cruzó velozmente su cerebro, la canción del odio que hacia tiempo venía gestando en su alma, podría realizarla esa noche fría, húmeda, negra, cruel, tempestuosa.... que placer para él poder quitarse el frío y secar sus ropas hùmedas al calor de una hoguera inmensa como lo sería la fábrica ardiendo.

Sin pensarlo más, llegó al conventillo, buscó en la cocinita la botella de alcohol y volvió a salir con los diarios bajo el brazo a cumplir la criminal y siniestra idea que se le había ocurrido...

VI

El barrio se despertó por completo ante las estrepitosas clarinadas de los bomberos y al relumbrón que produjo el incendio, en el vecindario.

La fábrica, que un mes antes fuese el teatro sangriento de la huelga, ardía en una llamarada enorme que abarcaba todo el edificio, que los bomberos se sentían impotentes de dominar, mientras que Pulguita el vengador incendiario, contemplaba desde la azotea, la obra de exterminio y destrucción que había realizado su odio, que vengaba así, hiriendo el orgullo de aquel desalmado que había hecho verter tanta sangre humilde de parias, de desheredados, de luchadores...

UN HOMBRE FELIZ

Hacía una cantidad de días que no encontraba mas al pasar por las calles Pedro Mendoza y del Valle al filósofo Alesio. ¿Saben ustedes quien era Alesio? Simplemente un "atorrante" al que de cuando en cuando sabia darle unas monedas al pasar, para tironearlo de la lengua. Había que escucharlo, era un conversador elocuente, tenía una lógica poco común y un criterio amplio sereno y filosófico de la vida. Era un andrajoso elegante, a quien nunca le faltaba prendida en el ojal de la solapa del saco, una flor. Cuando lo volví a encontrar le dije:

—Por qué no busca un trabajo Don Alesio y vuelve a flote de nuevo? Con un poco de buena voluntad y de lucha podría rehabilitarse ante la sociedad, Vd. es un hombre joven, está en la plenitud de sus fuerzas fisicas, tiene un cerebro despejado, y francamente no me explico su abandono, ¿quiere trabajar?

—No, gracias—repuso,—soy feliz en mi situación. ¿Para que sacrificarme, y para quien? Nadies me queda en el mundo, ni amigos, ni parientes, ni mujer, ni hijos.

—Y eso ¿que importa? Vd. vive al margen de la sociedad, cosa que no debe hacer ningún hombre que tenga armas para la lucha, y yo entiendo que abandonarse a la corriente de la desventura es una cobardía que no concibo en Vd. que razona tan lógicamente, sin intentar un esfuerzo supremo.

—Bonitas teorìas son esas cuando se tienen veinte años, el alma llenas de ilusiones y el espíritu de ingenuidad, pero que, para mi, ya no rezan. ¿Sabe Vd. que es la sociedad?

—Cómo nó! una especie de gran familia que regula nuestros actos y nos impulsa a mejorarnos, a luchar por un mejor bienestar para conquistar y para conseguir el aprecio y la estima de nuestros semejantes, a...

—No siga joven, yo le diré en dos palabras: La socie-

dad, segùn mi manera de ver, la componen una cantidad de vanidosos, llenos de envicia que se afanan estupidamente por "reventar" al vecino, al amigo o al pariente, a quienes con sumo cuidado se le trata de ocultar las miserias interiores. ¿No se ha percatado Vd. que cada hombre lleva oculto un drama interior? ¿Le parece a Vd. bien por que a uno le suceda una desgracia que no pudo remediar, en lugar de consolarlo, la misma sociedad lo desprecie? Yo he luchado mucho, me afané por formar un hogar, una familia, una posición, había conseguido lo primero e iba a conseguir lo segundo, cuando todo aquel cúmulo de sacrificios se desmoronó. Comenzó el derrumbe de mis ilusiones con la ingratitud de la que yo creí mi fiel compañera, que un buen día alzó el vuelo del hogar con alguien que se decía mi mejor amigo.

Fué un gran golpe que resistí estoicamente, y me consolé un poco pensando en mis tres hijos, que me hicieron el mismo pago que la madre, marchándose cada cual por su lado en cuanto fueron grandecitos. Quedé solo sirviendo de escarnio a los parientes y amigos, y me fuí abandonando hasta llegar a este estado que es el de la mayor felicidad que alcancé hasta la fecha.

—No comprendo esa felicidad que dice gozar hallándose en ese estado lastimoso porque yo que estoy en mejor situación que Vd., y que tengo al alcance de mis manos casi todo lo que necesito, no soy feliz.

—Ni lo será nunca hasta tanto no desaloje de su espíritu la esperanza y la ambición, yo soy feliz porque nada espero, ni nada ambiciono, soy un emancipado de las preocupaciones humanas cuyo placer mas grande es reirme de todos los seres que pasan atareados y preocupados lanzándose miradas desdeñosas...

Comenzó a rascarse despaciosamente en distintas partes del cuerpo y entonces sonriendo le dije:— ¿Eso también es felicidad?

—Sí, rascarse es otro placer tan grande en esta vida feliz y libre, como el de sentirse acariciar por el sol y ponerse a dialogar con las estrellas...

PATO "CULECO"

(De la fauna pueblerina)

PATO Culeco como lo había bautizado un periodista travieso y juguetón de tierra adentro, había alcanzado al casi desideratum de sus anhelos...

Se sentía casi feliz y hasta contento de su nariz olfateadora, de perro perdiguero, y que hasta un día tuvo la tentación de asegurarsela contra cualquier percance, por cuanto esa protuberancia era para él, el adminículo, admirable genérador de su casi fortuna, o por lo menos la que le proporcionaba el sustento cotidiano. Acaso Kubelic el virtuoso del violín no se había asegurado los dedos de su mano? Y la Mistinguette no había asegurado por una suma fabulosa sus extremidades inferiores? Y como muchos famosos artistas habían asegurado el complemento de su arte el quiso asegurar su nariz... pero como Buenos Aires todavía no está a la altura de New York no encontró ningun asegurador que después de contemplar las redondeces carnosas de sus fosas nasales se atreviera... a ofrecerle una prima...

.....

Y "Pato Culeco" que había desempeñado todos los menesteres vergonzantes de la escala delictuosa había al-

canzado en su felinidad gatuna, a encaramarse a la sombra de políticos manejables que eran en sus manos blanda arcilla... que el modelaba al gusto de sus hambres milenarias...

. . . . . .

Que personajes podría dar semejante artista? En su *estudio*, cueva de inmoralidades, refugio de indecentes, y de discípulos dignos del maestro se hacia la política de mi pueblo, una política bastarda, con cuyas responsabilidad moral cargaba alguno que otro ingenuo que prestaba el nombre honrado para que el insigne Pato "Culeco" hiciera sus trapizondas... y llenara su faltriquera...

Y la gente del pueblo siempre soñadora, siempre ingenua, no se había atrevido a destruir esa cueva de ratas... porque ¡cuidado! Pato "Culeco" era amigo del Comisario... y el Comisario es en todos los pueblos de campaña el que corta el bacalao sin cuchillo...

FIGURITA DE CARTÓN...

Era un dependiente de almacén.

Cuando se compró el primer traje nuevo y se vió al espejo, le dió una especie de mareo...

Comenzó a lustrarse las uñas, y engominarse la melena... desde ese momento comenzó a inflarse como esos globos baratos...

Dejò el almacén para conseguir un empleo menos rústico... no era posible que con sus modales de chica neurasténica, su camisa almidonada, su voz de flautino, siguiera dentro del rusticismo rutinario de la vida almacenera, y consiguió un empleo fino...

El dependiente se sintió feliz, había tocado el cielo con el dedo...

. . . . . .

Progresó; no por su inteligencia, sinó por los empujones que le dieron. En la vida siempre triunfan los imbéciles, los canallas, los audaces y los lacayos...

La copa de su orgullo se desbordó. Su cabeza llena de viento le hizo mirar a sus amigos de ayer como a unos seres inferiores...

Pobre de aquel que osara acercarse a solicitarle algún favor invocando la amistad de ayer. El ayer era para la *figurita de cartón* una gota de veneno en el presente.

Se sentía personaje.

Pero para ser personaje se necesita ser inteligente,

o por lo menos tener el suficiente dinero para comprarle a alguién las plumas con que revestirse aunque sea a vil precio... y éste sólo tenía la habilidad para la simulación, para el disfraz...

Pero... hablaba de honradez sin ser honrado... se hacía el pulcro, y hacía los peores enjuagues comerciales, para él todos eran ladrones, y el metía las manos en la masa...

Era en resumen un pobre ente...

.....

Como todas las figuritas de cartón que en la vida descansan sobre un pedestal vacío, ésta también cayó al suelo ante el primer soplo huracanado... haciéndose acreedor como cosa lógica al desprecio general... había en su vaciedad sembrado vientos y no podía menos que recojer tempestades... es el castigo de todos los fatuos, de todos los imbéciles, que creen tener una personalidad basada en gestos de orgullos huecos y estériles...

ROMANCE DE UN LADRÓN

NOS hicimos amigos en un cafè del suburbio, donde todas las noches sabía estar sentado en el mismo rincón, con el pocillo de café delante. Una eterna sombra de tristeza vagaba en sus pupilas, no tenía amigos, es decir, por lo menos en el cafè no se le había visto nunca acompañado, de tal manera que lo habíamos bautizado con el mote de "El Solitario". Una noche en que llegué más tarde que de costumbre, me informó él mismo que mis amigos se habían retirado, y sin saber donde ir me senté con esa excusa en su mesa para intentar sondearlo, y desde esa noche comenzamos a tratarnos. Pasó el tiempo y de vez en cuando sabíamos conversar largamente al respecto de distintos tópicos. "El Solitario" tenía una sólida preparación de las cosas humanas, pero a través de la facilidad de su palabra, se notaba una honda amargura, una sombra de tragedia íntima parecía reflejarse en las opiniones que vertía, y aquella noche invernal en que el café iba quedando desierto me anunció que talvez sería la última vez que nos viésemos.

—Còmo? ¿porqué? ¿adonde va? le pregunté intrigado.

—Al Chaco,—repuso dando un suspiro doloroso—necesito alejarme de aquí, esta atmósfera de la urbe, donde he nacido, sufrido, llorado y amado; ya me pesa, me asfixia y, necesito ir allá, a respirar el aire puro de los bosques, para dignificarme trabajando, para rehabilitarme

ante mi conciencia. A Vd. quizás le extrañen estas palabras, pero necesito desahogarme con alguién, y Vd. en las pocas veces que lo he visto me ha parecido un hombre bueno, capaz de comprender las desventuras de un desdichado que la fatalidad se empeñó en torcerle el sino.

—Le agradezco muy sinceramente el concepto que de mí se ha formado y si en algo puedo servirle cuente conmigo.

—Gracias amigo mío, deseo pedirle un pequeño favor que le será fácil cumplir, y para eso tendré que confiarle primero una historia un tanto dolorosa, que es la historia de mi vida.

—Le escucho complacido.

—Bien, entonces salgamos de este café, prefiero que vayamos caminando.

Pagamos el gasto y salimos a la calle, en la que soplaba nn viento helado, nos abrochamos los abrigos, encendimos un cigarro y entonces comenzó;

Yo soy un ex-presidario, una escoria del suburbio, un hijo del arroyo... Cuando tenìa quince años me escapé de mi casa, mi madre había muerto, mi padre era un borracho que el día que no le llevaba lo que ganaba vendiendo diarios, me castigaba brutalmente. Me fuí con otros muchachos que me hicieron torcer el camino. Me hice ladrón como pude haber sido persona decente. Vegetando entre ladrones no podía haber sido otra cosa, se lo confieso a Vd. sinceramente, aunque tenía una natural predisposición a la bondad, quiero decirle que no soy un cínico y que como todos los humanos, yo también tengo corazón, ese órgano divino que refleja nuestra sentimentalidad.

Me enamoré de una chica que amé con toda mi alma, y que seguiré amando con la misma fuerza impetuosa del primer momento, mientras viva, aunque hoy no pueda llegar hasta élla.

El amor no reconoce vallas, mi querido amigo, cuando es puro.

—Es cierto; pero el amor es también sacrificio y su-

blimidad.

—Le creo, porqué cuando el amor golpea en la puerta de nuestro corazón, todo es posible, cuando es noble tonifica el espíritu y espiritualiza los hechos materiales, por él somos los hombres santos o bandidos, sublimes o perversos...

—Cierto; yo fuí bandido y en aras de él quiero redimirme. Como le decía, me enamorè de una chica vecina, y aquel dulce idilio es el recuerdo màs hermoso que tengo de mi juventud. Tenía el proyecto de formar un hogar alegre y humilde, alejarme de ese medio ambiente, buscar un trabajo honesto y ser feliz como todos. Iba a poner en práctica el proyecto, cuando los compañeros vinieron a buscarme, tenían un golpe preparado... acepté jurándome a mí mismo que sería el último, no podía negarme y fuí. Sucedió lo que temía, nos sorprendieron y nos encarcelaron. Tres años de penitenciaría. Aquello fué el derrumbe de todos mis proyectos de redención.

¡Que largos se me hicieron!

Para mayor castigo de conciencia, Laura, mi dulce novia, el rayo de sol que había inundado mi corazón y que iba a operar el milagro de mi transformación, me había dado una noticia que había sacudido todas mis fibras... me había rogado que apresurara los acontecimientos... el acto carnal que habíamos realizado sin quererlo espontáneamente, en nuestras pláticas amorosas, había germinado en su fecundo vientre.

Le juro mi amigo que sucedió sin darnos cuenta, sin habernos dicho una palabra, sin pensar siquiera en la responsabilidad que contraíamos. Yo tenía diez y nueve años, ella diez y seis, nuestra juventud o la naturaleza nos impulsó el uno hacia el otro. Se imagina Vd. la tortura moral que yo sufri en mi encierro? ¿Que sería de ella? Ah! si hubiese podido fugarme! Que hermosa me parecía la libertad! Pero desgraciadamente no era fácil. Cumplí mi condena, y lo único que hasta entonces había sabido vagamente es que ella se había casado.

El día que me pusieron fuera del portón de la cár-

cel me sentí como mareado, por fin iba a saber la verdad. La supe. Se había casado con un honrado «gringo» que tenía un tallercito de calzado frente al conventillo, y al poco tiempo se fueron del barrio sin dejar rastros de su paradero. Una vaga inquietud me dominaba: necesitaba buscarlos, quería conocer el fruto de mi pecado, la idea me obsesionó de tal manera, que no dejé rincón sin revisar en la capital, fué una pesquisa árdua e infructuosa que duró dos años, y que después la casualidad dió fin poniéndome frente a ella. Para hacer mi bùsqueda tuve que continuar con mi vida anterior, además para que querìa la honradez si ya no tenía a quien ofrecerla?

Habíamos cambiado de campo de acción porque la policía nos iba pisando los talones, yéndonos a Rosario de Santa Fé. Es un caso de estrategia que a menudo ponen en práctica los del "oficio"... cuando la policía los comienza a fastidiar.

Una noche me avisaron los "compañeros" que tenían un golpe preparado... era un "trabajo facil" según los informes, una mujer sola, cuyo marido iba de viaje a la capital, que a lo sumo habría que amordazar si llegase a molestar. Entramos en la casa, y de uno de los dormitorios salía un pequeño hilillo de luz de una de esas lamparitas de aceite. Hacia allí me dirigí para cuidar que no gritase la dueña en el caso que oyera ruidos, y facilitar la tarea a mis camaradas. Me acerqué a la cama, con el puñal en la mano, y allí sufrí la sensación más grande de mi vida, la mujer que dormía plácidamente al lado de su hermoso querubín era élla, era Laura, el primero y último amor de mi vida.

Y el niño ¿sería el mío? ¡Oh! ¡qué escalofrío! que vergüenza y que asco sentí de mi mismo! No se como contuve un grito de sorpresa, y sin que despertaran salí de la habitación, obligando a mis compañeros a que abandonaran la casa sin tocar un alfiler porque de lo contrario la emprendería contra todos. Me obedecieron, y, luego les di como explicación que aquella casa debía serles sagrada porque era la de una hermana mía que yo

hacía varios años desconocía su paradero.

Y Vd. que hizo después?

—Repuesto de la gran impresión al día siguiente anduve rondando la casa, quería ver al niño para descubrirle algún rasgo de mis facciones, convencerme antes que me lo dijera. Despues de una breve espera salió el niño afuera; al verlo no pude contenerme y me abalancé hacia él para cubrirlo de besos, no había duda, el grito de la sangre, la canción de la paternidad, vibró en mi corazón como un himno de gloria, una dulce angustia se apoderó de mi, tenía ganas de reir y de llorar, fué algo tan grande lo que senti en mis fibras que no acierto a explicarlo.

Después salió ella que al reconocerme y sorprenderme besando el nene se abalanzó como una leona hacia él, y lo estrechó contra su pecho, temerosa de que lo robara. La tranquilicé, y me lo contó todo en pocas palabras. Cuando me llevaron preso sufrió mucho, tenía la esperanza de que saliese antes de notarse su estado, pero... cuando ya no pudo disimularlo, y supo mi condena, cuando comenzó a correr la voz en el barrio, Don Miguel, el zapatero de enfrente, que siempre la habia mirado con buenos ojos, le hizo la propuesta de casarse con ella, él se haría cargo de la situación declarándose autor. Asi lo hizo y lo cumplió.

—Linda corazonada la del gringo don Miguel!

—¿Corazonada? Nobleza, compañero, porque segùn me dijo Laura nunca le recordó su falta, la queria con toda el alma, y estaba "chocho" con el nene que habia reconocido como suyo. Eran muy felíces, estaban en buena situación, Don Miguel habia comerciado en cueros ganando una fortuna. ¿Que debia hacer yo? Tenía derecho a destruir a esa felicidad? Podria acaso reclamar a mi hijo que ante la ley era hijo de otro? ¿Que porvenir lo esperaba a mi lado si mi egoismo paternal me hubiese impulsado a robárselo? Entonces vì bien claro el fondo de mi vida debatiendose en el fango en que me arrastraba y tuve repugnancia de mi mismo, le rogué a Laura que estuviese tranquila que aunque no habia dejado de quererla

un solo instante, que aunque mi vida estaba ligada a la suya por aquel inocente hijo, fruto de nuestro idilio yo no perturbaría la paz de su hogar pero que alguna vez me permitiera ver al nene a escondidas. Así lo hice hasta ahora, abandoné esa vida canallesca, busqué un empleo decente, he comenzado una nueva vida, por amor a ese hijo, por si algún día llegara a saber que soy su padre verdadero no quiero que se averguence de mí.

—Pero... perdone mi curiosidad, ¿porqué y a raiz de que se va al Chaco, si de cuando en cuando va a ver a su hijo?

—Para rehabilitarme del todo ante mi conciencia, trabajando en las más rudas faenas y para ganarme una posición desahogada qus me permita establecerme cerca de mi hijo y asi convertirme en su mejor amigo sin que nunca sospeche la verdad de mi cariño y afecto.

—Bravo! Es Vd. hombre de corazón!

—Si; he comenzado a serlo desde el momento que el amor paternal ha llenado el vacio que habia en él... Adiós amigo mio, y despidiéndose se alejó lentamente con una visión de ternura en los ojos mientras en mis labios floreció aquel poema qne empieza:

—Amor divino amor, dulce esperanza
Sublime redentor del mundo entero...

HOMBRE DESPRENDIDO...

ABIA en un pueblo de tierra adentro que no viene al caso, un hombre muy desprendido... era estanciero, que lo mismo regalaba una sonrisa como le daba las buenas tarde a cualquiera...

Pasaba por un alma generosa y por espíritu altruista, por cuanto había tenido la rara habilidad de revestirse con esas virtudes... aunque en el fondo la generosidad de él alcanzaba brillantes proporciones, por cuanto era capaz de prestar dinero al 120 por 100... desde luego que los préstamos no se hacian con el nombre de él, sinó por interpósita persona como diría mi amigo Corchito...

.....

El hombre desprendido acostumbrado a desprenderse... quiso un día hacerlo de las ropas en casa de una romántica damita, no calculando que la paloma podía tener algún celoso guardián defensor de sus beldades...

.....

Siempre es peligroso *ir* a buscar fruta del cercado ageno... y el hombre generoso fué sorprendido con las manos en *la planta*... teniendo que recibir algunas suaves caricias del guardián que tenía la mala costumbre de hacerlas con un cuchillito y en ciertas partes donde nos han enseñado a decir que *tenemos la verguenza*...

La lección fué ruda... y hasta tuvo que valerse de todas sus amistades para que "los tábanos" de Sócrates acallaran sus zumbidos y todos los hicieron menos uno, que era el más zumbador de todos.., y que lo bautizó con el mote que le quedó in secula - seculorum...

NUBES DE VERANO

I

ERA domingo de carnaval, cuando hastiado por le tal aburrimiento y abrumadora nostalgia, que esos dias de locura habían inyectado en mi espíritu, siempre sediento de emociones, se me ocurrió ir en busca de mi amigo Mario, sabiendo de antemano que iba a ganarme algunas miradas ásperas de su esposa. La «media naranja» que el destino había deparado a mi amigo, era una de esas mujeres egoistas, una de las tantas tiranuelas con faldas que quisieran conservar al esposo encerrado en una caja de cristal, para tenerlo siempre a su lado y convertirlo en un monigote casero..., porque la mujer cuando ama, es tan egoista que no mira nunca más allá de sus sentimientos. Pero vamos al grano, para que el paciente lector no se canse y mande al diablo al autor con su historia.

Salimos rumbo al centro en un tranvía con la peregrina idea de pasar unos momentos alegres y olvidarnos de nuestras tristezas. Bajamos frente al Congreso, que esa noche estaba iluminado «a giorno» y enfilamos por la Avenida de Mayo. Momo imperaba en todo su apogeo, la carcajada hueca y los gritos estridentes de la muchedumbre atronaban el espacio, juntándose con el tintineo de los cascabeles y el sordo sonar de las bocinas, que en conjunto formaban una batahola infernal... Era

el reino de la locura y del disparate, donde mezclábase la canción alegre con el chiste picante, la frase espìritual con el vocablo soez.

Las carrozas adornadas desfilaban en interminable caravana, llenas de bulliciosas mascaritas, que con sus voces mas o menos cristalinas y sus carcajadas, alegraban el ambiente, que poco a poco nos contaminaba, porque en todas las almas existe un espíritu de imitación, que las impulsa a hacer lo que el vecino. Nos mezclamos a la turba bullanguera, a esa humanidad poseída de locura frenètica, que trataba de olvidar sus miserias y sus dolores ocultándose bajo la careta y esforzándose por reir a carcajadas, que sonaban a hueco bajo el cielo estrellado que cubría la urbe bulliciosa...

II

Amanecía lentamente cuando volvíamos del baile, donde habíamos ido a terminar la noche.

Las estrellas se iban exclipsando en el azul grave del cielo. En el horizonte se asomaba una franja de resplandores rojizos, que anunciaba un día esplendoroso. Un inusitado movimiento de gente llenaba las calles a esa hora. Eran los trasnochadores, los calaveras, éra la caravana de los aburridos y de los hastiados de la vida, los que se acuestan con el sol y se levantan con las estrellas, los que habían ido como nosotros a buscar el placer efímero de una noche de baile, para buscar quizás el olvido de penas, que no pueden curarse porque están demasiado arraigadas en el fondo de nuestras almas. Bien o mal nos habíamos divertido aunque eso ya estaba fuera de las costumbres de mi amigo, que creyendo haber encontrado el ideal que forjara en sus noches de insomnio, había formado un hogar con la certeza de hallar en ese santuario del amor, la tranquilidad de que carecen los hombres solteros, que se ven arrastrados a una agotadora vida de placeres, al huir de la soledad que aterra.

¡Vana quimera la de Mario!

Al formar su nido, al lado de una compañera cari-

ñosa, donde los dos, ebrios de amor gozarían todas las dichas terrenales, pero en lugar de eso, halló el infierno donde quería imperar un diablo con faldas al que se había ligado para toda la vida.

—Presiento—me dijo al despedirnos—que luego voy a tener una escena desagradable con Inés, pero ¡paciencia...! ya no le hago caso: en cuanto comienza con sus acostumbradas mojigaterías. tomo el sombrero y salgo para no oirla.

III

Daban las cinco cuando Mario entró en el dormitorio. Todo estaba envuelto en el silencio, su esposa dormía plácidamente, y, al contemplar al nene en la blanca cuna, tuvo un remordimiento por la noche pasada fuera del hogar, y, despacio, en silencio, se acostó. A las ocho de la mañana, cuando entraba en lo màs pesado del sueño, unos gritos desaforados le despertaron, sin saber a que atenerse y qué podría ser aquella gritería.

Con los ojos entreabiertos miró a su esposa que era quien le estaba obsequiando con una lluvia de improperios, que lo herían en su amor propio, era el ángel del hogar que soñara en sus noches de soledad, que se había transformado en demonio convirtiendo el paraiso terrenal en un infierno...—Cuando el chaparrón pase—pensaba Mario—será la mía y me tomarè el desquite, y para no darle más curso a la cosa optó por seguir haciéndose el dormido. Esto exasperó más el ánimo de Inés, quien al ver esa pasmosa impasibilidad, trató de herirlo en lo más íntimo de su amor propio, con frases tan ofensivas, y con un lenguaje que no le había oído nunca, y unos vocablos tan ásperos que hubieran hecho ruborizar un carretero...

Al sentirse así ultrajado, perdió la paciencia, olvidó que era mujer, que era su esposa, y la madre de su hijo, y enceguecido de ira le cruzò el rostro de una bofetada..

Al recibir ella el ultraje, gritó como una demente, y tomando el pequeño salió del hogar como si la llevaran

los demonios...

IV

Pero, hagamos un poco de crónica retrospectiva y ahondando la psicología de los personajes sabremos quienes èran.

Cuando Mario pensó formar su hogar había bordeado los treinta; era un raro en todas sus cosas, tenía un carácter agri-dulce, pesimista por temperamento y alegre por momentos, de estremada sensibilidad, tenía suavidades de paloma, arranques de energía que nadie le hubiera creído.

Su juventud había pasado como un sueño, entre la amistad de algunos amigos que periòdicamente frecuentaba, porque la mayor parte de su tiempo lo pasaba embebido en sus lecturas favoritas, cultivando la pintura y atendiendo un modesto empleo que desempeñaba en pocas horas. Llevaba una vida metódica de bohemio materialista, era un poeta que no rimaba frases, ni atacaba la prosodia... para convencerse de su poesía interior no había más que mirar la emotividad de sus cuadros, la expresión de dolor que reflejaban esos rostros que él trasladaba a la tela con un realismo perfecto.

Una tarde, después de su nuevo estado civil, le insinué porqué no hacia una exposición de sus cuadros.

Es tarde,—me repuso, he perdido la voluntad; el materialismo de la vida diaria me ha vencido, las necesidades de la familia acabaron por ahogar mis mejores entusiasmos, voy cayendo en una dejadez que no puedo remediarla, mi vida de ahora se asimila mucho a la de un buey manso, de casa al empleo y de éste a casa, donde me entretengo con mi hijo, que es mi única ilusión, el único libro que leo y el cuadro que siempre llevo por pintar en la imaginación...

V

Inés, como la generalidád de las muchachas soñadoras, se había criado en un ambiente que si no había sido

de holganza tampoco lo había sido de miseria.

Poseía un carácter incomprensible, agrio y cariñoso, amable y mordaz. En momentos de buen humor era capaz de burlarse hasta de su propia sombra... pero cuando la atacaba el sentimentalismo, era capaz de aburrir con sus «pamplinas» al mismo Job si hubiese tenido que escucharla.

Como todas las chicas que sueñan despiertas, había esperado largos años antes que llegara el soñado príncipe azul... y este apareció una tarde en su camino, encarnado en la figura de Mario, quien le ofrendó un corazón vibrante de amor y una alma esencialmente delicada.

Se conocieron cuando Mario alquiló una habitación en la misma casa, y éra lógico que sus corazones juveniles, vìrgenes aún a las sensaciones espirituales del amor, trataran de aproximarse el uno al otro.

Cuando Mario comenzó a pensar en élla, por su parquedad y timídez, le pareció una obra inmensamente difícil llegar a conquistar el corazón de Inés. De donde iba a sacar el valor para declararse?

Pensó hacerlo por carta y le pareció ridícula la solución, habitar cerca de élla, tener oportunos momentos para manifestarle sus sentimientos, y, cuando iba a hacerlo, se le anudaba la garganta... era el colmo de su desdicha, y estaba enfurecido consigo mismo por su «batata»...

Ella en cambio, perspicaz como todas las mujeres, se había dado perfecta cuenta de lo que pasaba en el espíritu de su amador, y con miradas de paloma enamorada, lo incitaba cada vez más, hasta que un día Mario se armó de «coraje» (bebiendo algunas copas de alcohol) y la invitó a ver una sección de cine, quería hablarle a obscuras, no tenía mucha fé en su oratoria, temía que la emoción lo traicionara y le hiciera olvidar «el discursito» que hacia dos meses se había aprendido de memoria. Por eso buscó la complicidad del cine, donde podría ser más atrevido y donde creía que nadies le oiría ni vería, no imaginándose en su ingenuidad que los acomodadores son terribles... cuando una pareja no les dá una buena propina...

Ubicados en un rinconcito, y en cuanto se apagó la luz, Mario se declaró de un "solo golpe", sin pausas ni restrinciones, como si alguién le corriera detrás, como si temiera que la película terminase antes del tiempo calculado... Cuando encendieron las luces algunos sonreían burlonamente.. Inés también sonreía, pero con una sonrisa encantadora y un rayo de felicidad en los ojos... porque ella le amaba y al fin había conseguido romper la timidez de su "negrito"...

VI

Había transcurrido un año desde la memorable tarde del cine, cuando los dos tórtolos emprendieron el camino hacia el "calvario matrimonial"..., según frase textual de Mario, meses después, cuando apareció el primer nubarrón en el horizonte de su dicha, y para dar un poco de expansión a su alma atribulada vino a buscarme para confiarme sus congojas. Al principio, no sabiendo a que atribuir su visita, me alegré volver a verle, porque desde el día de su desposorio lo había dejado de hacer, y yó le había perdonado esa falta, calculando lo egoístas que somos todos cuando nos sentimos felices, se embriagan de tal forma nuestros sentidos que nos olvidamos hasta del ciego que nos tiende la mano en la vía pública...

Por eso imaginaos mi júbilo, al ver de nuevo al amigo cuya amistad creía haber perdido. Lo recibí con los brazos abiertos, como se recibe a un hermano que ha cometido una gran tontería... la de querer suicidarse con la más peligrosa de las armas que está al alcance de un hombre y que es una mujer bonita.

En su rostro estaban impresas las huellas de una honda amargura; y sentí tal deseo de saber algo de su vida como él, de contármela.

Provoqué la confidencia que estaba floreciendo en sus labios, más o menos con las siguientes frases:

—Por fin Mario! Creí que nunca saldrías pegado de tu amada, porqué eso de olvidarse de todos, y del mundo

en que se ha vivido y actuado, es mucho egoísmo, no es propio, es ilógico, anti-social,—la amistad te exije cuando menos un par de rabonas semanales, de lo contrario te condenas tu mismo y terminarás por ser un monigote casero, una víctima del amor, un suicida viviente, porque tanto el hombre como la mujer que se deciden a formar un hogar, no es para sepultarse ni esclavizarse en él, hay que imitar a los pàjaros, que cuando, forman el nido, no por eso dejan de volar.,. Era hora que despertases de esa modorra voluntaria!...

—Por favor!—me replicò—déjate de reproches, que el amor como todas las cosas que tanto se anhelan, una vez alcanzadas, aburren y hastían. Me he desengañado del matrimonio y de las promesas de las mujeres cuando son novias.

—Pero como! — exclamé asombrado, — ¿estás loco? ¿que dices? ¿es posible? A los cinco meses de casado cuando aún te creía en plena luna de miel, ebrio de amor en los brazos de tu angelical compañera, me sales con esas lamentaciones?

—No divagues! Se conoce que eres soltero! La experiencia me ha enseñado que el matrimonio es un pozo en el que el hombre una vez caído adentro dificilmente vuelve a la superficie!

—Bah! tonterías! Se ve que te hacen daño las lecturas fuertes!...

Ojalá tuvieras razón: yo, como tu opinas hoy, lo hacia antes, pero la realidad es ingrata, uno piensa una cosa y después le resulta otra, y lo peor que ya no puede desacerse lo hecho, porque hay un lazo indisoluble, una cadena que ya es imposible romper. La vida comienza a ser insoportable, todos los días, por insignificancias se produce algún altercado entre nosotros, y mi amable compañera me brinda por lujo, llantos. rezongos, desmayos, y otras menudencias mujeriles... y claro, como está en *estado interesante*, no me queda otro remedio que callar y darle la razón, aunque lo que merecería sería *"una sobadura"* como dicen los criollos. Ah! Si no hubiera ese

lazo! Te juro que volvería a mí cuarto de bohemio, a pintar mis cuadros, a leer mis autores favoritos, y a gozar con los amigos las agradables tertulias nocturnas del café, porque no solo tengo que privarme de los más inocentes pasatiempos, si estoy leyendo protesta, si pinto, chilla, si intento salir sucede un terremoto... es una cosa terrible!

—Y por esas pequeñeces tienes una cara que no parece la tuya? Lo que te sucede es lógico, porque tu eres demasiado sensible e impresionista, estremadamente cariñoso, defecto imperdonable de todo recién casado, porque esas demostraciones de afecto demasiado ardientes, te restan energías para imponerte a élla, cosa que debías haber evitado desde el primer día de tu desposorio. A la mujer hay que quererla, puesto que uno se ha unido a élla para toda la vida, pero hay que cuidarse de demostrarle demasiado afecto, porque las mujeres suelen ser egoístas por temperamento, además esas son pequeñas "nubes de verano" que aparecen en todos los hogares, y que no tienen otro objeto que disgustar la pareja, para luego hacer la paz con centenares de besos ardorosos, y reeditar la noche de bodas... y volver a recomenzar con más ardor el idilio trunco. Ademas esas pequeñas rencillas conyugales, son necesarias para romper la monotonía del hogar, donde aùn no han llegado los niños que todo lo alegran con sus voces cristalinas, y sus llantos estridentes. Eso es lógico, todas las cosas en la vida, tienen su adverso y reverso, nadies es siempre feliz, ni desgraciado.

—Mira;—todo ese optimismo de que haces alarde, lo perderás el día en que como yo tengas la debilidad de formar un hogar, el día que te enamores de una mujer al parecer buena, y le confieses francamente lo que eres, para que nada tenga que reprocharte, qne no eres más que un empleado que gana un sueldo para vivir dentro de la más estricta modestia, que habrá que atenerse al pequeño presupuesto, y pasar por alto, lujos, caprichos, vanidades y fruslerías, que te es demasiado doloroso hablarle en esos términos rudos, pero sinceros, porqué no es tu deseo ocul-

tarle nada, ni hacer lo que la mayoría de los mozos que gustan vanagloriarse ante la novia, y la familia de èlla, que ganan el oro y el moro, y luego todas esas promesas son pueriles mentiras que dan a la joven esposa el más grande de los desencantos que suelen terminar en formas poco lógicas. Que tù eres un hombre que le hablas con el corazón en los labios para evitar futuros disgustos, porqué anhelas que élla sea la dulce compañera donde puedas hallar una frase de amor y de consuelo, cuando la lucha por la vida te agobie, que buscas en élla, el alma de tu alma, que te incite a perseverar para llegar un día a la meta soñada y no la muñeca halagadora de pueriles vanidades, que anhélas que su alma y la tuya, no sean más que una sola, para que de esa fusión espiritual brote la rama de una nueva familia, que será la continuación de las dos vidas, y para que esa unidad de afectos se pueda inculcar a los hijos, y que ella en un arranque, en un rasgo de sublimidad, sentimiento que en mayor o menor cantidad anida en el corazón de todas las mujeres cuando están enamoradas, te conteste: que está dispuesta a todos los sacrificios, que será lo que tú quieras porque te adora, te idolatra, te venera... y tú, crédulo de la realidad de tan bellas frases, y de los mil y un juramentos de amor que te ha hecho, no vacilas ni un instante más, y formas un hogar a fuerza de sacrificios, y gozas de una felicidad sin límites en los primeros meses del matrimonio, mientras duren los fondos que tenías de reserva, y en cuanto estos se han terminado, cuando no queda más remedio que ajustarse estrictamente a lo que ganas te convences que todas aquellas hermosas promesas, no han sido más que "palabras de novia"...

Es cuando aparecen lo que tu llamas "nubes de verano" que te amargan las horas y los minutos, porqué uno a cometido la tontería de creer que la mujer amada es un angel... pero que está lleno de pretensiones... sin recordar que cuando era novia te repetía cada momento la tan gastada frase de, «contigo pan y cebollas...» sin pensar lo que podrá venir mañana... pero estas cosas mi

querido amigo, hay que palparlas, hay que sufrirlas en carne propia, para sentir el sabor amargo que tienen. Y verás si yo me quejo de gusto:—esta mañana al irme a la oficina, me despidió toda mimosa, con un ardiente y apasionado beso, que me hizo olvidar todos los malos ratos que me hiciera pasar días anteriores, estuve todo el día alegre como un niño cuando le regalan un juguete... al salir me apresuré para volver a casa y llevarle una golosina que le había comprado. Llego, soñando con un beso en los labios, y... adiós momentos de deleite que me habìa forjado... Me recibió sollozando, y con lágrimas, traté de averiguar lo que sucedía y todo lo que pude entender, que ella era una desventurada.., porque no podía hacerse un vestido nuevo, que la vecina había estrenado otro,.. y que era un inútil porque no ganaba más dinero...

Quedé mirándola como un idiota, y reaccionando después de un breve cambio de frases opté por mandarme a mudar para no dejarme llevar por un ataque de nervios.

No supe que contestar a Mario, su larga perorata me había dejado pensativo y como si hablara conmigo mismo repuse en alta voz: y yo ingenuo que creía que el maximún de felicidad se alcanzaba en el matrimonio...

—Si,—repuso filosóficamente:—el matrimonio es un juego de azahar como la ruleta y las carreras, unos se ríen mientras la mayor parte lloran...

XII

Pasaron varios meses. Una tarde hallábame sentado en un café de la Avenida, bebiendo «algo» con color de café... mientras observaba el incesante desfile de la caravana de apurados, y las peripecias de algunos peatones para cruzar la calzada, cuando sentí un suave golpecito en la espalda.

Me dí vuelta y hallé un rostro sonriente y una mano tendida hacia mi. En sus ojos vivaces se fugaba un rayo de alegría y en sus labios mariposeaba la sonrisa

del hombre feliz y satisfecho. Despues de los afectuosos saludos me dijo a boca de jarro,—voy a darte una noticia —soy el hombre más feliz de la tierra, he gozado uno de los placeres que desconocía y que ya podrás imaginarte, es algo que me tiene loco de contento y que ha cambiado el curso de mi vida...

—¿Has ganado la lotería? Habrás cobrado alguna herencia inesperada? ¿Qué otra cosa puede cambiar el curso de una vida? Cuenta, dime Mario: estoy ardiendo de curiosidad...

—Es algo superior a todo eso—repuso enfáticamente:—¡soy padre! mi esposa ha tenido un hijo!

—¡Hurra! Te felicito Sr. papá! Venga esa mano! Deja que te dé un abrazo!—Mozo! traiga una botella de Oporto! Que diablo iba a imaginar semejante cosa! Ahora te falta plantar un árbol y escribir un libro para cumplír al pié de la letra el proverbio yanqui.

¿Y tu esposa está bien?

—Si muy bien y ya no protesta como antes, estoy convencido que me quiere mucho, somos muy felices; alguna vez, tenemos alguna «nubecita» que otra, pero todo es pasajero... casate y verás cuantas emociones...

—No pude menos que sonreir ante esas frases, Mario prosiguió:—verás que sensación moral gocé noches pasadas, esperábamos de un momento a otro la llegada del nuevo ciudadano, cada minuto que pasaba, cada quejido de ella, éra una emoción para mi, estaba inquieto, nervioso, fuí a buscar la obstetricia, y en el momento oportuno me hicieron salir de la habitación, iba a llegar por fin el querubín soñado, me paseaba por el pequeño patio del departamento, como un loco en una jaula, haciéndome cincuenta mil preguntas, y otros tantos proyectos descabellados... por fin se asomó la profesional y me llamó sonriendo,—¿machito?—pregunté anheloso.

—Sí, pasé, «salió» con la suya... repuso.

—Entré en la habitación, estaba mareado de felicidad, si vieras que lindo es! y que gordito! mira, esto dejando el orgullo paternal aparte, te voy a hacer una com-

paración,—es tan bonito como un billete de mil pesos en bolsillo de pobre! y ahora, en nombre de la vieja amistad que nos une te exijo que vengas a ver a mi primogénito, y vengas a visitarnos cuando gustes, asi charlaremos más a menudo y podrás convencerte, que la verdadera felicidad se encuentra en el hogar y en la familia...

—Nos despedimos; y prometièndole mi visita, me alejé pensando, en las últimas palabras de mi amigo, que en tan poco tiempo, había cambiado de ideas y modos de pensar, hacia el amor, el matrimonio, y las mujeres. esos tres abismos insondeables de la vida.

VIII

Ese domingo por la mañana, me despertó la dueña de la pensión, para entregarme una carta: la abrí, y di un grito de alegría... era una invitación de Mario para que fuera a almorzar con ellos, cosa de muy buen gusto y que causó buena impresión en mi espíritu, porque siempre es agradable para quien se ha acostumbrado pacíficamente a resistir la tiranía despòtica del puchero cotidiano y del eterno guiso de patatas de las casas de pensión. Después de cepillar cuidadosamente mi traje, con el alma llena de alegría, y una mirada conquistadora, me encaminé rumbo a la casa de mi amigo. El almuerzo fué opíparo, y tan bueno, que cuando regresé a casa no solo miré con cierto rencor a la dueña de la pensión, sinó que me dieron impetus de ahorcarla... Pero es justo que prosiga mi relato y cuente las impresiones de mi visita. Un pequeño departamento con un dormitorio y otra habitación que hace de comedor, sala de recibo, biblioteca, taller, etc... todo está alli colocado en un meticuloso desorden donde trasluce el alma del ex-bohemio. En un ángulo la biblioteca, atiborrada de libros de todas clases e ideas, en otro rincón un caballete, la paleta, pinceles, una cabeza del «pibe» a medio terminar, un lote de cuadros en las paredes. Mario me muestra su péqueño vástago, es un hermoso querubín de ojos azules bello como un ensueño lo

miro con curiosidad y siento una emoción nueva dentro de mi, casi le tengo envidia a Mario, y élla que me está observando, se da cuenta talvez de lo que pienso, y sonríe burlonamente... charlamos un poco de todo, y sentados en dos sillones en el pequeño patio, entre el mate y el humo de los cigarrillos se trascurrió la tarde recordando el pasado alegre de nuestros dias de bohemia...

IX

—Hecha mi primera visita al hogar de Mario, y aguzado mi espíritu curioso me propuse hacer un ensayo de estudio psicológico de aquellas dos almas raras. Mis visitas se repitieron con frecuencia, llegaron hacerse casi diarias Inés llegó a tratarme con la misma familiaridad que Mario. Así fué como fuí testigo de infinidad de rencillas conyugales que se disipaban al dia siguiente, por eso fui a buscarle aquella noche de carnaval, porque sabía que Mario estaba disgustado, y a la vuelta hiciera las paces con su esposa, pero como hemos visto, la cosa tomò un cariz bastante agrio.

X

—En toda alma de mujer existe un gérmen de despotismo y de tiranìa, en unas mas desarrolladas que en otras y en algunos casos se dà que ese gérmen despótico es mas poderoso que su voluntad, que las impele a no cejar hasta no conseguir lo que anhela. Inés era una mujer que se había empeñado en dominar, moralmente a su esposo, y en un año y medio lo había conseguido a medias... ensayando todas las tretas del repertorio femenino, desde el mimo al desmayo... con ese hecho se había expúesto a perder la felicidad de toda la vida, y romper la paz del hogar... de otra forma no se concebía su acto violento y la provocación áspera que hiciera a Mario aquella mañana de que hablamos en el primer capítulo.

—Habían transcurrido algunos dias de aquella noche de carnaval, cuando fui a ver a Mario. Como «habitué» de la casa empujè la puerta del departamento que estaba

entreabierta. Al ver la palidez de su rostro presentí algo malo; en tres días parecía haber envejecido diez años.

—Mario: ¿que tienes? ¿que te pasa? dije a modo de saludo.

—Bah!—repuso suspirando—cosas de la vida.., Inés se ha ido... hace tres días que falta del hogar...

—¿Eh? ¿Que dices? ¿estás loco?

—Puede que tengas razón—repuso amargamente,—pero es lo cierto! La escena que yo había presentido se desarrolló en una forma más dramática; cuyo fin ha sido el derrumbe del hogar que a costa de tantos sacrificios había levantado.

Quedé como atolondrado con la noticia, y después de prodigarle mis frases de aliento, me despedí por algunas horas para ir a cumplir una misión. Pensando y reflexionando en todos esos hechos en que indirectamente había tomado parte, y en un íntimo soliloquio tratè de desengarzar la enmarañada madeja de aquél hecho que me había afectado hondamente. ¿Que razones tenía Inés para haber obrado asì? ¿Abandonar el hogar valiéndose de un futil pretesto? Es cierto que estaba en casa de sus padres ¿pero quién le quitaba al buen amigo la angustia torturante de otros pensamientos? Además ya eran tres días... y allá me fuí... querìa conversar con élla, sondearla y averiguar antes que el atribulado esposo cometiera algunalocura.

XI

—Había anochecido cuando regresé al hogar de Mario, entré sin hacer ruido casi, y quedé estupefacto ante el cuadro conmovedor que presenciaron mis ojos. Mario estaba sentado en una silla con el rostro entre las manos, los cabellos en desorden, y los ojos desmesuradamente abiertos que miraban fijamente algo, de pronto moduló algunas frases que al recogerlas se convirtieron en estas dolientes estrofas de dolor y de angustia;

Ayer era este hogar jardín florido
Donde la mariposa juguetona

De la alegría sana que expansiona,
Revoloteaba dentro el dulce nido!

Hoy todo se ha cambiado, ¡tú te has ido!
El nene ya no está, no desentona
Con su llorar eterno y su chillona
Voz que éra la glosa de un estampido!

Contemplando el desorden de las cosas,
Al sentir las punzadas dolorosas
Cual puñales clavados en mi pecho.

Siento las lágrimas que van brotando
Y yo al igual que un niño estoy llorando
Por el hogar que ingrata me has deshecho!

---Dió un hondo suspiro y luego mirando el retrato continuó a modo de dulce protesta:

II

Y tan ingrata has sido que en el hogar deshecho
Todo està revuelto, hay una gran confusión
¿Te das cuenta siquiera? Cuanto mal has hecho!
Tengo una gran tristeza, que amarga el corazón!

Todo está amontonado. Está todo en un rincón
El cuarto sin barrerle; la plantita de helecho,
Se ha secado casi, oh! desesperación!
Siento que algo reventará en mi pecho!

Malvada! Tù no sabes, no aprendiste a querer
Sino el hogar, nunca hubieras abandonado
Por una tontería...! Ponerte a deshacer.

Una familia, un nido, un castillo de amor
Que luego de mil luchas habìa levantado
Y he recibido en pago este gran sinsabor!

III

Te parece lógico que te hayas ido?
Te parece justo el haberte llevado?

El nene tan bello, risueño y amado
El nene que fuera la dicha del nido!

Escúchame, solo un favor te pido
Puedes quedarte si asi lo has pensado
Pero no me obligues a que vaya enojado
A reclamarte el niño, el hijo querido.

Tú eres madre, lo amas, no crees que el mismo
Cariño le tiene un padre a su hijo?
Oh! ¡Tienes mucho!... demasiado egoismo!

No seas más asi! Te lo ruego, lo imploro,
Lo mando a la buena, sinó te lo exijo
Que me traigas al néne que tanto lo adoro!

IV

La cuna está vacía, el nene ya no llora
No grita ya no ríe, no alegra ya el hogar,
Maldita la pelea, maldita aquella hora
Que yo volví enojado y me puse a rezongar!

Mujer ingrata y mala, perversa engañadora
El nene te has llevado, no me lo quieres dar
Devuelvemelo pronto, mi alma solo añora
Ver al nene en la cuna y poder con él jugar.

Haz lo que te parezca, no tengas tanto encono
Vuelve si así te place, yo todo te perdono
Con tal que al nene traigas, todo lo olvidaré.

No te diré nada, pero traelo prontito
Por el nene tan solo, por el lindo angelito,
Si no, no pasa mucho, que yo enloqueceré!

Que dolorosa impresión la del silencio formidable del hogar deshecho, y aquella cuna vacía, las frases murmurantes y angustiosas de ese hombre moralmente aplastado por el derrumbe de sus ilusiones.

Seguí espiando sus movimientos de pronto se levan-

tó Mario, y como un autómata comenzó a caminar por la habitación, deteniéndose ante el retrato de su hijo, pintado por el mismo, y tomando el cuadro con ambas manos lo depositó nuevamente en la cuna, y después de besar la efigie amorosamente, la cubrió con el velo, como si realmente estuviera el niño en ella, y se sentó a mecer la cuna vacía... Era el delirio de la paternidad que pasaba por el alma de ese hombre, era el sentimiento exquisito de su alma sensible que predominaba, era algo que no había imaginado pudiese ejercer tanta fuerza sobre el espíritu de un hombre, era el gesto sublime que visto con otro lente pareciera ridículo, y así son todos los amores espirituales, cuando llegan a la sublimidad abordan la ridiculez... y hondamente conmovido por el dolor de aquel hombre, salí en puntas de pie para tocar el timbre y llamar su atención.

—Hola, mi buen amigo, dije; se dió vuelta y me estrechó la mano. Vamos, necesito que me acompañes.

—Donde?

—A ver a tu hijo que está enfermo...

—Eh? que dices?

—La verdad. No se hizo repetir la orden, tomamos un auto, y a los cinco minutos estábamos en casa de la madre de Inés.

—El nene dormia placidamente, todos los de la familia salieron afuera de la habitación y quedaron los esposos solos... el nene se despertó en ese momento, y mientras nosotros conversábamos en el patio sentimos el chasquido de un beso, largo, intenso, apasionado...

—Nós acercamos, y estaban confundidos en un solo abrazo, padre,-hijo y espíritu santo... Entonces tomé la palabra y dije:

Bravos! Asi quería verlos en ese abrazo interminable, Proseguid mis queridos amigos cultivando el jardìn de vuestro afecto, perdonaos mutuamente vuestros pequeños defectos, que son los eslabones que han de sellar para siempre la cadena de vuestras vidas ligadas por ese puñado de carne rosa... que es para vosotros alma, vida, esperanza

y corazòn...

Sed buenos amigos mios, porque el Amor significa bondad y sacrificio, y pensad siempre que teneís ese augelito que es como una bendición de Dios, que es la flor del árbol de vuestra vida, y a quien teneis que hacer a vuestra semejanza moral y espiritual... y que en una fecha no lejana ha de ser motivo de vuestro orgullo cuando la nieve de los años cubra vuestras cabelleras...

La dicha ha entrado por vuestra puerta... no la dejeis escapar por la ventana... adios amigos míos... mientras vosotros os quedais al calor de vuestro afecto. yo me marcho peregrinando envuelto en la soledad de mi vida estéril... hasta que algún día, alguna alma gemela me aprisione el corazón entre sus redes, y al igual que vosotros forme mi nido de Amor y de Paz, para deleitarme con la gloria de algun retoño como el vuestro, que también será para mi alma y corazón el gajo de mi rosal en flor...

LA CANCIÓN DEL ODIO...

YA he conquistado a Nélida... ya me ha brindado la fuente ardorosa de su labios, y me parece que antes de una semana es mía, completamente mía... ¡oh, que gloria, sueño con el perfume embriagante de sus mórbidas redondeces... de sus quince años en flor...

—Eres un infame mi querido amigo, y tras de infame un loco, y un malvado... si no tuviera contigo la confianza que tengo no te diría estas crueles verdades, que me indignan y sublevan...

—Pero que mosca te ha picado Alberto? Acaso nunca te has hecho una conquista? Acaso no eres tu también muy afecto a la fruta fresca? Estás hablando como si fueras un angelito...

—Si, pero nunca he cometido, ni creo que sea capaz de cometer la villanía que tú estás por cometer... todos los hombres somos pecadores... y sería estúpido y cursi que ahora que estamos en la edad florida no gocemos los divinos placeres de la naturaleza... pero tú Nirbo, no estas en estos momentos en condiciones de salud... además, tras de perjudicar más la tuya, vas a estropear esa vida en flor, vas a aniquilar una mujer que surge a la vida, destruyes una futura madre... y eso si no cometes aún un disparate mayor... detente Nirbo, piensa un poco que vas a perpetrar la desgracia de una mujer, que mañana

te odiará con toda el alma... te repudiará... y vivirás en su memoria como un infame, como el autor de un crimen horrendo, porque confiesa que es un crimen que vas a perpetrar con toda alevosía y ensañamiento...

—Te equivocas Alberto, ya estoy casi curado, ya me apliqué la tercera de Neo-Salvarsan, han desaparecido las placas, me siento fuerte...

—Pero tu crees que en tres meses de cura ya has terminado con una enfermedad tan terrible como esa? Acuérdate que cuando fuímos a verlo al Dr. Pereyra, mientras el te observaba a tí, yo lo escrutaba a él para compenetrarme, para descubrir que era lo que decía, y lo que dejaba de decir. Tú llevabas en la solapa del saco un botoncito humorístico que decía: *soy soltero*, mientras el Dr. estudiaba el caso, se posaron sus ojos sobre la leyenda, y entre sarcástico y sonriente te mirò y dijo: —y por mucho tiempo tendrás que serlo m'hijo... esta enfermedad es el verdadero flagelo de la juventud... claro que cuidándose mucho, haciendo una vida metódica, no trasnochando, no bebiendo, fumando lo menos posible, llevando en fin una vida tranquila y reposada, no se sienten tanto los efectos hasta que no llegue el cambio de la sangre que es cuando ya termina la virilidad juvenil y entramos en la madurez, que inicia el descenso de la vida... pero... de aquí a allá, está lejana esa fecha... eres joven, tus veinte años a lo mejor se sobreponen, cuestión de esperar, hay que darle curso a la enfermedad, y terminado ya este primer periodo de cura, haremos la reacción Wassermann y ya veremos... —Te has olvidado acaso de las palabras del Dr. Pereyra.

—No. Pero a veces los médicos lo asustan a uno para tenerlo siempre de cliente... y yo me siento bien, y no voy a dejar que se me escape la felicidad de entre las manos

—La felicidad... ¡Pobre tonto!... Una hora de placer que quizá te cueste la amargura de toda tu vida... pero en fin... mi misión de amigo termina con estas palabras, por cuanto no quiero que se te ocurra pensar que yo podría tener algùn interés especial en lo que te digo.

Después de esta conversación sostenida por Alberto y Nirbo, amigos y compañeros, por cuanto habían alquilado en sociedad un departamento, no volvieron a hablar más del asunto. Para què? Alberto había sido lo suficientemente esplícito y franco.

II

—Miserable... Es usted un canalla... un bandido... un asesino... y aquella mujer de cuarenta años, con las primeras arrugas que habían surcado su rostro, ebria de ferocidad, en el apoteosis de su indignación, parecía la encarnación de la venganza, por cuanto se había abalanzado sobre Nirbo como una leona enfurecida a quien le han querido matar el cachorro y clavándole sus dedos en la garganta como si fueran un collar de garfios, a buen seguro lo hubiera asfixiado a no mediar la intervención de Alberto, testigo de la escena violenta, quien trató de aplacar la iracundia de aquella madre enceguecida que había ido a exigir cuentas más que al seductor de su hija, al que le había contaminado su horrible mal.

III

—El Amor, suprema esencia de la vida—eje primordial de todas las pasiones humanas, también ha dominado mi corazón, y haciéndome desvariar, me ha hecho cometer locuras, yo joven Alberto no estoy tan indignada por el desliz de mi hija, sinó por la infamia de él que le ha contaminado esa enfermedad terrible, sé que cuando el Amor se posesiona de nuestras almas, nos enceguece y nos enloquece, pero también el Amor es sublimidad y sacrificio por el ser amado, entonces porque Nirbo ha procedido tan canallescamente?

Su amor por Nélida es un amor brutal, es un amor sensualista donde ha primado el materialismo animal mas que la esencia del espíritu.

—Quizá tenga Ud. razón señora, aunque yo le diría

por cuanto lo conozco bien a mi compañero, que más que otra cosa, es un perfecto "tarambana" que ha cometido el yerro por imbecilidad más que por otra cosa, y es cuestión de tratar de solucionar el asunto en una forma conveniente.

IV

Nirbo y Nélida se casaron.

Su vida, fué una vida de desventuras, tuvieron un hijo que vino al mundo con la tara maldita, con el estigma de los desgraciados... era uno más que había llegado a engrosar la inmensa caravana de los lisiados, éra uno más que en su juventud iba luciendo la plectora de sus llagas, de sus furúnculos y de su cara llena de granos que inspiraba lástima y repugnancia... se llamaba Narciso... formando su cuerpo encleque, pàlido y granujiento un contraste terrible con el símbolo de su nombre... que le quedaba como una burla sangrienta... y ya mozo, entre el dolor de sus males y la verguenza de sus lacras hereditarias sentía un odio santo y cordial por aquel progenitor que le habìa dado una vida que le pesaba como una maldición sobre las espaldas...

V

Esa noche se realizaba en el conventillo el desposorio de la »Nena». La «Nena» habia nacido en aquel inmenso caseron donde vivían tantos desheredados, y como todos la querían entrañablemente, al festejar el desposorio de la *mascota* del conventillo, todos habían contribuído a que la fiesta fuera *un verdadero acontecimiento social*...

—Esta noche decían algunos los vamos a dejar a la altura de un poroto a esos pobres burgueses que alfombran la puerta de la iglesia cuando hacen un casorio farolero... y así como lo habían prometido todos contribuyeron a tirar la "casa por la ventana" para festejar dignamente los esponsales de la Nena... que habían alborotado enormemente el barrio, y el conventillo en particular...

sufriendo solamente Narciso la amargura de aquella alegría general por cuanto habitaban en una de las pocilgas de aquel enorme caserón, quien se había encerrado en la humilde pieza avergonzado de su cara que en esos últimos días había sufrido una enorme erupción de granos que inspiraba horror.

Así estaba, llorando su desventura juvenil de no poder participar de aquella gran fiesta, consolado por la pobre madre, cuando entró su padre Nirbo que en ese último tiempo se había dado por completo a la embriaguez y comenzó a insultar y a vejar a Nélida, cosa que sublevó más aún el alma de Narciso que sentía una especie de odio hacia su padre.

Toda la intensa amargura que se había ido acumulando en su alma desbordó en ese momento y la Canción del Odio que había iniciado su abuela materna la cumplió el nieto, quien ciego de ira se arrojó sobre su padre y apretó, apretó tanto sus dedos en la garganta que cuando los vecinos irrumpieron en la habitación soltó al ya cadáver de su padre, y haciendo unas muecas horribles comenzó a bailar ante la concurrencia... haciendo piruetas exhóticas...

La locura se había posesionado de su espíritu...

CARNE DE PERROS...!

CAPITULO I

E querés Teresita?

—Mucho, Santiaguito, más que a mi vida, más que al sol, tanto como a Dios.

—Dios? Acaso lo tenemos los pobres? Dios es para los ricos que pueden ir a rezar al Templo... hacer ofrendas a los perfumados párrocos... que son una especie de intermediarios o corredores con tata Dios, para colocar una mercancía que llaman indulgencia... y que es un perdón a la descarga de pecados, que le dan al pecador un cierto olor a santidad... pero nosotros Teresita, somos carne de perros... seres malditos... escoria... cualquier cosa... Nuestro Dios es nuestra voluntad... es nuestra alma, que nos impele a la lucha, al deseo de mejorarnos de ser buenos... más humanitarios, màs nobles...

—Oh! No blasfemes así, Santiaguito! Acaso esta llamarada de amor que se agita en nuestras almas, este fuego intenso que hace latir al unísono nuestros corazones, ¿no es una bendición de Dios?

—Pobre novia mía! Eres la bondad personificada, no quisiera contradecirte porque mi ámor por tí es tan grande, que todas tus palabras según el concepto vulgar y egoista de los mequetrefes o de los románticos cursis debieran ser órdenes para mi, sin embargo yo no puedo

quererte en esa forma ridícula de las burguesitas cursis, porque mi Amor es grande, es puro, es noble, es raro, tiene toda la rareza de mi espíritu fuerte y tiene toda la pureza de la idolatría, en cuanto a Dios, puedes manifestarme el sentido de esa palabra tan maravillosa que te infunde tanto temor y tanto respeto?

—Y yo no se Santiaguito, Dios es Dios...

—Merecerías que en penintencia de tu ignorancia te diera un beso...

—Es que yo soy tan tonta Santiaguito, que la única sabiduría que tengo, es la de quererte... (En la serenidad de aquella noche lunar vibró en el patio de aquel lúgubre conventillo, un beso largo, intenso, musical, que parecía la transfusión de dos almas que volaran a través del espacio... la luna sonreía, mientras el ejército de desheredados que habitaba en sus madrigueras, se había entregado en brazos de Morfeo...) estuvieron un largo rato así y cuando se desprendieron, Teresita, la niña flácida y raquítica, saboreándose aùn, decía como en un susurro...

—Loco.,. loco... loco...

—Sí querida, loco de amor, ebrio de felicidad, raro como tu Dios!

— Porqué hablas así?

—Para demostrarte que quiero hacer contigo lo que no ha hecho tu Dios! que ha sido ingrato robándote la lozanía, haciendo marchitar tu juventud en el ambiente asfixiante de la fàbrica maldita, que está secando tu sangre, que está destruyendo la varonilidad de nuestros hijos futuros, mientras otras mujeres tiran y derrochan en una hora, diez años de tu salud y de tantas compañeras tuyas..!

—Es el destino, Santiaguito...

—Que destino ni que pamplinas. Cada ser es el dueño de su propio destino, y cada uno debe forjárselo a su manera, y yo estoy resuelto a forjar el nuestro, porque este amor intenso ha despertado en mí un anhelo de grandeza, quiero hacer de tí una mujer nueva que sea el alma de mi alma y el espíritu de mi vida. Quiero modelarte como un escultor modela una concepción nueva, plasmando

con sus dedos afiebrados la dócil arcilla, hasta infundirle el soplo de vida, vivificante y realista, quiero hacer de tí una mujer nueva, capaz de concebir robustos varones, libre de prejuicios y sanos de espíritu.

—Gracias, Santiaguito! Que bueno eres! Cuanto bien me hacen tus frases! Como me reconfortan. Eres un soñador! Un visionario! Qúe lejos vives de la realidad. No ves que yo soy una pobre flor marchita? Tengo apenas diez y seis años y mi juventud agoniza! Mis pulmones no dan más... y tu mismo Santiaguito, no ves que la suerte te es adversa? Ahora comprendo lo que no comprendía hasta hace un rato, tu grandeza de alma, tu nobleza de espíritu, que te hace grande como un Dios, que eres el verdadero Dios de mi vida pálida, porque representas para mi el rayo de Sol que caldea mi espíritu, la luz que ilumina mi sendero, la Esperanza que me hace olvidar las amarguras del trágico vivir cotidiano... prosigamos soñando; continùa vertiendo en mis oidos la dulce música de tu verbo cálido y pasional, (Y comenzó a pasar su blanca mano pálida como un lirio, y fría como la muerte, sobre la frente ardorosa de Santiaguito. De repente comenzaron a castañearle los dientes y envuelta bajo el blanco palio de la luna, se despidió de Santiaguito para ir a reposar su cuerpo flácido que debía juntar fuerzas para las diez horas de intenso trabajar al día siguiente).

Santiaguito, con la cabeza gacha, penetró en su cuchitril y al entrar en el mismo siguiò el curso de sus reflexiones. Tenía razón, la dulce y pálida noviecita. El era un iluso, un visionario... pero no un vencido. Ahora más que nunca, lucharía a brazo partido con su mala suerte. Le pareció ridículo hablar de mala suerte cuando él no creía en ella. ¿No acababa de manifestarle a su novia, que cada ser era el dueño dè su propio destino? La historia de siempre, la realidad cruel y amarga derrumbando las teorías, los idealismos y las bellas ilusiones... y comenzaron a desfilar por su cerebro calenturiento las visiones ideològicas con sus contrastes prácticos, las concepciones artísticas de los maravillosos cerebros de oro, hundidas

en el olvido, el cuerpo sano y robusto de un mocetón viril como era él, capaz de devorar tres kilos de carne en una comida, padeciendo muchas veces hambre, contra el diabético dueño del conventillo cargado de dinero que debía alimentarse a fuerza de medicinas. Sin duda alguna, la naturaleza no era tan sabia como decían; a su manera de ver le parecía que el mundo estaba hecho al revés... que todos los seres humanos eran pequeñas partículas que flotaban en el ambiente terrestre al impulso de las corrientes que los arrastraban hacia el bien o hacia el mal, hacia la miseria o la riqueza, hacia el catolicismo o anarquismo, hacia la infamia o el heroismo, y todos los seres eran arrastrados por esas corrientes diversas y todos se dejaban llevar, apenas si unos pocos intentaban en un esfuerzo supremo, alcanzar la orilla, para meditar.

¿Acaso no era víctima su propia noviecita de esas malas correntadas? Ya preveía el fin, ya estaba viendo que día a día se iba marchitando lentamente en el ambiente de esa fábrica maldita de caramelos, donde ganaba un peso por día trabajando 10 horas continuas... y aún en su ingenuidad infantil creía en Dios! ¿Pero si Dios existía y era tan justiciero, como podía permitir que todas esas criaturas pasaran por la vida agonizando en una continúa desventura? Muchas veces se había detenido frente a un templo a la salida de misa y otras frente a una fábrica contemplando el enjambre de abejitas laboriosas y el contraste le sacudía todo su sistema nervioso y gritaba y apostrofaba, demostrando los hechos, y la gente lo trataba de anarquista, de loco, de revolucionario... y él no era nada de eso, nunca sé había afiliado a ninguna agrupación, a ningún partido político, a ningunos de esos conjuntos de individuos que persiguen siempre la finalidad de medrar en algo, era libre como un pájaro, sus amigos eran el sol, las estrellas, los buenos poetas, los buenos libros; se había criado en la calle como sus compañeros, los gorriones, y su espíritu analítico le hacia estudiar las cosas, contemplarlas en las distintas fases, para llegar a la conclusión que le pareciera más lógica y más humana.

Continuó perorando consigo mismo en la soledad de su cuarto, las últimas palabras de Teresita, que se habían grabado en su cerebro con letras de fuego...

CAPITULO II

—Oiga, misia Sinforosa, no vá a l'iglesia?

—Avise si me ha visto cara de sacristana!...

—No, como ayer lo estaba defendiendo con tanto calor al padre Miriñaque... que dicho sea de paso, tiene una cara como "asentadera" de mono...

—Su madrina... esta bien de salud, no?

—No le digo... si basta que se lo toquen, para que se salga de la vaina, como facón de gaucho cuchillero...

—Cállese, deslenguada! El Padre Miriñaque es muy bueno, y muy caritativo y me paga muy bien la ropita que le lavo.

—Le creo. No hay mas que verle la cara de baboso y los ojos de sátiro que pone cuando la mira en la cara a su Teresita... pero me parece que el anarquista que la quiere cierto, va hacer alguna barbaridad...

—Tiene Vd. más veneno que una botica... y en lugar de estar observando vidas agenas, podría mirar un poco más la de su hija Raquel que tiene con el almacenero de la esquina, más libertades que perro confianzudo...

—Porque se van a casar, envidiosa!

—De atrás de la puerta labraba un perro..,

—Cállese, frailona!

—Consentida!

Y las dos mujeres se fueron a las manos, tirándose de las robustas trenzas, con el regocijo de todo el patio, que en esa mañana luminosa de sol, de un sol dominguero, se habían asomado para saborear la gresca y escuchar el color de los trapitos que se sacarían a relucir misia Filomena y doña Sinforosa, las dos cartas bravas del patio que estaban en continua discordia.

Mientras llegaba don Giuseppe, con sus mostachos a lo Humberto para separarlas, se asomaron desde el za-

guán Teresita y Santiaguito, que siempre alejados de la realidad de las cosas venían bordando el romance de sus almas diáfanas... que sufrió, un rudo golpe ante el espectáculo pueril de aquella gresca que era el regocijo de la gente del patio...

—Pero señora!—díjole Santiaguito. interpelando a la futura suegra—¿Cuando será el día que dejen Vds. de hacer papeles tan ridículos? ¿No es una verguenza que mujeres mayores como Vds. se presten a servir para regocijo de la vecindad? Señora! sus canas pierden un 80 % del respeto que debieran merecer.

—Tome, chúpese ese mate amargo... y haga buches... —dijo socarronamente a Doña Sinforosa, burlándose su adversaria, y ésta enfurecida ante la burla, lo atropelló ciega al presunto futuro yerno.

—¿Y a Vd. quién le dá vela en este entierro, melenudo de porquería? Desde hoy no le permito que me la mire más en la cara a Teresita, ¿sabe?

—Mamá! Guarde más compostura y más respeto con Santiago y no quiero que lo ofenda porque es mi novio— dijo Teresita.

—Ajah! Véala a la mocosa... retobándose a su madre; venga para acá, le voy a sacudir un poco el polvo.., Vd. va a hacer lo que yo diga!

—Un momento señora—dijo Santiago—le ruego no me obligue a faltarle al respeto, y Vd. Teresita venga, y acercándose a la novia, poniéndole su mano ruda y callosa sobre su melena azabache, con una mirada de desafío a la futura suegra y tomando de testigo a todo el patio, que se había estado regocijando con la escena hilarante, díjole:

—Doña Sinforosa! cuidado con que nadies ni Vd. inclusive, le toquen un solo cabello a Teresita, ni la ofendan con una frase inadecuada, con una mirada fuerte; sabiéndolo, sería capaz de todo, inclusive de llegar al crimen, si fuera necesario; Teresita para mí es algo sagrado, es algo grandioso y bello, es un algo que lo llevo dentro de mí mismo y guay! de aquellos que se acerquen a élla...

—Con que derecho dice tantas palabras inútiles rugió doña Filomena.

—Con el de mi amor, señora, que es algo tan grande como el mundo, como la vida misma.!. como el infinito... más grande que su propio Dios, si le parece.

—Quien es ese hereje, que así habla?—respondió una voz aguardentosa, que electrificó los espíritus de todos los oyentes que estaban embebidos con las bellas frases de Santiago; se dieron vuelta y vieron la cara ridìcula del Padre Miriñaque, que había aparecido silenciosamente en el patio como un fantasma.

—Fierro...! gritaron unos canillitas.

—Mandinga! murmuró Doña Filomena.

=Selencie, maledocade, murmuró Don Giuseppe retorciéndose sus largos mostachos a lo Humberto...

—El hereje soy yo Señor! dijo Santiago mirándolo frente a frente, con sus pupilas claras y enérgicas, que despedían tal fluìdo magnético que le hicieron bajar la mirada procaz a Miriñaque.

Reaccionó este de inmediato, y dijo con voz áspera;

—Es un vil ateo y un ser despreciable todo aquel que no crea en la gracia divina de Dios!

-Y quien es Dios, señor? Siempre hago esta pregunta y nadie me responde en una forma concisa; quisiera que alguien me convenciera, me hiciera ver algùn punto luminoso, de claridad.

—Salvaje! - repuso Miriñaque - no puedes negar que eres un hijo del arroyo y del fango... y en vano nosotros los ministros del Señor, venimos a predicar en medio de estos salvajes de la gleba... para encarrilar el rebaño de corderos.

- Pero yo creo que le gustan más las corderas... no? para no decirle zafadurías...—interrumpiò doña Filomena.

- Silencio!—rugió Santiago - Dejad que estos buitres vengan a mí...

- Parece que se va a oscurecer er día - terció un andaluz.

—Y bien, señor. Nosotros, los hijos de la gleba, del

arroyo y del fango; el rebaño de corderos como dice Vd., no necesita pastores de su laya, cuyas lacras interiores se le asoman en su rostro... no hay mas que verle a Vd. en las pupilas, chiquitas, inquietas, saltarinas, torvas, para adivinar el volcán de bajas pasiones que debe agitarse en su alma. No hay más que mirarle ese corte de labios sensuales, para adivinar el lobo disfrazado, el libertino, perverso y refinado, acostumbrado a las orgías satánicas y lujuriantes del placer; no hay más que observar ese rojo vivo y brillante de su rostro, el vermellón de su nariz, para descubrir el libador impertérrito... y no hay más que mirarle esos granos furunculares, que son la demostración más elocuente de su sangre contaminada, cuya erupción comienza, y un hombre con tales lacras, el retrato fiel de la degeneración consciente y humana, no puede ser pastor de todas estas ovejitas y de todos estos mansos corderos descarriados de este valle de lágrimas! ¿Que Dios es ese que permite tales afrentas en su nombre? Que deja que se ejerza un comercio vil y denigrante con su religión? Que sus ministros vendan sus indulgencias a tanto el centímetro como venden la tela los mercaderes? ¿Que tolera que el ejército de aves de rapiña que explotan su nombre, cometan los actos más salvajes, más ilógicos, más inhumanos?

No soy yo señor quien habla, es la historia, es la huella negra e infame que va dejando tras de sí el clericalismo comercial de todo el mundo.

Una salva de aplausos vibrantes, expontanea, sincera, atronó el patio del conventillo, que había reunido a todos sus moradores al iniciarse la perorata.

—Canalla!!—rugió Miriñaque—¡Voy a hacerte hundir en la cárcel por peligroso, para que te pudras en un calabozo, como se pudre en los campos la Carne de Perros..!

—Oídlo, señores! Habla el ministro de Dios... el pastor del rebaño humano... el discípulo de Cristo, que, según la historia sagrada, vino al mundo a redimir los pecadores... y se dejó crucificar por los Fariseos allá en el monte de los Olivos de Galilea...

Si estas aves de rapiña procedieran de acuerdo a las enseñanzas del maestro, si pusieran en pràctica los mandatos imperativos de esa religión, más bello sería el mundo, mas hermosa la vida, más buenos los hombres, más dulces las mujeres...; ¿pero no veis que estos son el contraste de sus propias palabras? Quieren predicar que no se robe, y son los primeros en robar... predican la continencia, y son los más libertinos, que no se desee la mujer del vecino y ellos las desean todas... y atropellan todas las que pueden. Yo no soy un envenenado espiritual, soy un estudioso, que he meditado sobre las blancas pàginas de los libros, la teoría de la Religión Cristiana, yo empapé mi espíritu en las Doctrinas del maestro, y la teoría de la Religión es bella, las enseñanzas de Jesús, son preciosas, sus palabras dulces llenan el alma de luminosidades esplendorosas, de un idealismo altamente humano, grandemente humano, pero la práctica, la realidad de las cosas es tan distinta, tan diametralmente opuesta, que tira por el suelo todas esas bellezas espirituales, miradle la cara a ese presunto pastor... escrudiñad a través de sus pupilas, el alma negra, volcánica y plectórica de pasiones bajas... meditad en las palabras que acaba de pronunciar y después pensad en la mansedumbre ideológica de la figura del soñador de Galilea... de aquel visionario que dejaba tras de sí la estela de su bondad...

(Un sordo rumor de hostilidad había comenzado a salir de las bocas de aquel rebaño humano que recién estaba comprendiendo el alma de aqúel idealista, que se llamaban Santiago, y que todos habían apodado el anarquista; nunca hubiesen creído que fuera capaz de hacerlo callar en esa forma al padre Miriñaque, con razones tan contundentes, y recién les comenzaba a nacer la admiración hacia Santiago y un desprecio grande hacia Miriñaque quien indudablemente había perdido en un momento el prestigio conseguido a fuerza de socarronerìas durante mucho tiempo, y el populacho siempre expontáneo a las manifestaciones que le llegan al corazón, así como lo aplaudiera expontáneamente a Santiago, convirtió el sordo

rumor en una silbatina estrepitosa a Miriñaque, quien tuvo que batirse en retirada, no sin darse vuelta con el puño cerrado y amenazante a Santiago, diciéndole:

—Te costará caro, canalla...

CAPITULO III

Agosto, cruel, frío y trágico. Había comenzado a cantar en las pocilgas humanas del conventillo su miserere de angustia; ya eran cuatro los que se habían ido en la primera quincena, emprendiendo el largo viaje sin retorno... cuando Teresita cayó en cama, dando una impresión de angustia.

Pobre Teresita! Todos la querían por su carácter dulce, por sus ojos románticos de corderito manso... y por la bondad infinita de su corazón.

Era el ídolo de los chiquilines harapientos del patio, los que siempre la esperaban en el portón, por que les traía algunos puñados de caramelos que los repartía a la "marchanta" cuando regresaba de la fábrica. Su enfermedad habia impresionado todos los pequeños corazones de esos gorriones traviesos, acostumbrados a la algarabia infernal del conventillo, que había cesado como si hubiera caído en el patio un manto de tristeza. Si algunos de los más pequeños lloraban por haberse dado algún golpe, acudían los otros presurosos, diciéndole:

—Callate, marmota! no ves que está enferma Teresita?

Y de cuando en cuando se asomaban los más juiciosos, en puntas de pié a la habitación, que, al contemplar el rostro pálido y demacrado de la enfermita, salían lagrimeando silenciosamente.

Santiago, a pesar de su fortáleza de espíritu, sentia una fuerte depresión moral; el comprendía mejor que nadies, que la dulce noviecita se le iba... y cuando pensaba en ello, se crispaban sus nervios ante su impotencia... Sin embargo, el doctor le habìa dado esperanzas..., le había dicho a él, que quizás trasladándola a un clima cálido, en un paraje serrano, se restableciera muy pronto.

¿Pero, como emprender el viaje? ¿Con que dinero? Si hasta le parecía en contra de sus creencias, que pesara sobre él una maldición. No podía ni siquiera encontrar trabajo. ¿Y después acaso él podía disponer? ¿Quien la convencía a esa salvaje de doña Sinforosa? Sin embargo había que hacerlo, había que salvarla de las garras de la tuberculosis; era lo único que tenía en la vida, éra su propia vida; era su norte, era su amor. Esa noche le hablaría a doña Sinforosa y le expondría el plan que se le había ocurrido.

A la tardecita, cuando la gente empezaba a recogerse a sus covachas, Santiago pidió permiso para entrar en la humilde habitación. Lo recibió Doña Sinforosa con un gruñido... Teresita en su camita Frégoli, dormìa con un sueño fatigoso, el rostro pálido, las mejillas suavemente coloreadas... la contempló Santiago con avidez, sus ojos parpadearon con una rapidez increible... sus dientes rechinaban de nerviosidad conteniendo en un esfuerzo supremo el torrente de lágrimas que querían desbordar sus ojos... se acercó suavemente al humilde lecho y se sentó en una silla de junco, alerta al menor movimiento de la enfermita, cuyo rostro comenzó a iluminarse de alegría y sus labios a parpadear algo ininteligible al principio, con más claridad después... juntó las dos manos, entrelazando sus dedos y en el delirio de su fiebre comenzó a decir: oh que hermoso Santiago! Míralo que bello! contémplalo como corretea por el jardín... oye sus carcajadas cristalinas... que feliz que me siento...! (a la pàlida luz de la vela resaltaba aún más la belleza de aquel rostro divino, de líneas delicadas que estaba delirando afiebrada, y soñando con pasajes de amor y de ensueño que quizàs no vería nunca en realidad...)

Santiago embargado por la emoción no había podido contener dos gruesas lágrimas que descendían silenciosamente de sus ojos, y estaba sumido en ese extasis doloroso cuando un violento ataque de tos despertó a Teresita que tuvo en ese momento un vómito de sangre...

CAPITULO IV

—Bien, Doña Sinforosa, es necesario decidirse para Salvar a Teresita, hoy mismo...

—Ya le he dicho que no, que yo no estoy para andar sin rumbo y sin plata por pueblos que no conozco, además me ha dicho el padre Miriñaque que si llega a empeorar él me va a dar una recomendación para internarla en un hospital donde no le va a faltar nada y va a tener remedios y va estar bien cuidada.

—Señora. El nombre de ese salvaje me subleva, le ruego no me lo nombre siquiera. Yo le pido que hay que llevar a Teresita a Córdoba para salvarla, Vd. no se preocupe del dinero, yo lo buscaré, robaré o asesinaré si es preciso, por ella soy capaz de todo, para mí es asunto de vida o muerte, y tengo una idea fija en mi cerebro, hay un algo en mi corazón que me anuncia que Teresita saliendo de este tugurio infecto se restablecerá, hagamos la prueba señora, yo trabajaré para Vds. dos...

—Con la lengua como todos los pillos... (repuso la voz sarcástica del padre Miriñaque que había estado escuchando la conversación) Santiago se dió vuelta lo vió, con su cara satánicamente burlesca, olvidó todo, sé encegueció, y se abalanzó hacia Miriñaque a quien volteó violentamente al suelo, y mientras le había envuelto el collar de sus dedos rudos en el cuello y había comenzado a apretar acudieron los vecinos y un vigilante que condujo a Santiago a la Comisaría...

Al rato comenzó el desfile en la seccional.

Todos los vecinos del patio se presentaron a declarar espontáneamente que Miriñaque era el promotor del disturbio, y pese a que este había querido vengarse haciéndole «apretar el torniquete», habían tenido que ponerlo en libertad para no provocar un escándalo. De vuelta al conventillo, pensó Santiago que un enemigo de esa naturaleza no le perdonaría tan fácil la afrenta, trató de activar su traslado a la Docta ciudad para llevar al mismo tiempo a Teresita y Doña Sinforosa Visitó a todos sus

amigos y compañeros, y una colecta que hicieron, toda la gente del conventillo, alcanzó para emprender la partida. Y esa noche, después de haber consultado al médico, reunido todo el ejército humilde de desheredados que habitaba el inmundo caseron, Santiago habló de la siguiente manera dirigiéndose a todos;

Hermanos y Hermanas:

Una intensa emoción embarga mi espíritu en estos momentos, pero sacando fuerzas de flaqueza, quiero despedirme de Vds. y despedir a Teresita y a Doña Sinforosa de todo el patio; de este patio humilde y mugriento que ha visto nacer a la enfermita que vive en el corazón de todos Vds. y que gracias al esfuerzo comùn intentaremos salvar de la terrible garra, del terrible mal que continua haciendo estragos en estas miserables pocilgas humanas donde habitamos todos los que según los potentados somos la escoria de los arrabales... la humana Carne de Perros....

Pero hay entre nosotros, a pesar de nuestras miserias materiales, un poco mas de corazón... un poco mas de afecto... un poco mas de humanidad.

Gracias hermanos mios por el noble gesto de todos, quizá algùn dia volveremos a este patio odiado y querido, en una fecha no lejana os pueda devolver sana y robusta a la dulce noviecita de mi anhelo, y entonces se invertirán los papeles y en lugar de esta despedida doliente haremos una fiesta grande entre todos, y cantaremos himnos de gloria, de esperanza y de alegrías...

Yo juro ante todos Vds. que no omitiré esfuerzos para salvar la dulce y pálida enfermita...

Doña Sinforosa la cuidará y yo trabajaré en lo que sea para sostenerlas y los tendré a todos al corriente de la marcha de la enfermedad.

Y dirigiéndose a Don Giuseppe que emocionado por las frases de Santiago se retorcía sus mostachos a lo Humberto dijo:

Don Giuseppe; Vd. como jefe de este "convento" reciba y trasmita a todos los habitantes de esta casa, el

fraternal abrazo que le doy en nombre de Doña Sinforosa, y mío y un beso para todos en nombre de Teresita. Y le estampó un soberbio beso en las mejillas. Dos lágrimas grandes asomaron por las retinas del rostro de Don Giuseppe quien dijo tartamudeando:—hace "die año per la madonna que no me tocabano tanto adentro, como lo ha hecho Santiago... Que Dío te bendica e cuidamela a Teresita!"

.....

Eran las diez y siete horas, cuando los tres viajeros descendieron de un tranvía frente a la torre de los ingleses. El maravilloso y enorme edificio de la Estación Retiro, atestado de gente, había despertado la curiosidad de Teresita que por primera vez entraba en sus amplios andenes. Es raro haber nacido en Buenos Aires y no conocer esas maravillas arquitectónicas, que Santiago le explicaba, y sin embargo era así, la pobre Teresita no conocía más que esa fábrica monstruosa de caramelos que había absorbido su lozanía y el conventillo, el hospital Rawson y la Iglesia de Santa Lucía.

Se ubicaron en un vagón de segunda, tocò la máquina el silbato, y arrancó el monstruo devorador de distancias. Al pasar frente a la montaña artificial del parque Japonès donde una vez fuera, le dió el adiós, como si tuviera el presentimiento de no volverla a ver nunca...

Doña Sinforosa estaba pensativa. Santiago había comenzado a ponerle a manera de almohadòn su viejo y raido sobretodo, para que al rescostarse sobre la dura madera del vagón de los pobres, no sintiera tanto su dureza.

El silencio de ellos cóntrastaba con la alegre algarabìa de los demás viajeros, en su casi totalidad, italianos rudos, que llevaban un acordeón y comenzaron a tocar. Marchaban contentos a regar con el sudor de su frente las tierras del norte... Santiago rompió el silencio y comenzó a hacer la apología de las sierras cordobesas con su clima maravilloso, sus bellezas naturales y continuó por un par de horas desarrollando sus pensamientos y ensue-

ños futuristas. Teresita escuchaba embebida la conversaciòn de Santiago, limitándose a mirarlo con sus enormes pupilas que a través del palio de tristeza que la envolvían, reflejaban el placer que le producían las dulces y melodiosas frases de su amado, Oh! cuanto lo quería! Ella hubiera querido explicarle con aquel lenguaje cálido de Santiago, pero las palabras no le salían, se le anudaban en la garganta, y en ese momento hubiese querido hacer como otras veces, darle la respuesta con un apasionado beso en los labios. Pero había tanta gente mirando!

Doña Sinforosa hacia rato que había comenzado a cabecear hasta quedarse dormida, al igual que la mayoría de los viajeros. Entre charla y charla se habían hecho casi las veinte y tres horas, y Teresita había comenzado a sentir calofríos, la noche era brava, hacia un frío seco, y ese vagón de segunda parecía un frigorífico. Pasó el mozo, y Santiago pidió café con leche para los tres, bebida que los reconfortó un poco. Al rato llegaron a Rosario, donde acabaron de descender casi la mayoría de los viajeros.

Quedaron casi solos en el vagon, volvió a quedarse semi-dormida Doña Sinforosa, y Santiago le arregló una especie de camita a Teresita y la hizo recostar sirviéndole de almohada, no sin darle un beso en las mejillas porqué élla por primera vez le había esquivado los labios...

Quedó pensativo... mientras Teresita se iba durmiendo rendida por la fatiga de ese largo viaje que parecía no querer terminar nunca.

El frío se iba intensificando cada vez más, Santiago continuaba con los ojos abiertos, soñando con paisajes de ensueño... abriò el guarda la puerta y entró una oleada de frío que la hizo tiritar a Teresita y castañetear los dientes a Santiago, quien sin moverse de su asiento porque tenía la cabeza de Teresita sobre sus piernas, se quitó el saco y acabó de taparla bien.

Castañetearon sus dientes, pero se sintió feliz. ¿Que no hubiera hecho por su dulce tesoro? Temblando de frío, la contemplaba con ojos amorosos... Si la vida entera hu-

biera tenido que dar por ella, no hubiera vacilado un solo instante. ¡El amor!, esa divina chispa que nos hace santos o bandidos, criminales o héroes, grandes o pequeños, latía intensamente en su corazón, con la furia volcánica de sus 20 años, con la violencia del primer amor, que es una llamarada que todo lo arrasa.

¡Como se sentía felíz, con la dulce cabecita que descansaba sobre sus piernas, mientras la noche cruda y cruel se ensañaba con sus carnes pobres de ropas...!

Estaba ensimismado con sus pensamientos, cuando una voz ronca lo hizo sabresaltar.

—Boletos, pases y abonos...

Se despertó Teresita, quien al ver el noble gesto del amado, lo miró hondamente con una de esas miradas que éra todo un poema de dulces reproches y pronunció despaciosamente:

—Malo, ¿porque has hecho eso? Te has endurecido de frío.

—No querida, si no hace...

Y la realidad le hizo castañetear los dientes. Entonces élla, tomándole la cara con sus dos manos y mirándole nuevamente en el fondo de las pupilas, se las cubriò de ardientes besos de amor y de fiebre...

¡Cómo se sentía Santiágo pagado con creces!

Comenzó a caminar por el vagón para desentumeserse, estaba aclarando, pasó el mozo, y con una taza de caliente líquido se reconfortaron de nuevo, y prosiguieron su plática amorosa, mientras contemplaban el árido paisaje de las campiñas cordobesas...

A las diez de la mañana, cuando les parecía que el viaje no terminaría nunca, el guarda gritó: Alta Gracia...

Por fin, habían llegado.

Mientras tanto, ¿qué hacia Miriñaque? Furioso del mal momento que le había hecho pasar Santiago, había resuelto vengarse y creyendo que aún estuviese preso, o que lo hubieran pasado al depósito, se fuè derecho al conventillo para demostrarle a sus habitantes su poderío, dar el toque final para que Doña Sinforosa, la convencie-

ra a Teresita que debía olvidar "a ese vago"... como él decía.,.

Con su sonrisa de Satanás, el vermellón de su nariz, y sus ojos de ave de mal aguero, penetró gallardo en el patio, en dirección a la covacha de Doña Sinforosa, y cual no sería su sorpresa al encontrarla vacía...

—Eh!, ¿que significa esto? Preguntó al zapatero andaluz que, sentado en su banquito, ponía unas medias suelas, y éste semi-burlón repuso:

—Que la paloma s'a volao... y el gavilán, tiè... la inteligencia bien puesta... y que yo l'aconsejo que si quié cuidar su salú se vaya volando di aquí ante que le rompan los morro... m'a comprendío s'o granuja...? (y se levantó con la trincheta en la mano... y contìnuó en alta voz):

—Ea, vecinos, aquí teneis la fiera...

—Insolente!—repuso Miriñaque, viendo otra tormenta en el aire...

No había terminado cuando el ejército de los desheredados, acompañados de las mujeres desgreñadas del conventillo, y de los niños harapientos, se le acercaron en una forma tan hóstil, que le obligaron a Miriñaque a batirse en retirada...

Había perdido la plaza... el ìdolo de otrora, el sacerdote que inspirara tanto respeto, había caído en desgracia en el alma de aquel conjunto popular, borrando hasta el respeto a la religión que daba lugar a dudas teniendo esa clase de ministros...

GAPITULO IV

Alta Gracia... Agosto. Mañana maravillosa de sol. Teresita estaba deslumbrada de tanta luz... se colorearon sus mejillas, la estación llena de gente, los cocheros con sus ofrecimientos, estaba como asustada y se prendió del brazo de Santiago que había alzado el pequeño equipaje. Una cosa notable que sucede en la estación de Alta Gracia, es la serie de averiguaciones rápidas, de pesquisas ins-

tantaneas, se podría decir, que se hace a los viandantes, así sean pobres o ricos; a que van, si van al hotel, a una casa de pensión, si alquilan chalet en el alto o casa en el bajo, sin van enfermos, si tienen dinero, de donde proceden y etc., Es una de las modalidades pueblerinas averiguarle vida y milagros al viajero, cuyos pormenores enseguida se expanden con la velocidad de la pólvora.

Santiaguito ocupó un cochero morocho, grandote, picado de peste en la cara, que tenía unos ojos dulzones y traviesos, el coche bastante desvencijado hacia juego con sus flacos jamelgos, a los que se podía contar sin mucho trabajo comodamente las costillas... y le pidió que los llevara a una fonda barata.

—Veia niño—comenzó el cochero con la cantinela peculiar en los cordobeses nativos—ió más que una fondita mi animaría a ricomendarle una casa de pensión muy tranquila y que cobra muy baratito, y que está ubicada aiá en el tajamar, a pocas cuadras del correo y de la caie central y si es que la niña viene enferma aqueio es un paraje muy lindazo, pintoresco, con la Sierra grande al frente, y si puede ricriar los jojos mirando pastar los cabritos, amás qui tiene un solsito lindazo la casa, y aíi estarían como en la suia propia... esto se lo asiguro como que me iamo Baldomero Patiño... iba a continuar quien sabe hasta cuando si Santiago no lo interrumpe diciéndole:

—Bueno; hágase su santa voluntad Don Baldomero.

Descendieron en la pensión barata—según el decir de Baldomero Patiño—se ubicaron momentáneamente, pero no se sentían cómodos, por la serie de preguntas, los cordobeses son muy preguntones y averiguadores, y en la pensión barata, calcularon por el equipaje que no deberían andar muy fuertes en fondos...

Santiago despues de dejarlas acomodadas en la habitación, salió a explorar el pueblo, no a título de curiosidad, para eso ya tendría mucho tiempo pero sí a título de necesidad, para ver donde podría emplear sus brazos nervudos, por cuanto el dinero que llevaba era muy poco y había urgencia en atender la pobre enfermita cuya respon-

sabilidad era para él un cargo de conciencia. Además no le gustaba esa pensión, y hubiese deseado encontrar aunque más no fuera un ranchito por las orillas.

Al día siguiente se lanzó de lleno a la búsqueda, de casa y trabajo y volvió con una sonrisa de satisfación, había conseguido arrendar un rancho de barro a la orilla del arroyo, paraje pintoresco y aislado, en la suma de 15 pesos mensuales, era una verdadera ganga, y el mismo dueño del rancho le había indicado donde podría conseguir trabajo de leñador, momentáneamente. Corrió a comunicar a su Teresita y a Doña Sinforosa la maravillosa noticia que le había llenado el alma de júbilo.

Que le importaba a él la más ruda labor, ni los más duros sacrificios, cuando podría así poner a cubierto del terrible mal a la dulce noviecita?

El amor todo lo puede cuando es grande y sincero, y al día siguiente de inmediato se trasladaron al rancho, y gastó casi todos los pocos pesos que llevaba en comprar lo más necesario y en proveer de comestibles la casa.

Una oleada de hondo optimismo había invadido su espíritu de batalla, y se sentía feliz, bríos extraordinarios habían renacido en su alma, y la calidez de sus palabras la había inyectado en el espíritu de la dulce enfermita, la que también se sintió tonificada, y sus bellos ojos le devolvieron a Santiago en una intensa mirada toda aquella alegría que le había producido esa serie de pequeños cambios.

Esa tarde se sentaron a la orilla del arroyo contemplando el maravilloso paisaje, el agua mansa y cristalina que corría impetuosa entre las piedras del arroyo, y soñaron despiertos, mientras la buena de Doña Sinforosa preparaba una frugal y humilde cena.

Al día siguiente por la mañana bien temprano, marchó Santiago al paraje denominado «El paso de la muerte»... donde había una cuadrilla de leñadores hachando coronillos y quebrachos blancos, pidió trabajo, lo miró el capatáz de arriba abajo, lo estudió con una mirada escrutadora, y le contestó con estas palabras: — Agarre el ha-

cha pó.

Volvió ya noche obscura, rendido, cansado y molido por aquella tarea infernal a la que no estaba acostumbrado, pero feliz de haber ganado seis pesos durante las diez horas de la intensa fagina, porque Santiago era un buen mecánico, pero donde iba a encontrar trabajo allí si apenas había un simple tallercito? Además ahora necesitaba de cualquier manera juntar dinero para poner cuanto antes en tratamiento a Teresita.

Trabajó con ansias y rudamente durante una quincena, y esa tarde lo fué a ver al médico acompañado de Teresita y Doña Sinforosa, que estaban contentas por las buenas palabras del joven galeno que las había atendido, éra un muchacho simpático de unos veinte y siete o veinte y ocho años que les había llenado el alma de dulces esperanzas, les había reconfortado el espíritu diciéndole que allí todo el mundo se curaba, porque esa era una tierra de bendición, un clima maravilloso y bello. Y esa noche con el alma henchida de alegría, Santiago escribió a los amigos del conventillo, a toda esa gran familia de desheredados harapiento sy luchadores la siguiente carta:

Queridos Hermanos:

Me dirijo a todos, para hablaros con el corazón en la mano, y para daros una noticia buena. No lo hice hasta ahora, porque no habíamos podido aún consultar el médico, pero ahora estamos contentos. Teresita mejora día a día, quizá en una fecha no lejana pueda traerla rebosante de salud.

Ella los recuerda a todos con cariño, y por la noche nuestra conversación gira siempre en torno de Vds. Yo ya he conseguido un trabajo noble, y bajo este cielo siempre azul, vuela el hacha de un nuevo leñador, que en una cumbre tupida de coronillos y quebrachos blancos, canta el humilde poema de su felicídad, de su ilusión y esperanza...

Y me siento feliz en la ruda tarea, porque me parece que mis hachazos al clavarse en los duros leños, los

estan vengando a todos ustedes hermanos mios, porque me hago la ilusión que estos nobles árboles encarnaran el corazón de toda esa morralla humana, de todos esos fantoches que se erigen en los mandatarios, y en los déspotas de todos los parias..

Pero bien, vamos a hablar de Teresita. Hemos alquilado un rancho de barro construído a la orilla de un arroyo que corre entre las sierras, el paraje es maravilloso, el sol abundante, fuerte y cariñoso, el cielo siempre azúl, el clima una verdadera maravilla, esto parece un país de ensueño, las gentes aún no las hemos tratado, nos sentimos muy felices en nuestra soledad, para que más?

Pero antes que me olvide debo contaros una inmensa alegría que acabo de experimentar. Ayer salimos de paseo con Teresita y Doña Sinforosa por el pueblo, que es de una belleza edilicia incomparable, nos habíamos detenido un rato contemplando la maravillosa belleza de un lago que hay en el medio del pueblo y que le llaman «El Tajamar». Nos habíamos detenido contemplando una bandada de bellas palomitas, cuando de repente veo un hombre que nos mira, lo miro y un grito de emoción surge expontàneo de mis labios y de los de él; era Juancito Algañará, mi viejo compañero de escuela, médico recibido y cuyo estado de salud es también un poco precario. Yo no sé si les conté alguna vez que con Juancito nos hemos querido en la infancia como hermanos. Lo invitamos a nuestra humilde morada, y Juancito que es rico y de un corazon noble a carta cabal, quiere prestarnos su ayuda, y me ha ofrecido arrendarme una casa en el alto para que vivamos en confraternidad. Está solo, y vive en el hotel, donde lo sangran, lo roban y se encuentra incómodo. Imaginensen ustedes, que a Juancito le cuesta la vida en el hotel mas de mil pesos mensuales, una verdadera fortuna... y según cálculos que estuvimos haciendo con esa misma cantidad podrìamos vivir todos holgadamente, y estar en amable compañía. Yo creo queridos hermanos, que la providencia como decía el filósofo Colline se nos ha aparecido en la figura de Juancito que es un alma noble y un es-

píritu raro. Segùn me cuenta está solemnemente aburrido de la vida del hotel, por cuanto se tiene que pasar el día cambiàndose de trajes, ser hipócrita, sonreir ante cosas malas, y como yo conozco el espíritu de Juancito se siente incómodo y violento. Para hoy hemos quedado en salir a buscar casa, no quiere que vuelva al monte a hachar leña y para no ofenderme me ha ofrecido el puesto de secretario suyo por cuanto quiere establecer un consultorio.

Ya los tendré al corriente de las cosas, por hoy reciban un cariñoso abrazo de Teresita, un saludo de Doña Sinforosa y un fuerte y cariñoso apretón de manos de vuestro inolvidable.—*Santiago.*

CAPITULO VI

Mañana espléndorosa. Nuestros viajeros ya se encuentran ubicados en un hermoso Chalet del alto. Cinco habitaciones. un bello jardincito, comedor, sala, garage. Juancito no ha descuidado ni el más ínfimo detalle. Se sienten todos felices. Los corazones laten al unísono, Santiago, Teresita y Doña Sinforosa se desviven por agradecer al generoso amigo, y este feliz de encontrarse en tan grata compañía, ha escrito una carta plectórica de entusiasmo a sus padres, los que al ver el desborde de alegría, y el anhelo de trabajo de Juancito, al mismo tiempo que piensa curarse, le han contestado remitiéndole un giro de 10.000 pesos y todos los útiles para establecer el consultorio, y le prometen la visita, Juancito está tan contento del hallazgo del amigo pobre y espiritual como éste de haberlo encontrado.

Para ésta mañana han resuelto un paseo a la gruta, y hacia ella se encaminan.

La gruta de Alta Gracia, es un paraje místico, donde acuden todos los viajeros. Está encuadrada dentro de un paraje serrano, es una estatua de la virgen de Lourdes y a la cual Juancito que no había olvidado sus veleidades literarias, mientras iban en el coche escribió los siguientes versos:

EL CAMINO de la GRUTA.

Un coche desvencijado
Que guía un trigueño mozo
Al tranquito acompasado
Marcha con andar penoso

Sube la larga barranca
Para trepar por la ruta,
Que nos lleva hacia «La Blanca»
Virgencita de la Gruta.

El caminito torcido
Como una mala intención
Es el que va al escondido
Paraje de devoción.

Con su andar parsimonioso
Siguen los pencos al tranco,
Cuando se cruza garboso
Un jinete en burro blanco.

En la ladera escarpada
De una sierra que está al frente
Pastorea una majada
De cabras, alegremente.

Rompe el silencio serrano
De este paraje precioso,
El rebuzno de un lejano
Asno, que gime angustioso.

Un perro flaco nos mira
Con sus ojos doloridos.
Abre la boca, suspira,
Y al rato da dos ladridos.

El Sol nos besa la frente,
La brisa suave y ligera,

Modula serenamente
Un salmo de primavera.

Cruzamos este momento
Por un triste arroyo seco
Mientras las alas del viento
Nos traen un dulce eco.

Es la canción pastoril
De una chinita serrana
Que su voz fuerte y viril
Con toda el alma desgrana.

Trotan los pencos parejos
Descendiendo la barranca,
Callo. La gruta a lo lejos
Se ve, de la «virgen blanca».

LA GRUTA.—

Oculta en un recodo sencillita
Está la gruta con su capillita.

«La virgen blanca» tiene con anhelo
Los ojos implorantes hacia el cielo

Parece que dijeran con amores;
¡Perdón Señor! para los pecadores

Al centro de la gruta hay un pequeño
Altar muy blanco como flor de ensueño

Con la pálida imágen de aquél bueno
Soñador que llamamos Nazareno

Colgados a los lados hay rosarios
Medallas, crucifijos, relicarios.

Ofrendas y promesas que dejaron
Devotos que a otros lares se marcharon

Al lado de la gruta una casita
De piedra, donde vive una viejita

Que cuida con sus manos doloridas
Que las luces estén, siempre prendidas!
....

Mientras mi amada compañera reza
A la virgen, con toda devoción

Siento que mi alma a germinar empieza
Para el doliente Cristo una oración!
.....

Esa noche se habían acostado todos menos Santiago, que siempre era el último y sabía quedarse a leer en el comedorcito, o bien sentado en la galería soñando despierto... haciendo desfilar por sus frondosa fantasía las imágenes de sus ensueños...

Mientras fumaba un cigarillo, y escuchaba en medio de la serenidad de la noche serrana los aullidos de los perros, cerró los ojos para revivir todas las emociones de ese último tiempo. Cuantos cambios, cuantas cosas distintas... Se levantó para salir a caminar unas cuadras, sin rumbo y por el prurito de ambular, de vagar por las calles semi-obscuras cuando al dar vuelta en una esquina se encontró con una chinita serrana, sirvienta de un chalet y que marchaba con paso lento hacia el arroyo.

La saludó por saludar, y la chinita respondiò con sus labios carnosos y sensuales, y lo envolvió con una mirada ardiente de sus ojos negros y le dijo: ia qui anda di paseo el niño si no se molesta y quiere acompañarme hasta el rancho e mi tata que queda aiá oriiando el arroio, se lo quedo agradecida porqui io li tengo mucho chucho a los pe...e...rros...

—Encantado de poder serle ùtil la acompaño gustoso.

—Adimás como la noche stá scuresita, io no veio bien.

—Lo dudo teniendo unos ojos tan hermosos y fulgurantes.

—Gracias niño... e usté muy dulzarron... y sus palabras tienen sabor a arrope... que ió mi quedaría oiendolo siempre sin cansarme nunquita... (en la obscuridad de la noche y mientras seguía el diálogo se asomó un perrazo negro con un ladrido furioso, que obligó a la chinita en su terror a prenderse del cuello de Santiago) lo espantó éste y siguieron el camino, la chinita se prendió del brazo... el roce de sus cuerpos jóvenes produjo el temblor de sus carnes... se miraron hondamente en las pupilas y sin decirse una sola palabra conteniendo sus alientos, en un beso afiebrado se sentaron a la orilla del arroyo, se confundieron sus cuerpos y el instinto de sus vidas jóvenes bordó un poema de gloria, de vida y de juventud...

Las mansas aguas del arroyo seguían corriendo por su cauce poblando el aire con la música cristalina de su choque en las piedras...

CAPITULO VII

Al día siguiente Santiago andaba como avergonzado ante la dulce novia, la que le había notado cierta rareza en el rostro... lo conocía tanto Teresita! había explorado tantas veces su espíritu. Conocía tan a fondo su alma. Había bebido tantas veces las luminosidades de su nobleza, que ese día al clavarle sus pupilas románticas, lo había sorprendido en el pecado. Temblorosa y celosa le había preguntado:

—Donde has estado anoche Santiaguito que no has venido a darme las buenas noches? (y esquivando la mirada le repuso medio avergonzado).

—Anduve caminando, vagando por las calles, caminando al tun tun. Sentía dolor de cabeza.

—Y dime Santiago; porque me ocultas tus ojos? Ven deja que mire, quiero leer la verdad en el fondo de tus pupilas... tu estás olvidando a tu pobre Teresita, tú parece que ya no me quieres, que tuvieras un algo escondido... y tomándole el rostro entre sus manos lo miró hon-

damente en las pupilas y le dió un ardiente beso. En ese momento se asomó Juancito afuera y al ver el cuadro aplaudió diciendo: bravo así quería verlos, así quería sorprenderlos, para poderles dar yo también un abrazo, y en un impulso expontáneo Santiago y Teresita abrieron los suyos para recibir al bondadoso amigo que emocionado por el rasgo sincero no pudo reprimir una lágrima furtiva que se escapó del fondo de sus pupilas...

Que pasaba en el corazón de Juancito?

El mismo no lo sabía... desde que vivía en esa confraternidad con sus amigos, había sentido en su corazón huérfano de pasiones hasta ese entonces un algo raro, un algo que el mismo no alcanzaba a comprender, a explicarse, no sabía hasta que grado alcanzaba la amistad que sentía por Teresita, y si éra idéntica a la que sintiera por Santiago o no .En algún momento se le había ocurrido pensar que intensidad tenía en su corazón esa amistad que sentía por ambos; a Santiagó lo quería más que un hermano y a Teresita también, pero... algo le cohibía delante de ella, no podía tener para con ella las expresiones fraternales, sentía un respeto grande y en ciertos momentos hasta evitaba mirarla al fondo de las pupilas temeroso de revelarse a sí mismo un sentimiento que no tenía derecho a sentir, pero que se daba cuenta que lo iba predominando, y como un dulce veneno de felicidad se le filtraba silenciosamente en el corazón.

Después de aquel abrazo fraternal con Teresita y Santiago, salió a caminar por las orillas de Alta Gracia para dar rienda suelta al cùmulo de pensamientos que se atropellaban en su cerebro. La mañana espléndida y maravillosa como todas las mañanas cordobesas, y sin saber porqué rumbeó hacia el bajo, de regreso venía orillando la iglesia cuando en el portal de la antigua capilla construída en épocas coloniales de los primeros misioneros vió una cara conocida, que lo llamó, y reconoció en él al padre Miriñaque.

—Como Juancito tú por acá repuso éste; que haces?

—Ya lo ve Padre Miriñaque, estoy ubicado en este

hermoso villorio. por razones de salud, y al mismo tiempo para iniciar mi carrera de medicina, he abierto un consultorio y espero que no dejará de visitarme.

—Como no, mi hijo repuso éste—y después de una breve plática sobre asuntos pueriles se despidieron

Que amistad lo ligaba a Juancito con Miriñaque?

—Tanto como ninguna, era conocido de sus padres y lo había visto algunas veces de visita en su casa, y por cumplimiento más que por otra cosa lo había invitado.

No se hizo rogar éste, y a la tardecita se presentó en la casa, donde al encontrarse con Teresita y con Doña Sinforosa hubo un poco de estupor y otro poco de sorpresa. Le brillaron sus pupilas de ave de presa al ver a Teresita que estaba mucho mejor que cuando la viera la última vez en Buenos Aires, y no le pasó desapercibido a Juancito el relampagueo sensual que se escapó de sus ojos, que le reveló a sí mismo que en realidad estaba enamorado, porque había sentido el primer aguijón de los celos...

Doña Sinforosa, le contó a Miriñaque durante la breve visita de este por las alternativas que habían pasado, haciendo resaltar las bondades del Doctorcito que había sido la divina providencia para ellos, y no dejó para halagarlo a Miriñaque de destilar una gota de veneno con respecto a Santiago, al que pese a todos los sacrificios realizados por éste en haras de Teresita, siempre le guardaba en el fondo aquel poco de antipatía que le había tenido siempre. Se despidió Miriñaque, y Doña Sinforosa y Teresita rogaron a Juancito, no dijera nada de la visita de Miriñaque a Santiago, por cuanto este había tenido algunos violentos altercados con el cura.

Juancito, se sintió intrigado y calló, pero se propuso averiguarle al día siguiente a Santiago todo lo que había sucedido.

Salieron a caminar al día siguiente ambos amigos y Santiago contó al amigo sus amores con Teresita, sus luchas, las escenas del conventillo, el atropello de Miriñaque y el castigo que a éste había tenido que darle, su venida a Alta Gracia, y el feliz encuentro con él. Le abrió

su corazón hablándole con aquella proverbial franqueza que lo había caracterizado siempre, sin ocultarle un ápice de su gran amor idealista con la dulce noviecita, sin darse cuenta quizà que iba lástimando el corazón de su gran amigo, que en el fondo sufría inmensamente por cuanto sentía un cariño verdaderamente fraternal por Santiago, y ahora había querido la fatalidad que su corazón despertara y se apasionara hondamente con la dulce novia de aquel gran amigo.

CAPITULO VIII

—21 de Septiembre! ¿Sabes Santiago que mañana es el primer dìa de primavera? Necesitamos festejar esa fecha que es la fiesta de la juventud, de la vida, del ensueño y de la esperanza.

—Bravo Juancito, acepto tu idea maravillosa, porque el primer día de primavera, es como una canción de nuestras almas, y no estaría demás que lo festejáramos con una excursión, a un paraje maravilloso que yo conozco del Río Anizacate. Teresita está mucho mejor, y quizás ese paseo la reconfortaría más aún porque iríamos con el cochero Benjamín, que se conoce el terreno palmo a palmo, y tiene coche con llantas de goma; marchará a un paso muy lento. Doña Sinforosa puede preparar un pollo al horno, algunas empanadas, llevamos algunas frutas, los rifles y a lo mejor cazamos algún puma serrano...

—Ni una palabra más de mi parte, repuso Juancito; la expedición al Rio Anizacate queda organizada siempre y cuando contemos con el concurso de Teresita.

Esta al oír las palabras palmoteó de alegría, y corrió al encuentro de los jóvenes: que buenos que son Vds. siempre pensando en hacerme divertir y distraer.

—¿Que es lo que no haríamos Teresita, para tenerte contenta yo y Santiago? Para mí eres una noble y buena hermana, para Santiago la dulce novia, (y al decir estas frases tembló su voz..) que mayor aspiración podremos tener que tenerte contenta?

—No le hagas caso Teresita—dijo Santiago en tren de broma—Juancito todavía tiene en su alma sus ribetes de romanticismo, y en verdad los hombres somos unos eternos egoistas... unos eternos perseguidores de la alegría, claro que tú para nosotros representas nuestra alegría, pero en el fondo hay un poco de egoísmo porque con la primavera nós sentimos rejuvenecer, y sentimos que en nuestras almas brota la flor de nuestra juventud bella y maravillosa como la flor del durazno..

—Buenos a hacer los preparativos entonces...

—Tú Santiago=dijo Juan—te vas de inmediato a avisarle al cochero, yo iré a buscar algunas golosinas .. mientras Doña Sinforosa prepara las empanadas y el pollo...

Salieron ambos. Al cabo de un rato alguién tocó el timbre, salió Doña Sinforosa a ver; era Miriñaque.

De inmediato lo puso en antecedente del paseo del día siguiente, entró breves minutos y se marchó enseguida para evitar encontrarse al regreso con los jóvenes, por cuanto había notado una cierta frialdad en Juancito, al recibirlo. Y Miriñaque era de aquellos hombres que no perdonan, su alma plectórica de bajas pasiones, se había empeñado en destruir la felicidad de Santiago, y en conseguir aquella rara flor delicada que era Teresita. Se había encaprichado y sus deseos de un sensualismo libertino se sentían cada vez más aguzados debido a las dificultades que le ofrecía la conquista y tan luego a él que había sido un terrible tenorio de confesonario... y no podía permitir que se le escapara esa presa tanto tiempo codiciada, y tan luego *esa*... que pertenecía al montón de la gleba despreciable, a la *Carne de Perros*!... ya buscaría èl, de alguna manera burlarse de esos dos celosos guardianes, que eran Juancito y Santiago, que se había dado cuenta que el primero la amaba en silencio, y el segundo con una pasión estúpida, con una pasión idealista como decía ese pobre ingenuo...

Para Miriñaque el Amor tenía otra finalidad y otro miraje bien distinto... para él, el Amor era placer, era goce material, era sensualismo... era la fiebre animal de la

carne, el instinto de la bestia... el idealismo, el espiritualismo, el sentimentalismo eran puerilidades... pavadas... sin ton ni son... no concebía la mujer nada más que bajo esa faz absurda y materialista... bajo ese interés carnal y animal... y es porque Miriñaque era una bestia feroz... disfrada de manso cordero... para eso tenía los hábitos y para eso tenía dinero para tapar todas las inmundicias que se le ocurriera hacer...

Haciendo ese cúmulo de reflexiones, llegó a su hotel, porque Miriñaque era rico, inmensamente rico, podìa permitirse esos lujos... para eso tenía sus sabuesos que le colocaban sus pesos al 12 % de interés... con buenas garantías hipotecarias...

A la mañana siguiente, a las seis ya estaban en pié Santiago y Juancito, se pusieron a tomar mate y hacer los preparativos, procurando no olvidar nada.

A las siete y media, cuando daban el último repaso a las maletitas, salió de su habitación Teresita, blanca, rozagante, con unos vivos colores en las mejillas que parecían dos manzanas de California... un moño celeste en sus cortos cabellos, un trajecito azul marino y una boina de terciopelo en la mano.

Sus ojos con un brillo inusitado, y una sonrisa de alegría mariposeándole en los labios, los hizo quedar boquiabiertos a ambos enamorados, que contemplaron su aparición como la de una virgen maravillosa...

Emprendieron el viaje ante las risotadas de alegría que había invadido el corazón de los cuatro en esa mañana luminosa en que Primavera se presentaba como una hada con el oro maravilloso de su sol espléndido y el ropaje esmeralda de los rincones serranos...

Llegaron hasta donde el camino no permitía andar más al coche, y de allí continuaron unos quinientos metros a pié, hasta encontrar una expléndida ubicación al costado del Río Anizacate. Un río ancho y límpido, lleno de piedras con pequeñas cascadas de trecho en trecho. Allí estaba la naturaleza agreste y viva en toda su magestuosa belleza salvaje. Se acomodaron las mujeres, mien-

tras Juan anduvo buscando leñitas para hacer fuego, y Santiago comenzó a preparar todas las cosas para matear. Se sentían felices los corazones, cantaban al unísono la canción de aquella belleza agreste y después de aquel improvisado desayuno criollo, Teresita vió en la mitad de la sierra un durazno en flor, y lanzó un grito de entusiasmo.

—Oh! que hermosa flor de durazno.

—Yo voy a traértela—repusieron a un tiempo Juan cito y Santiago y los dos amigos se lanzaron a la ascención peligrosa, en busca de la bella flor del durazno, bajo la mirada anhelosa, de Teresita que estaba viviendo un momento de verdadera emoción. Doña Sinforosa miraba y no pudo reprimir un gesto de odio hacia Santiago, que al igual que un cabrito serrano había trepado hasta donde estaba el bello arbolito, dejándolo, casi lejos a Juancito.

—Porque no te romperás el alma cachafáz. Asi no vería más tu cara odiosa.

—Pero mamá—repuso Teresita—porque eres tan mala con el pobre Santiago?

Debieras estar agradecida por cuanto si nos encontramos en esta situación holgada se lo debemos al pobre.

—Estúpida. Se lo debemos a Juancito que es el que paga todo.

—Pero es que Santiago y Juancito son como hermanos, por eso...

—Cállate sonza, te crees que no me he dado cuenta que Juancito se ha enamorado de vos, y que ahora el que aqui sobra es ese badulaque de Santiago que aprovecha la oportunidad para vivir de *arriba*?

Las mejillas de Teresita se llenaron más aún de rubor ante las frases de Doña Sinforosa, por cuanto a ella no se le había escapado la oculta pasión de Juancito. Y cual es la mujer que no adivina el secreto de aquel que la adora en silencio?

Callaron porque se acercaban los enamorados, y después de breves momentos mientras las mujeres se habían acomodado a descansar, volvieron a alejarse Juancito y

Santiago en busca del puma que se habían propuesto cazar, y se encaminaron sierra adentro hacia un paraje que denominábase La Cueva del León. Una especie de cueva natural que para llegar a ella había que cruzar el río que en ese paraje tendrá un metro de agua y puede hacerse el cruce sobre un caminito de piedras que están desparramadas a un metro de distancia una con otras, y Juancito quizo apurarse demasiado y al encontrarse en medio del río, resbaló sobre el musgo de una piedra y sin ganas de hacerlo se dió un baño forzoso con las consiguientes risotadas del amigo... quien se alejó en busca del puma mientras Juancito ponía a secar su ropa y se tomaba un segundo baño pero esta vez de Sol...

Santiago se internó en la frondosidad de la enmarañada sierra con su winchesters y cual no sería su sorpresa al sentir silbar una bala a un palmo de su rostro que le hizo caer de la impresión y casi rueda por la pendiente pedregosa. Esperó unos segundos agazapado para ver quien era el enemigo y se le nublaron las pupilas al descubrir a pocos pasos de distancia a Miriñaque. No atinó siquiera a disparar su winchester, y como una fiera se abalanzó hacia él, y se prendieron en una lucha feroz cuerpo a cuerpo y rodaron por las piedras resbaladizas como si fueran dos muñecos de trapo... en la soledad de aquella naturaleza agreste que recogió el eco angustioso de aquel momento trágico...

.....

Intrigados los excursionistas por el retardo de Santiago comenzaron a sentir cierta intranquilidad, buscó Juancito al cochero quien fué a buscar un chico baquiano de aquellos lares que habitaba a unos mil metros de distancia con su familia y entre los tres salieron a la búsqueda del desaparecido llevando ya en el alma el presagio de una desgracia.

Después de tres horas de intensa búsqueda el pequeño baquiano que saltaba entre las piedras como un cabrito dió el grito de alerta, allí estaba Santiago y Miri-

ñaque sobre un charco de sangre. Los tocó Juancito, el primero estaba con vida, y el segundo muerto, y mientras al pequeño baquiano lo mandaron al pueblo a buscar la policía para que tomara la intervención del caso Juancito y el cochero prestaron sus primeros auxilios a Santiago que estaba con tremendas heridas en el rostro y en la cabeza y desmayado, mientras que Miriñaque una herida en forma de labio sobre la sien derecha había puesto fin a todas las infamias de su vida de ave de rapiña...

Conducido Santiago a la comisaría local, y después de las averiguaciones pertinentes al caso, Juancito para evitar compromisos que podrían serles funestos, lo invitó a Santiago a que se alejara temporalmente hasta tanto se olvidara «el accidente»... cosa que éste aceptó de buen grado por cuanto sentía una inmensa confianza con el amigo, quien le brindó un llamante billete de mil pesos para gastos de viaje...

Santiago deseoso de evitar mayores tropiezos con la justicia y temeroso de venderse a si mismo aceptó casi con gusto el viajecito, y como era muy económico se lanzó a vagabundear por las provincias norteñas, ávido de sensaciones nuevas...

. . . . . .

Pasaron algunos meses, Santiago escribía con regularidad, dando la impresiòn de sus observaciones a través de las áridas tierras norteñas, mientras que Juancito libre de la presencia del rival amigo, había dado rienda suelta a sus desvaneos amorosos, y *una noche toda llena de murmullos y de música de alas...* como decía el poeta Asunción Silva, mientras Doña Sinforosa se había retirado a su habitación a dormir y los jóvenes placticaban dulcemente sobre temas espirituales, se dejaron llevar por sus entusiasmos líricos, y embebidos en el poema triunfal de sus almas jóvenes, sin pensarlo, sin decirlo, sin cambiar una sola palabra al respecto, se prendieron sus labios en un beso, intenso, afiebrado, loco, interminable, que juntó sus vidas frágiles que en la placidez de la noche estrella-

da bordaron el poema de la carne, impulsados por el instinto, que rubricò el acto, con la fecundación de un nuevo ser, que llegaría al mundo tarado, con el estigma de los desgraciados...

Sería uno más que iría a engrosar la inmensa caravana de los malditos...

.....

Mañana luminosa de Septiembre en el chalet de Juancito, hay un movimiento extraordinario, gente que va y que viene, Teresita acaba de dar a luz... se oyen vagos cuchicheos... Juancito está nervioso... no ha penetrado aún en la habitación a ver el fruto de sus amores... en el que dado el estado delicado de la enferma han intervenido dos médicos en consulta... el asunto era grave... se temía que la flamante mamá pudiera perecer en el parto... Juancito está más inquieto, asustado, piensa en ese momento cual puede haber sido el resultado de tal concepción humana.!. él enfermo del pulmón, élla en el tercer periodo de la enfermedad se imagina un verdadero desastre... humano... piensa que es una infamia... y está arrepentido.., que hacer ahora? no queda más remedio... que esperar, que ver... de buenas gana se pegaría un tiro con tal de no saber el resultado... rìe... llora, a ratos está como enloquecido... y en ese momento aparece Santiago, quién le brinda los brazos...

Juancito despavorido... aterrorizado... dá un grito de loco y dice: retrocediendo... no, no, salí fantasma... se cubre los ojos con los dedos. y los vuelve abrir de nuevo, para convencerse que en realidad todo era una visión de su fantasía calenturienta, pero no, Santiago estaba allí, alelado, con los brazos abiertos... esperando recibir en ellos al amigo de corazón, al hermano espiritual y con su voz broncinea, acerada y metálica, repitió Juancito! otro grito surgió de adentro de la habitación; era la voz de Teresita, que había reconocido la de Santiago, quien adivinando que algo tràgico debía suceder dió un empellón a la puerta de donde partiera el grito de Teresita y se encon-

tró con el cuadro que jamás había podido imaginar su mente...

Teresita, blanca, con la palidez mortal de un cadáver, se había desmayado, Juancito en su terror había huído en cabeza, Doña Sinforosa con la frente baja no se había atrevido a mirarle, el llanto del recién nacido le dió a Santiago la pauta de toda la tragedia... y cruzado de brazos se arrimó a la cama y vió un bultito informe.... feo... raquìtico... horrible... era un nuevo pingajo màs, otro desventurado que si vivía iría a engrosar la inmensa caravana de los tarados... de los malditos... de los que forman la numerosa legión de la Carne de Perros... y sin pronunciar una sola palabra salió silenciosamente, con el alma rota, con el corazón sangrante, con el espíritu enlutado... pensando en la ingratitud, en la falsía, en la decepción de su vida; que ya no tenía norte y que quedaba como esos débiles barquichuelos que marchan a la deriva y al impulsó de las olas...

Así iba caminando sin rumbo, cuando se detuvo a la orilla del arroyo, quería refrescar su boca reseca, y afiebrada, y se encaminó hacia un paraje denominado «El Cañito», allí se sentó sosteniendo su cabeza entre las manos y pensando y meditando en la realidad de todas esas cosas, que en un momento habían cambiado el curso de vida, cuando oyó un ruido en medio de la arboleda paralela al arroyo, y otro cuadro se presentó a sus pupilas, un hombre joven después de haber atado una cuerda en uno de los árboles, forcejaba para subirse. Adivinó la intención del presunto suicida, y corrió. Era Juancito.

—Que vas a hacer cobarde? Así, vas a remediar todo el mal que has hecho. Esa es tu hombría?

—Perdóname Santiago. Yo no sé como ha sido, estaba loco de amor; la querìa tanto como tú mismo, y una noche nos olvidamos de todo... sin decir una sola palabra, sin tener un pensamiento hacia el pecado, el *instinto* como el silbido de la serpiente fatal nos enceguecio y nos olvidamos de todo... Santiago lo miró hondamente en las pupilas, lo vió tan infeliz, tan sincero, tan ingenuo, y pen-

sando en la pobre Teresita, en la dulce noviecita de otrora que había sido el todo en su vida, pero que ya no podría ser para *él* nada más que un recuerdo, dando rienda suelta a su corazón generoso y humanitario, con todo el dolor que le producían sus propias palabras, le dijo:—vete, cumple con tu deber, hazla feliz, trata de salvarla y de salvarte, y sed felices a vuestro modo, mi presencia ni mi sombra empañará vuestras horas, porque desde hoy no sabreis nunca más de mí.

Adiós. Y le tendió su mano ruda

Y Santiago, aquél corazón noble que había sido capaz de matar, supo perdonar y con el alma destrozada se marchó para siempre a través de tierras desconocidas, sin rumbo fijo, sin ilusiones, sin esperanzas, como un vagabundo lírico, como unos de esos viejos buques fantasmas abandonados, que marchan a la deriva de todos los vientos...

DESVENTURADOS!

ZORAIDA era una chicuela pizpirreta de diez y seis años que como todas las chicas de su edad, quería tener novio, y lo tuvo.

Se llamaba Brígido. Era un muchachote de veinte años, un tanto tarambana y sin juicio. Jugaron al Amor...

....

Epifanio era otro muchachote de 18 años, hermano de Zoraida y amigo de Brígido, a quien advirtió, que confiaba en su amistad el honor de su hermanita. Tuvieron un cambio de palabras y se enemistaron...

....

Jugando con fuego, Zoraida y Brígido, se olvidaron de la advertencia de Epifanio, y la naturaleza pródiga besó el vientre fecundo de Zoraida...

....

—Mira Brígido, me has engañado como un bellaco, pero aun puedes cumplir con tu deber y evitarme la burla sangrienta antes que trascienda... despòsala y que sean felices.

—Estás loco Epifanio, yo me encuentro muy cómodo así...

—Si para mañana no has resuelto el punto te mato.

como un perro, piénsalo bien...

.....

Al día siguiente se encontraron los dos mozos, no hubo ningun cambio de palabras, los ojos hablaron en su lenguaje mudo, silencioso y trágico; y Brígido en su perversidad canallesca comprendió la sentencia que pesaba sobre él, y desenfundando su revólver de miedo lo mató a Epifanio.

Primero jugó al Amor y ahora a la Muerte.

. ...

EPILOGO

Tres vidas en flor aniquiladas.

Epifanio al cementerio, Brígido sepultado en la cárcel, y Zoraida se fué lejos a purgar su desvarío..

SOBRE LLOVIDO... MOJADO...

I

ENTRE el inmenso rebaño de aquella aldea serrana, cuyo pastor tenía cierto predominio y ascendiente, había una *corderilla* blanca como los jazmines, de ojos ingenuos y traviesos, de cuerpo cimbreante y prometedor... Era un capullo en flor que se iba abriendo en un derroche de perfumes embriagantes...

El pastor la contemplaba maravillado con lúbrica avidez.

Viéndola en el templo se sentía feliz, hasta el extremo de hacerle cambiar el curso de sus peroraciones...

Si *élla* estaba en medio del rebaño, orando en su misticicismo infantil, era seguro que el sermón versaría sobre los goces celestiales... la vida del paraiso, que lo hacia posesionar de tal forma que divagaba... divagaba... y lo que el rebaño interpretaba como extásis místicos, no era más que el vagabundaje frondoso de su fantasía calenturienta que vagaba por el reino del Marques de Sade... por cuanto al levantar sus miradas al cielo, lo hacia para saborearse con sus labios caídos, de sus peregrinos ensueños sensualistas... Pero si la *corderilla* no estaba en medio del rebaño entonces el sermón adquiría caracteres violentos, y el tema era el infierno con sus torturas... el fuego... y etc...

II

Era la hora grave y romántica del angelus, del Mes de María... el rebaño iba a rezar su rosario... las pecadoras que ya no interesaban al pastor se golpeaban el pecho en la dulce y grave penumbra del templo, mientras el pastor, ojos alerta esperaba poder atrapar aparte la *corderilla* escurridiza, a quien ya había manoteado algunas veces y ésta, cuyos ojos se habían abierto con un soplo de picardía, a medida que su cuerpo juvenil iba tomando los contornos femeninos, había excitado hasta el extremo el apetito lúbrico del hereje que anhelaba aprisionarla entre sus brazos nervudos de fiera sedienta, y esa tarde al verla entrar le dijo por lo bajo que antes de irse pasara por la sacristía...

El instinto de la *corderilla* se aguzó... pero respetuosa prometió hacerlo...

III

Obscurecía lentamente... terminado el rosario, comenzó a retirarse el rebaño a sus rediles... *La Corderilla* incitante fué la última como lo prometiera y el discípulo de Sade, ni bien la vió le atacó una fiebre virulenta... esa fiebre que precede a los momentos lúbricos de todos los degenerados del orbe... de esos tipos lombrosianos, que no se pertenecen por cuanto son esclavos de sus pasiones morbosas...

Y la *corderilla*, blanca, suave y de mejillas rosadas llegó a su lado, y le preguntó ingenua:—para que me quería padre?

—Ya te lo enseñaré... (y la comenzó a estrujar entre sus brazos y a babosearla con sus labios, mientras Jesucrito y la Virgen Maria se miraban llorando de rabia y de tristeza en sus figuras de madera que deslumbraban sus respectivos altares...

IV

La blanca y armoniosa *corderilla* con el instinto pro-

pio de la mujer, alcanzó a escurrirse de entre los brazos del fauno disfrazado de pastor, quien al quedar en un estado de bestia enjaulada, se paseaba a grandes pasos en el reducido espacio de su tantas veces denigrada sacristía... cuando acertó a ver que salía una católica ferviente, que había quedado haciendo oraciones de penintencia. Era una muchacha joven también, pero fea al extremo... bocona... narigona... semi-tonta, que tenía la virtud de hacer huír de su lado a cuanto hombre la viera de casualidad o se encontrase con ella... y sin embargo el discípulo de Sade no pudo contener la bestia que llevaba adentro, y como el náufrago que se prende a la primera tabla de salvación, cerró los ojos, y la estrujó entre sus brazos, con ansias locas, con espíritu de bestia... recibiendo como compensación los arañazos, mordiscos y cachetadas de la fea del rebaño... que había defendido su unica riqueza, que era su honradez, como podría defender una leona sus cachorros, como defiende una mujer honesta lo que Dios le ha dado...

LA MUJER QUE SE DESCONOCIÓ A SÍ MISMA...

DAME un beso Nora?

—Estás loco Paulito? No sabés que esas cosas no se hacen? Después que nos casemos sí... además mi tata a lo mejor está espiando, y después me dá un chicotazo... y ahora sobre todo que está enojado...

—Porque Nora? Por lo del caballo zaino?

—Por eso y por otra cosa también... Viste la chancha overa esa que anoche tuvo cría?

—Ah sí, ya sé cual es, esa que tiene como una estrellita en la oreja izquierda?

—La misma.

—Bueno y que pasó?

—Resulta que de los diez lechones que tuvo anoche se ha comido cinco... y tata está mas enojado!... y si todavía con el enojo que tiene viera que nos estamos besando, se enojaría más, y a lo mejor ni nos deja casar después...

—Y acaso no sabe tu tata que cuando se hace el amor siempre se dan los novios algún beso?

—A mí me dijo mi mamá que solamente cuando falten tres días para casarse, recién me tengo que dejar besar... porque sinó, ya me dijo una cosa muy fea...

—Que te dijo tu mamá, Nora?

—Me dá mucha verguenza...

—Bueno si vos me lo decís; yo te digo otra cosa que me dijo mi tata...

—De quién, de mí?

—No, de todas las mujeres...

—Que te dijo Paulito? Contame, contame...

—Primero vos.

—No primero vos que sos hombre, siempre los hombres son más sinverguenzas...

—Ajah.. bueno te lo voy a decir... Te acordás cuando las romerías de hace dos años que nosotros fuímos dos días al pueblo? Bueno, resulta que una noche tata en lugar de llevarme por el camino de las romerías me llevaba por otra calle oscurecita... y de repente nos encontramos delante de una casa grandota y toda iluminada.. y me dijo tata, prestá atención a lo que vas a ver... y entramos; a mi se me pusieron los ojos como ojos de buey... había muchas mujeres lindas, rubias, morochas, gordas, flacas, y todas estaban en camisa... algunas sentadas en las rodillas de los hombres, y los besaban y había otras que...

—Que hacian Paulito?

—Mostraban la verguenza...

—Que verguenza...! Y después?

—Nos fuímos a las romerías, y mientras tanto tata me dijo, que si alguna vez sabía que yo había ido en esa casa me rompería las costillas, porque esas mujeres eran mujeres malas, y que tenían enfermedades terribles que a los muchachos que iban allì antes de tener los 22 años les agarraba una enfermedad terrible, más terrible que si los picara una víbora de la cruz... y que enseguida se les conocía en la cara, porque se llenaba ésta de granos feos, no podían caminar derechos, y hasta después no se podían casar tampoco... porque hasta la novia se enfermaba...

—Y vos fuiste Paulito alguna vez?

—Yo no. No se embroman las brujas esas... además tata lo iba a conocer enseguida y después...

—Jurameló Paulito que no fuiste nunca.

—Te lo juro Nora, pero ahora tenés que darme el beso, y contarme lo que te dijo tu mama.

—Y me dijo que no me tenía que dejar besar hasta que no faltaran tres días porque sinó despues vos te ibas a enloquecer y querrías hacer otras cosas peores y... nada màs te digo, pero te doy el beso pero sin arrimar las manos, eh?

Y los dos chacareritos, ocultos tras el galpón cuando se estaban dando el beso, se apareció Doña Hermenegilda, madre de Nora quien les pegó un grito, que los hizo sobresaltar y los dos dijeron al mismo tiempo; faltan pocos días mamita para casarnos...

—Ya vamos arreglar esto con tu tata...

Después de la sorpresa de Doña Hermenegilda, convinieron los padres que había que hacerlos casar de inmediato y antes que los muchachos hicieran alguna trastada, y tras de varias discusiones, mientras uno de los padres le daba una herramienta el otro daba otra cosa, y asì le formaron con todo lo necesario para que el nuevo matrimonio comenzara sus luchas.

II

Se casaron, en la mismas formas en que lo hacen todos los chacareros, hijos de extrangeros, y que han sido criados bajo el yugo de progenitores que estiman que el amor es una cosa secundaria en el matrimonio.

Formaron su rancho aparte y trabajaron las cinco hectáreas que entre ambos suegros les arrendaron.

La joven pareja no tuvo mucha suerte en el primer año de cosecha, por cuanto embebidos en su idilio, descuidaron la huerta, el gallinero, los chiqueros y las fuentes primordiales de su labor.

Los viejos se disgustaron. "Los muchachos" como ellos decían se habían limitado a convertirlos en abuelos... éra la única cosecha que habían realizado...

En esos días llegó Don Roberto, el hijo de Don Remigio de la Fuente el más fuerte estanciero de la zona, que había venido a pasar la temporada veraniega y a que de paso se repusiera su esposa que también había tenido familia.

Lo llamaron a Paulito para pedirle si quería colocar a su esposa como ama de cría por cuanto la esposa de Don Roberto no podía amamantar su primogènito, y le ofrecieron un sueldo de cien pesos, cantidad que a los ojos del joven campesino le pareció una fortuna.

Se lo diré a ella había contestado—y se fué con la noticia que lo había electrificado casi.

—Nunca! Jamás! había contestado élla, le quitaré el alimento a mi hijo para dárselo a un extraño. Eres un malvado! Un angurriento! Un mal padre!

Se armó la primera batahola matrimonial... e intervinieron los padres, quienes con el sentido de la angurria enormemente aguzado, no desaprobaron, sinó que aconsejaron que había que pedir más sueldo, y al mismo tiempo un puesto de jardinero para Paulito... en esa forma en un año podrían hacerse de tres o cuatro mil pesos y hasta comprarse las cinco hectáreas...

La chacarerita, lloró de rabia, de odio y de angustia... pero tuvo que doblar la cerviz y marchar con el esposo para cerrar definitivamente el trato.

—Pero como no amigo! No faltaría más... su esposa tendrá los ciento cincuenta pesos mensuales, y Vd. tendrá el puesto de jardinero que pide,—había dicho Don Roberto al contemplar aquella hermosa chacarerita, que era la más elocuente representación de la belleza agreste... pueden quedarse ya mi amigo, de manera que ya está todo convenido.

III

Pasaron tres meses... Paulito no cabía en su pellejo de contento... ya había depositado en el Banco el importe de las tres mensualidades y deliraba con sueños de grandeza... cuando le anunciaron los patrones que ellos marchaban a Buenos Aires, y lo autorizaban a que de cuando en cuando podía ir a visitar la esposa si le parecía, por cuanto ellos no volverían a la estancia hasta el verano próximo, fecha en que más o menos ya terminaría Nora la lactancia del niño.

IV

Buenos Aires, ciudad loca y turbulenta, nerviosa y mecànica, con su eterna algarabia, le había resultado sencillamente maravillosa a Nora, quien la había entrevisto apenas a través de los cristales del automòvil que cruzaba veloz las calles, y había oido las referencias estupendas que le hacia la mucama y el chauffeur, con quienes la mandaba a pasear el niño en las tardes su patrona.

Aquello había sido el despertar de un sueño para Nora que todo lo contemplaba y escuchaba con ojos y oídos maravillados. Ahora ya no le pesaba tanto el haber aceptado la imposición de Paulito por cuanto llevaba una vida regalada. La misma señora se preocupaba de que se alimentara con sabrosos y escogidos platos, que en su mesa no faltara la botellita "petizona" de cerveza, y hasta le habían puesto a sus órdenes a Amelia, la mucamita quien tenía la obligación de atenderla, de servirla, de hacerla bañar todos los dìas, y hasta le había obsequiado la señora con unas ropas interiores de finísima seda, y el señor Don Roberto era tan bueno que le había obsequiado con finísimos frascos de perfumes, y lo único que no le gustaba era que Don Roberto tenía una costumbre malísima de acariciarla en cuanto la encontraba a solas, hasta el extremo que muchas veces se equivocaba y en lugar de besar al nene la besaba a ella...

Romualdo el chaffeur también era muy atento y le obsequiaba con cajitas de bombones, de polvos perfumados, y un día le obsequió con una cajita que le había llamado poderosamente la atención, y al preguntarle Nora para que servía, este le enseñó que era para sacar brillo a las uñas...

Aquella vida era una verdadera delicia... era un sueño azul del que la despertaban las rústicas cartas de Paulito pue le hacian evocar la vida miserable de la chacra, aquel ambiente rùstico, con los chanchos, las gallinas, los retos... y a medida que los meses iban transcurriendo más se iba acostumbrando a esa vida regalada, y pensaba con

horror del regreso hacia la chacra... en que tendrìa que volver a andar en chancletas, al frío y al calor, mal comida y mal vestida, por cuanto de aquel dinero que iba juntando, ya Paulito lo tenìa destinado a la compra de las cinco hectáreas que constituían su sueño dorado, así se lo había dicho esa mañana en que apareció a visitarla, con sus botas, su raido ponchito, y su pañuelo al cuello y con una barba de quince días, que le habìa hecho bajar el alma a los piés al verlo así tan rústico, con su lenguaje tan tosco... que diferencia había entre su esposo y Romualdo el chaffeur... Alto, rubio, de facciones delicadas, de hablar dulce y tierno, con aquellos vocablos tan delicados que le deslizaba en el oído, y que a élla no le disgustaban porque le hablaba de miles cosas que la subyugaban...

Cuando la mujer comienza a cotejar entre su esposo y otro hombre, es porque ya le ha perdido todo afecto al primero; y en el fondo está enamorada del otro, y Nora ya le había perdido el afecto a su esposo, que le había obligado en contra de su volundad a alejarse del hogar, su ansia de un puñadito de pesos le había hecho conquistar el desamor de Nora, que trasplantada de las más imperiosas necesidades de la chacra a la vida regalada de aquella mansión señorial había influído poderosamente el cambio en su espíritu que recién despertaba a la vida. Paulito esa mañana comprendió que quizás estaba perdiendo terreno en el alma de su esposa, cuando la vió tan bella y rozagante, con su blanco guardapolvo que hacia resaltar aún màs la blancura de su rostro que se había refinado, hasta sus manos habían perdido la asperosidad que tenían en la chacra, el brillo de sus uñas le había llamado poderosamente la atención, y al verla así tan desconocida para él sintió miedo, le habló del dinero que había depositado en el Banco y le contestó con un gesto de desinterés, que lo había dejado boquiabierto, pero en fin, ahora había que esperar la proximidad del verano para que terminara la lactancia...

Se despidieron con un leve apretón de manos por

cuanto durante la visita la señora no le habia hecho apartar la mucamita...

V

Bueno Nora, le había dicho la señora, para fines de mes termina la lactancia del nene, y como nosotros no pensamos ir este año a la estancia si quiere avisarle a su esposo para que venga a buscarla, por si no quiere irse sola, ya lo sabe... por cuanto nosotros pensamos ir a pasar el verano a Montevideo. La noticia le había producido una impresión desastrosa, volver a la chacra era la muerte, le parecía que ese año había sido tan solo un sueño muy hermoso cuyo despertar seria la realidad cruel de aquella vida tosca en la soledad de los campos... y esa tarde le confió a Romualdo que se iría y quizás no volvieran a verse.

—Imposible, repuso este con la fogosidad de su espíritu, yo te quiero Nora, tú lo sabes bien, lo has visto a través de este largo año en que mis ojos te han confiado las ternuras de mi corazón..!

—Y acaso Vd. no sabe Romualdo que yo ya no soy libre? Que vendrá mi esposo a buscarme y tendré que seguirlo?

—Es que no debes seguirlo Nora, porque si tu esposo te hubiera querido no debía haberte alejado del hogar que recién habían formado, además ya me imagino la vida que te espera sepultada allá en medio los campos mientras que aquí podremos ser felices, yo voy a armar un lindo nidito de amor y gozaremos de una felicidad sin límites, te llevaré a los teatros, a las salas de bailes y vas a conocer el verdadero placer de la vida.

—Imposible Romualdo, si después me encuentra mi esposo es capaz de matarme.

Pero Nora, no solamente había pensado en Romualdo, por cuanto Don Roberto, también le había dicho muchas cositas lindas, y hasta le había dicho que le pondría un departamento, y la mantendría como una reina... que

tendría lo que ella quisiera, y así habían comenzado a debatirse en el córazón de la chacarerita aquellos dos sentimientos, por cuanto no le disgustaba Romualdo, pero también había pensado seriamente en lo que le decía Don Roberto... quien para disimular le había dicho, que se fuera por dos o tres días cuando viniera a buscarla el esposo, y una vez allá, que tomara el tren y se fugara, y así no sabría nada Paulito donde estaría...

—Bien señora, como mañana me voy, después de almorzar voy a salir para hacer algunas compritas para mi nene...

—Como no, vaya nomás Nora.

VI

—Al fin has llegado Nora, hace una hora que te esperaba con una impaciencia enorme, por fin podré decirte a solas cuanto te quiero y volcar en tus oídos la música divina de mi corazón, cuanto tiempo he esperado paciente la llegada de éste instante feliz en que nuestras almas han de rubricar el himno socrosanto de nuestro amor... déjame querida que tus labios aplaquen esta fiebre que me consume, que ha puesto fuego en mis venas, que me enloquece, y me hace desvariar...

—No, Romualdo, sé bueno, piensa en lo que vas a hacer, estoy a merced de tus brazos, y recuerda que no me pertenezco, que me has traído aquí y que yo he venido sin saber como, por que dijistes que solo querías hablar conmigo, pero déjame que me vaya.

—Oh! nunca querida mía!, como crees posible que después de perseguir tanto la gloria de tus besos la deje que se fugue de mi lado? Déjame que te estreche entre mis brazos, déjame que pueda beber tu alma en un beso ardiente, y diciendo la estrechó entre sus nervudos brazos en un beso loco, afiebrado, lúbrico, interminable. Nora, quiso defenderse de aquellas garras potentes, y se desmayó en los brazos de Romualdo que la estrujaba con ansias de fauno...

Cuando volvió en sí dijo despaciosamente:—Malo. .! que has hecho Romualdo?

—Nada querida, sinó hacer que mi alma y la tuya bordaran el poema de Amor tanto tiempo contenido...

VII

Paulito se apareció a buscar a su esposa al día siguiente, cobró los haberes atrasados de Nora, y marchò con élla rumbo al pueblo de su natalicio.

Parecían dos autómatas cuando se pusieron en marcha, en el alma de Nora aùn vibraban las emociones del dìa anterior, y contestaba automáticamente a las preguntas de Paulito... para quien sentía en el fondo cierto repudio espiritual... que diferencia de sus frases toscas, a las protestas de amor que le hiciera Romualdo el día anterior, en la habitación de aquel Hotel donde la invitara a tomar chocolate...! Así siguieron durante el largo trayecto hablàndose con monosilabos, hasta que llegaron al pueblo natal donde Nora aprovechó la oportunidad para quedarse esa noche en casa de los suyos, con la excusa que allí estaba su hijo.

Sentía náuseas en volver al lado del esposo... y al día siguiente aprovechó la oportunidad para desaparecer justo a la hora del tren; y tomar rumbo de nuevo a la metrópoli que le había inyectado en el espíritu su delirio de vida intensa y donde ya tenía donde cobijarse.

El campo había perdido una de sus margaritas predilectas, flor silvestre de amor y de ensueño, que la gran ciudad devoratriz había de quemarle las alas como a tantas otras maripositas de ensueño que se sentían atraidas por sus luces...

VIII

Nora llegó a la urbe populosa e inmensa y fué viviendo la vida de las mujeres libres, vida fantástica de lujo y oropel, a la que se aclimató bien pronto. Primero Don

Roberto... después Romualdo... después fueron otros... fuè una mariposa que anduvo de flor en flor pero siempre en un descenso continuo hasta terminar en cualquier cosa... en ser la mujer de todos... disipó tanto su vida que al correr de los años era una flor ajada... ya no quedaba ningun vestigio de aquella maravillosa flor silvestre, blanca y rozagante, éra una más que había quemado sus alas para terminar en una casa de lenocinio de ínfima categoría... desde donde añoraba la destrucción de su vida estéril, que había sido como una mala yerba... cuantas veces en sus días solitarios entre la infamia de su vida había recordado a la chacarerita de otrora que había muerto para siempre en su alma, élla misma no se reconocía... y al pensar en sus viejos padres y en aquél hijo que había dejado, silenciosas lágrimas descendían de sus pupilas...

Ah! si pudiera volver a la vida humilde y agreste de aquellos campos... pero ya era demasiado tarde... nunca podría rehacer su vida y además para qué? ahora ya sabía cual era el fin que la esperaba: morir silenciosamente en la sala de un hospital...

IX

Esa noche invernal en que soplaba por las calles un viento huracanado se encontraba la casa semi-desierta, las pupilas de aquella casa bostezaban lánguidamente cuando acertó a entrar un mocetón de unos 20 años con una vaga tristeza en las pupilas, quien sentándose al lado de Nora comenzaron a charlar sobre tópicos triviales... y cosa rara llegaron al terreno del sentimentalismo, hasta que Nora le narró su vida que iba intrigando al mozo, y cuando ésta le preguntò quien éra, Mario le dijo: poco podrá decirle a Vd. mi nombre, me llamo Mario Benzolea.

—Eh? como dijo?

—Mario Benzolea...

—Y de que pueblo es Vd.? Como se llama su padre?

—Yo soy de Pueblo Nuev,o y mi padre se llama Paulo Benzolea...

—Horror... entonces tu eres mi hijo... y aquella mujer que hacia tanto tiempo no sentía más una emoción en sus fibras, sintió una impresión tan fuerte que le produjo una conmoción cerebral...

X

Pocos días después fallecìa en el hospital... el alma de la madre, había despertado en el corazón de aquella mujer, que había sido capaz de olvidarlo todo, pero que no había podido desterrar de su corazón, aquella fibra que Dios ha puesto en toda alma femenina...

AQUEL QUE QUISO SER HEROE

JUAN: ves ese lisiado que acaba de tendernos la mano? es uno de los tantos desgraciados que nos ha devuelto la guerra Europea, es un hombre que lo he conocido hace más de diez años, estaba en buena situación financiera, tenía familia, tres hijos y ahora es un desgraciado que todo el capital que tiene es un ojo y un brazo de menos... pero el hombre quiso *ser héroe* y al destruir su propia vida destruyó su hogar, que al igual que esos árboles malditos fué perdiendo hoy un gajo, mañana otro, hasta quedar el tronco pelado y derruído que es *él*...

—Me interesa tu historia Rogelio, y ya me imagino que debes ocultar en el fondo una honda tragedia.

—Sí, la tragedia de todos los imbéciles que tienen el patrioterismo inyectado en el alma, pasión que los enloquece y enceguece haciéndoles olvidar hasta los deberes más sagrados que son los de la familia. En aquél entonces habitábamos en la misma casa de departamentos, eran esos tiempos en que los diarios extrangeros de esta República libre llenaban sus páginas con vibrantes artículos patrioteros, inflamando el alma de los débiles de espíritu, a quienes incitaban con palabras huecas, esteriles, y rimbombantes, a que concurrieran a defender la madre patria lejana que se hallaba en peligro.

—Cualquiera que te oye hablar así Rogelio va a creer

que eres un recalcilrante y furibundo anarquista, un vulgar tira-bombas, un enemigo de la patria.

—Sería un error, por que yo tengo una concepción muy elevada del patriotismo, pero deja que termine mi historia y después entraremos en las consideraciones del caso. Como te decía, un domingo por la mañana de aquella época de espíritus agitados, me dice ese badulaque que acabamos de ver, mostràndome unos de esos diarios mercenarios, escuche vecino: "La patria en peligro llama a sus hijos de América para que vayan a defenderla, es un mal hijo aquel que no ofrenda a la patria la sangre generosa que corre por sus venas y que no concurre a defender el rincón donde nació" más o menos en esos términos seguía perorando el inflamable periodista que creía más oportuno hacer patriotismo desde su escritorio, incítando a los demás para que fueran a los campos de batalla. Mi vecino continuó: yo me embarco en el primer contingente de reservistas para ir a defender mi pueblo querido.

---Yo creo mí estimado vecino—repuse—que Vd. tiene obligaciones más importantes, más nobles y más humanas que la de defender la patria, por cuanto tiene Vd. que defender una patria chica, más importante que le debe merecer más respecto que aquella otra patria, tiene Vd. un hogar y una familia a quien debe amparar contra el enemigo, de manera que me parece una hermosa imbecilidad abandonar los suyos para defender lo ageno...

—Es Vd. un ácrata, y un vulgar maximalista al querer denigrar el bello sentimiento de la patria, pero yo que siento en mi alma el santo fervor patriòtico no me dejaré llevar por sus palabras subversivas.

—Creo Sr. vecino que es Vd. un equivocado, a la patria se le puede honrar y dignificar de distintas maneras, yendo una vez terminada la lucha fraticida a labrar esas tierras regadas con la sangre juvenil de sus hermanos que han tenido la desgracia de encontrarse en la carnicería humana, se le puede dignificar con la pluma, inculcando a las almas extraviadas el derrotero humanitario,

y de cincuenta mil formas más, que si fuera a enumerarlas no terminaría nunca.

Sabe Vd. acaso, cuantas vidas jóvenes se sacrificarán en holocausto de la prepotencia, y de la intransigencia de algunos mandatarios? Ha pensado Vd. cuantas madres llorarán sus hijos, cuantas novias quedarán sin novios y cuantos pequeños hijos quedarán sin padre? Y ha pensado Vd. en la situación doliente, angustiosa y terrible en que quedarán los suyos si una bala atraviesa su cabeza?

—Cállese, alma roja, no es Vd. el que va a torcer mi patriotismo sano, puro y elevado, y diciendo esto me dió un portazo en las narices... A los pocos días sin escuchar siquiera los ruegos de los suyos, aquel enceguecido por el fantasma de la patria que *quería ser héroe*, se embarcó rumbo a los campos de batalla de donde había de volver hecho un pingajo humano...

II

La ciudad devoratriz con su canto de sirena subyugante, comenzó a absorber la familia de aquél que había querido ser héroe, que había quedado librada a sus propias fuerzas.

La miseria se había comenzado a enseñorear de aquel hogar que poco antes marchaba en franco progreso. Laura, la esposa del furibundo patriota había tenido que buscarse una colocación para darle de comer a los tres hijos que ya iban siendo grandecitos, dos varones de 10 y 12 años y una mujercita de 14 que comenzaron a vivir con todas las libertades que proporciona la miseria.

De la casa de departamentos descendieron al conventillo, los muchachos comenzaron a vender diarios, se acostumbraron a la calle y se hicieron unos pilletes... primero desapareció uno, lo que le produjo un inmenso dolor a la pobre madre, después desapareció el otro y por último la mujercita que ya era una fruta tentadora, se la llevó un malevo de aquel mismo conventillo que la hundió en la mala vida... el dolor de la pobre madre fué tan intenso,

tan grande que terminó por enloquecerse... éra el árbol maldito que fuè perdiendo hoy un gajo, mañana otro, hasta quedarse el tronco pelado y derruído...

—Y *él*—repuso Juan - cuando ha vuelto y ha visto su obra destructora no se ha pegado un tiro?

—No mi amigo, estos presuntos héroes en el fondo son unos cobardes... como éste que se limita a contar la historia de sus hazañas guerreras, muestra sus cicatrices, el ojo que le sacaron de un bayonetazo... dos medallas de cobre, y a pedir limosna.. no se ha preocupado en buscar ni a su mujer ni a sus hijos, y así vive de la caridad pública como la mayoría de los lisiados que nos ha devuelto la guerra...

—Pero entonces Rogelio por que le has dado esa monedas si no es acreedor a la ayuda?

—Para que tenga el último placer en la vida, y que es el de emborracharse y cuyo veneno lo destruirá lentamente, asì como el destruyó su hogar y su familia...

A LA VEJEZ... VIRUELA!

DON Cirilo Melquiades, había cuspideado campanudamente la cumbre de los trece lustros, sin importársele una flauta del amor... de las mujeres y del matrimonio.

Solterón empedernido había temido el civil como el más grande de los abismos... hombre metódico y sobrio, su solo sueño había sido acumular dinero, por eso nunca había tenido tiempo para perderlo en esas tonterías... según solía repetirse a sí mismo, y en la época en que bosquejo este relato había conseguido su objeto.

Esa noche estival había ido como de costumbre a beber su habitual "medio litro" en la cervecería del barrio, y vaya uno a adivinar si debido a la atmósfera asfixiante, al calor, o a la cerveza, le dió por filosofar... cosa desacostumbrada en él por cierto... y sacudiendo la "copa de los recuerdos"... echó una mirada sobre el pasado y comenzó a monologar:—Cuando salí de España, tenía veinte años, el pasaje, unas pocas pesetas y un caudal bien grande de ambiciones... llegué a esta tierra que llaman pródiga, trabajé como un bruto es cierto... ahorré centavos tras centavos, y hoy tengo una respetable fortuna, que me permite muchas comodidades ,pero... ¿quien la disfrutará cuando yo me muera? Mis padres han muerto, hermanos no tengo, mujer ni hijos menos... aquí se rascó un poco su brillosa calva, y un pensamiento que cruzó

por su mente le hizo estremecer y pronunció entre dientes: irá a manos del fisco... pero reaccionando lanzó un ¡Redios! Eso nunca! Desde mañana liquido mis negocios y me dedico a buscar mujer... aunque sea un poco tarde no importa... tengo mucho dinero, y éste todo lo puede... y no han de faltarme chicas humildes que se me ofrezcan... y elegiré la más tiernecita...

Pagó y se encaminó rumbo a su casa pensando y pasando revista "in mente" cual era la vecina más bella que aceptase con más rapidez su propuesta.. pero héte aquí que al llegar a su dormitorio el espejo del ropero lo llamó a la realidad... y se vió tal como era: gordo, calvo, barrigón, de bigote canoso, y una cantidad de surcos en la cara que la gente bautizó con el nombre de arrugas... y al verse así tan ridículo tuvo tentaciones de romper el espejo...

II

Don Cirilo no obstante los consejos que le diera el espejo no se había desanimado, tenía mucha fé en su dinero y poniendo manos a la obra, liquidó sus negocios, resuelto a vivir de sus rentas, y dispuesto a todo trance a buscar la "media naranja" que quisiera compartir con él, el crepúsculo de su existencia...

Pero el hombre propone y .. el diablo mete "la pata"... se cansó de hacer propuestas y de molestar a cuanta chica tuviera un palmo de gracia, pero las muy descaradas se le reían en la cara... ninguna quería cargar con un "fardo tan pesado"... cuando había perdido todas las esperanzas recibió con alegría inmensa una carta de su pueblo natal acompañada de un retrato de mujer, era "una prima" que decíale haberse quedado viuda y desamparada.

Sin perder minuto le escribió una sentida carta acompañada de un par de miles de pesetas con la consiguiente insinuación que partiera para Amèrica, lo más pronto posible, que él necesitaba una persona de confianza que se hiciese cargo de la dirección de su casa que estaba en

manos extrañas...

Imaginaos vosotros el buen efecto que hicieron en el alma de la desconsolada viuda tan elocuentes y cariñosas palabras, y sobre todo tan oportunas pesetas... y como tampoco tenía hijos se embarcó en el primer vapor rumbo a esta tierra fantástica, donde don Cirilo la esperaba ansioso y amorosamente...

III

Doña Ciriaca era lo que se llama una "linda vieia" o mejor dicho una viejita joven, que llevaba bastante bien y con soltura el medio siglo que pesaba en sus espaldas. Bajita, gracil, conservaba en su rostro sin arrugas, una belleza crepuscular, una belleza serena que hacia adivinar que en su juventud había sido una de esas clásicas y esplenderosas bellezas de aldea, era alegre y bulliciosa como un jilguero, tenía una conversación encantadora y espiritual, llena de módulos acariciantes y de inflexiones traviesas y juguetonas, su risa franca y sonora parecía un rítmico cascabeleo... que había embobado completamente el alma de don Cirilo al que, su corazón senil habia comenzado a palpitarle con una velocidad vertiginiosa ante los atractivos de semejante prima... a quien no se había atrevido aún a manifestarles sus intenciones... por la sencilla razón que no sabía como abordar el escabroso tema, y se resignó a esperar que la conversación la iniciaría en la primera oportunidad que no tardaría en llegar.

Los días corrían veloces y Ciriaca mujer llena de perspicacias, parecía haber adivinado las intenciones del "primo", por lo que con suma delicadeza y picardía desviaba las conversaciones que el buenazo de don Cirilo provocaba al respecto... y cada día que transcurría, sentía inflamarse con más vehemencia su corazón de sexagenario barrigón.

Mientras tanto doña Ciriaca habia trabado relaciones con la familia del departamento vecino, y muy a menudo conversaba largamente con uno de los hijos de ésta que

era estudiante y le facilitaba libros y novelas que luego comentaban.

Al ver las relaciones de Ciriaca con el estudiante, don Cirilo, celoso hasta la idiotez, quiso apresurar los acontecimientos, temeroso de que ese jovenzuelo imberbe que aún no tenía 19 años pudiese arrebatarle el amor de su dulce primita... que dicho sea de paso estaba en condiciones de ser la abuela del mozo... pero... si el amor a los veinte años dicen que es ciego, a los sesenta debe llegar al grado superlativo de la imbecilidad... y como el pobre don Cirilo no había descubierto aùn la forma de declararse, al día siguiente salió muy temprano, fué a una mueblería, compró una regia cama matrimonial y ordenó que la mandaran inmediatamente. Después que se hubo retirado el mueblero que la dejó armada, cuando los primos quedaron uno frente a otro, don Cirilo contestó la pregunta que le hiciera élla:

—Tù comprenderás primita... yo estoy enamorado... soy solo... tú tambièn... ahora el invierno llega... hará mucho frío... y he pensado que tú y yo podríamos... bien, podríamos casarnos...

—Pobre de mí, te has vuelto loco!—dijo mesándose los blancos cabellos Doña Ciriaca,—a tu edad pensar semejantes cosas...

—Y que quieres, tú me has enloquecido, tú tienes la culpa, yo no puedo ahora vivir sin tí, porque te quiero, te amo, te adoro.

—Ja, ja, ja, ja.,. repuso doña Ciriaca, lanzando una sonora carcajada.

Don Cirilo se quedó alelado contemplando con la boca abierta, esperando poder convencerla más adelante, con su oro, ya que con su figura no había logrado entusiasmar ni siquiera una vieja, y prima de yapa.

IV

Don Cirilo el viejo burgués de este cuento, visto que con su enorme montón de humanidad no había logrado

convencer la gracil silueta de su simpática prima para que se decidiera al casamiento, esa noche en un momento de amargura se detuvo a filosofar a ver si la almohada que es tan buena consejera, según dice la gente, le sugería alguna idea estupenda que lo iluminase para salir airoso de esas escabrosidades en que por primera vez en su vida se había metido.

—Soy un hombre rico, que vivo tranquilamente de mis rentas, no soy tan viejo que digamos, qué diablo!, sesenta y cinco años, los puede tener cualquiera... en comparación a otros de mi edad, hasta soy buen mozo... (debemos advertir que esa noche don Cirilo estaba a obscuras por lo tanto no pudo verse en el espejo), además ella no es una jovencita... no, no es posible, aquí hay "gato encerrado". Ciriaca me está haciendo trampas... me está burlando, y a lo mejor "me la pega con el vecino de al lado..." Miserables! Granujas... Ah! como los pesque vamos a tener tragedia... lo juro! y ante ese pensamiento se estremeció haciendo rechinar los dientes, con la fuerza de los 150 kilos de su humanidad... y se hundió en el sopor de un sueño trágico, sueño de sangre, de crímenes, de puñaladas y balazos...

Resuelto a todo, don Cirilo al día siguiente estuvo espiando a Ciriaca, nervioso todo el día, como nunca lo había estado en su vida. Por la tarde salió diciendo que no vendría a cenar, porque iba a casa de un amigo, pero eso no era más que una treta que él estaba haciendo. Volvió al anochecer, cuando aún no se habían encendido las luces, y el corredor de la casa hallábase sumido aún en una semi-obscuridad. Desde la calle le pareció oír la voz de Ciriaca que en la puerta del departamento hablaba con alguién. Apresuró el paso y oyó el ruído de una puerta que se cerraba, luego un silencio sospechoso...

Entró respirando fuertemente, con las narices dilatadas... Un aire trágico ensombrecía su rostro rubicundo, Ciriaca, sentada en un sillón estaba con una novela entre las manos, como si recién hubiese terminado de leer y meditase su lectura. Don Cirilo no pudo contenerse y

preguntó bruscamente:

—¿Quién ha estado aquí?

—Nadies, hombre ¿Qué mosca te ha picado, para que hagas tales preguntas?

—No sé. Tu hablabas con alguién...

—Te estás volviendo chocho, Cirilo, por que deliras hasta despierto, y fastidiada prosiguio:—Se me está haciendo la sangre agua con tus celos tontos y ridículos, que no tienen razon de ser, desde que no soy tu esposa, ni tu hermana, menos una niña que no sabe lo que hace, además soy dueña de mis actos, y no tolero que me sigas molestando, sinó me marcharè de aquí, para irme a trabajar a cualquier parte, ¿me oyes? Conque hemos terminado!

—No, tú no te irás de aquí; a menos que tengas un amante, de lo contrario tendrás que casarte conmigo.

—Pero vean un poco con el tío este, y las pretensiones que tiene?

¿Yo casarme contigo? Ja!, ja! ja! Si pareces una pipa de vino sin espiche...

—Claro como te ha calentado los cascos el vecino, a mí me desprecias, te gustan los jóvencitos...

—Vete al diablo, ¡zangandongo!, y dando un portazo terrible se retiró a su habitación, dejándolo boquiabierto y meditando sobre la incomprensibilidad del espíritu femenino.

Esa noche don Cirilo no conseguía conciliar el sueño y durante cuatro horas no hizo otra cosa que darse vueltas de un lado para otro, hasta le pareció que la cama debía tener espinas...

Pero, veamos el por qué Ciriaca se negaba a aceptar las relaciones de don Cirilo. Imaginaos que la "nena" tenía cincuenta años, y dos pretendientes... uno de ellos de veinte años, guapo, buen mozo, vigoroso, que le hablaba con aquella dulzura de los héroes de las novelas romànticas, y el otro, viejo, calvo, barrigón, insípido, chocho, y no dudó ni un momento en la elección. A ella, como al burro del cuento le gustaba la alfalfa verde, el viejo estaba seguro, mientras que el otro podría arrepentirse de un

momento a otro.

Lo malo es que el joven tenía un vicio: le pedìa dinero prestado que nunca le devolvía... y ya casi había perdido la cuenta de la deuda, pero en fin, poco importaba eso, la felicidad, pensaba suspirando, con un dejo de filosofía, es breve como un relámpago, es una brisa que pasa suavente, junto a nosotros y luego se vá, entonces no hay que dejarla pasar sin que nos acaricie y nos deje la embriaguez de su perfume. Y desde ese día comenzó a tratar con más dulzura a Cirilo, haciéndole vislumbrar una esperanza... Pero hete que una de esas noches en que estaba recordando las dulces caricias que le hiciera su joven amador, recibió una ingrata sorpresa...

Don Cirilo que había llegado al desborde de su pasión, no pudiendo contener por màs tiempo sus impulsos amorosos, se levantó y despacito penetró en la habitación de su prima y quiso arrojarse sobre ella... dió ésta un grito tan formidable, que repercutió en toda la casa, y se trabó entre ambos una lucha desesperada y ridícula, que parecía la de un gigante con un niño, porque Ciriaca, gracil y pequeña, se le escurría de entre los brazos al ardoroso vejete gordo.., se armó tal estrépito en el silencio de la noche que concurrieron algunos vecinos. Cuando Ciriaca en defensa de su pudor... había usado como última arma de combate "el ánfora nocturna", que le refrescó... por completo las ideas...

Transcurrieron quince días si que ambos primos se dirigieran la palabra. El "pobre viejo" abochornado ante los vecinos, no salía ni a comprar tabaco...

Doña Ciriaca, también suspiraba tristemente... el simpático vecino se había alejado pero no por inconstante, sinó que la patria lo había llamado bajo las armas; le quedaba todavía ese consuelo, y ella añorando los deliciosos momentos que gozara con el imbérbe, sentía extremecerse, mientras don Cirilo iba enfermándose poco a poco, de noche soñaba, y dormido solía répertir casi siempre las mismas frases: Ciriaca, Ciriaquita mía, por qué no me quieres, tú eres mi primero y ultimo amor, yo te amo, te

adoro... y una de esas noches, sintiéndose conmovida, o recordando quizá que la felicidad, en forma de brisa, relámpago o suspiro, ya había pasado, fué élla que levantándose de su lecho fué a acariciar la ardorosa frente de don Cirilo... Este creía estar soñando, pero se convenció cuando élla besándole ávidamente en los labios, le decía:

—Sí, yo soy, *barrigoncito mío*, tu Ciriaquita, que conmovida por tanto y tan puro amor, quiere hacer tu felicidad...

Al día siguiente, armaron la cama matrimonial, y mientras los vecinos comentaban el hecho, don Cirilo llevaba reflejado en sus ojos un rayo de alegría.

LA MUJER QUE QUISO SER MADRE...

A mi amigo el Dr. Ernesto Llan de Rosos
(Afectuosamente)

AQUEL matrimonio de italianos habían formado su hogar en las laderas del Cerro Balcarceño, donde explotaban una pequeña quinta en ese rincón maravilloso y de estupendos paisajes. Esa larga cadena de sierras con sus laderas escarpadas, y esos bajos de tierra fecundas y prodigiosas rememoraban en su alma los paisajes *sorrentinos* de su tierra natal, de donde habían venido como tantos otros emigrantes con el afán desmedido de hacer la América. Marianela del Monte y Francisco Ghegulino a pesar de que no les faltaba nada al parecer no eran felices. Sin embargo se habían desposado por amor allà en su pueblo natal y en contra la voluntad de sus progenitores, motivo en el fondo por el que habían emigrado. Transcurrieron los primeros años de matrimonio y una honda amargura había ído invandiendo el alma de Marianela quien sentía el intenso anhelo, qué se había convertido en una pasión ardiente y meridional.

Marianela quería ser madre y esa idea se habìa posesionado en su espìritu haciéndose carne su su cerebro.

La maternidad es un deseo noble que, en un grado más o menos intenso palpita en el corazón de todas las

mujeres que siente en sí la misión que la madre Naturaleza les ha confiado.

Un vientre que se fecunda es un beso de Dios en el alma de una mujer que quiere ser pródiga como la tierra y que repudia la esterilidad, como la tierra debe repudiar la desolación yerma de las rocas...

II

—Chichilo, tú eres un inservible... tú tienes la culpa de que no seamos felices...

—No, Marianela, la culpa es tuya... ya lo has visto muchas veces en la quinta, que la tierra parece buena, hemos sembrado buena semilla... sin embargo la planta no ha salido... son misterios inexplicables de la Naturaleza, nunca se sabe de que puede depender... unas veces por que a lo mejor se ha asoleado la semilla, otras veces por que la hemos sembrado mal, y algunas a lo mejor por descuido la hemos plantado sin darnos cuenta a flor de tierra... vaya uno a adivinar el verdadero misterio que eso encierra... es cuestión de esperar y tener paciencia, ha de venir algún año en que acertaremos para tener una buena cosecha...

Pero los años iban transcurriendo y el ansiado anhelo no se cumplía nunca... y la vida de aquél matrimonio se hacia insoportable y era una verdadera soledad de dos en compañía.. las reyertas adquirían por momentos ribetes de tragedia... ya no se querían, se toleraban apenas, y hasta de parte de Marianela había comenzado a germinar en su alma un principio de odio hacia el cónyugue...

III

Marianela, ya había entrado a la segunda juventud, la edad peligrosa de la mujer en que la sangre bulle en sus venas con el mayor grado de intensidad, y en Marianela temperamento ardiente, pasional y fogoso había condensado esa segundad juventud el ardor bravío de su ra-

za meridional.

Era una rosa roja en la plenitud de su florecencia... y en su vehemente anhelo de maternidad había comenzado a aceptar los requiebros amorosos de un robusto primo recién venido de Italia, y que trabajaba en una de las quintas cercanas. Para Chichilo no pasó desapercibido el cambio de temperamento que se iba operando en el alma de Marianela. comenzando a posesionarse de su espíritu el veneno de los celos...

Tuvieron nuevos y violentos altercados, hasta llegar a golpearse... ya desde ese momento comenzaron a odiarse cordialmente, y sus temperamentos pasionales habian de terminar en un choque trágico... como el que sucedió aquella noche en que Chichilo ya se había acostado, cuando Marianela comenzó:—es mejor que te vayas donde no te vea más; sinó te tengo sentenciado y te voy a matar como se mata un animal inservible... éra yo la que no servía, estúpido! pero ahora quiero darte una noticia terrible... ya estoy gruesa, voy a tener un hijo, y *un hijo* que no es tuyo, *imbécil*... porque no sirves...

Se levantó Chichilo como electrizado, y le dió una cachetada,—toma para que te calles, mala mujer... e hizo la tentativa de volver a acostarse, y apenas se habìa dado vuelta, Marianela se abalanzó sobre él con un filoso cuchillo de punta que utilizaba para la cocina...—esto se acaba canalla...! parecía una fiera enfurecida, Chichilo acorralado, se defendia como podía, la muerte estaba brillándole ante sus ojos aterrorizados, vió el hacha de partir leña en un rincón, se posesionò de ella y pegó, pegó tanto, hasta dejarla exánine en un charco de sangre... ebrio y enloquecido de terror la ultimó con un pico, y después se entregó a la policía...

IV

El Fiscal habìa pedido cadena perpetua para el criminal, por el salvajismo con que había sido cometido el horrible hecho. La sala del tribunal se hallaba rebosante

de curiosos, había una gran expectativa en escuchar la defensa, un abogado joven que ya había intervenido en algunos hechos sensacionales que le habían dado cierta resonancia a su nombre, pidiò la palabra y con el ritmo de su verbo fácil y cálido, con su maravillosa elocuencia, pidió la libertad del acusado... (se oyeron vagos murmullos en la sala por el atrevimiento de la defensa)—si señores continuó; Cual de Uds. que se hubiera encontrado en la situación del acusado, con la muerte ante los ojos, con una mujer que ya no era mujer, por cuanto estaba enceguecida por la pasión; con un filoso cuchillo entre las manos con ansias de matar, de destruir, de aniquilar al hombre a quien ya odia por cuanto otro a ocupado el lugar de este en su corazón, y que mi defendido, que hacía tiempo que el aguijòn de los celos roía su corazón, que adivinaba que se le estaba engañando, que se le ultrajaba, que conocía el temperamento pasional de la ex-compañera y hasta sus intenciones y capacidad moral para asesinarlo, un hombre que en paños menores se defiende de un ataque furibundo a mano armada, que está poseído por el terror frenético de la asechanza de la muerte junto al ultraje de su honor, y que ante el ataque inesperado, ante la ceguera que produce ese mismo ataque, no hay un espiritu que pueda tener la serenidad suficiente para reflexionar el acto salvaje y brutal que va a cometer, no es el cerebro que reflexiona, no es el alma que piensa, es el instinto de conservación innato en todos los seres, es el terror de los héroes que ante el fantarma de la muerte se sienten poseídos de energías extrañas, es la fuerza animal, pujante, activa y briosa, que en el momento de la suprema angustia, realiza el milagro que en la guerra se llama heroismo, mientras que en la vida civil es el crimen salvaje y alevoso...

Que dirian los Jueces... que diría el señor Fiscal acusador, si hubieran vivido el momento terrorífico del acusado, si mañana la vida los colocara en un trance tan difícil, tendrían acaso la serenidad para seleccionar el arma? tendrían el espíritu predispuesto en pensar que iban a co-

meter un homicidio salvaje? No! Nuncal Porque el ser que tuviera esa capacidad sería más criminal, más culpable que mi defendido porque entonces habría matado con cálculo, con sangre fría, y con la alevosia y el ensáñamiento del criminal nato, mientras que ese pobre infeliz que allì está aplastado y agobiado bajo el peso de su dolor, bajo el dolor de su angustia, no ha obrado en él sinó el instinto de conservación...

Estruendosos aplausos vibraron en la sala. y Chichilo, el feroz criminal fué condenado a ocho años de cárcel... mientras que la mujer que quería ser madre, pagó con su vida, el anhelo de devolver a la Naturaleza la vida que esta le había dado...

FIN

OBRAS DEL AUTOR:

CORAZON	poesias,	agotado	1920
Canciones a TONITA	poesías,		1923
HACHAZOS...l	cuentos,		1929

EN PRENSA:

ALMA y NERVIO — Poesías

EN PREPARACION:

ROMANCE de un CANILLITA — Novela
CARCAJADAS — Versos Humorísticos
SOCARRONERIAS... — Cuentos Humorísticos...

INDICE

Flor de Recuerdo	9
La Muchachita de los Ojos Tristes	11
El Hombre que perdió la conciencia	15
La Flauta Pastoril	19
La Tragedia de un Hombre Bueno	21
El Consentido	25
El Romance de Golondrina	27
Bajo mi responsabilidad	36
Tragedia Perruna	38
Clase de Fisiología Natural	40
El Alma de Gavroche	42
Un Hombre Feliz	47
Pato "Culeco"	49
Figurita de Cartón...	51
Romance de un Ladrón	53
Hombre desprendido	59
Nubes de Verano	60
La Canción del Odio	78
Carne de Perros...!	83
Desventurados!	120
Sobre Llovido... Mojado...	122
La Mujer que se desconoció a sí misma...	125
Aquél que quiso ser héroe	136
A la vejez... viruela!	140
La mujer que quiso ser madre...	148

Al Lector:

Rogamos ál lector quiera disculpar algunos errores tipográficos y de puntuación que se hàn deslizado en la Imprenta, debidos a la premura con que había que entregar la obra. Errores que el lector sabrá disculpar y que en una pròxima edición serán eliminados.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028306663